
NOV: ANGL: 1650: SIGILL: COLL: HARVARD: CANTAB:
CHRISTO ET ECCLESIÆ
N. Hurd Sc.
BOSTON.

POESIAS,

QUE PUBLICÒ D. FRANCISCO (Gomez)
de Quevedo Villegas, Cavallero del
Orden de Santiago, Señor de la
Torre de Juan Abad,

Con el nombre del Bachillèr
Francisco de la Torre.

AÑADESE EN ESTA SEGUNDA EDICION

UN DISCURSO,

EN QUE SE DESCUBRE SER
el verdadero Autor el mismo Don Fran-
cisco de Quevedo:

*POR DON LUIS JOSEPH
Velazquez, Cavallero del Orden de
Santiago, de la Academia Real
de la Historia.*

CON PRIVILEGIO: EN MADRID, en la Imprenta de Musica
de D. Eugenio Bieco, Calle del Desengaño. Año de 1753.

AL EXCELENTISSIMO SEÑOR

MARQUES DE LA ENSENADA,

CAVALLERO DEL INSIGNE ORDEN del Toysòn de Oro, del Real de San Genaro, Comendador de Piedra-Buena, y de Peña de Martos en la de Calatrava, Gran Cruz de la Orden de San Juan, del Consejo de Estado de S. M. y su Secretario de Estado, y del Despacho Universal de Guerra, Marina, Indias, y Hacienda, Superintendente General del cobro, y distribucion de ella, con honores de Lugar-Theniente General del Almirantazgo de España, &c.

EXCMO SEÑOR.

SEÑOR.

TIene V. E. tan acreditado su buen gusto en todo, que seria apartarme del concepto comun, no ofre-

cer-

cerle una Obra tan digna de su delicado conocimiento. Si ha conseguido hasta aqui Don Francisco de Quevedo Villegas un numero no despreciable de Apassionados, me parece, que los aumentarà en adelante con mas justicia, considerado como verdadero Autor de tales Poesias, y porque contarà sin duda entre ellos à V. E.: adquisicion que basta para hacerle solidamente famoso entre propios, y estraños. El Discurso que ha descubierto una ilusion favorecida, aun de los Criticos, por la dilatada sèrie de ciento y veinte y un años, no ha de merecer menor estimacion à V. E. porque le ha escrito una pluma enseñada yà à que V. E. la honre. Si me salen estas ilaciones como las formo, lograrè en-

te-

teramente el fin que me propuse, desde que pensè en ilustrar mis Prensas con esta Edicion; y de qualquier modo no perderè el llevar à los pies de V. E. los mas honrados deseos de obsequiarle, y de que nuestro Señor guarde à V. E. quanto puede, y necessito. Madrid 12. de Marzo de 1753.

EXCMO SEÑOR.

SEÑOR.

A los pies de V. E.

Don Eugenio Bieco.

CENSURA DE D. IGNACIO DE LUZAN,
Superintendente de la Casa de Moneda, Ministro de la Real Junta de Comercio, &c.

DE comission del señor Don Thomàs de Naxera, Vicario de esta Villa, he visto *las Poesias, que diò à luz Don Francisco de Quevedo con el nombre del Bachillèr Francisco de la Torre*; y no he hallado en ellas cosa alguna contraria à los dogmas de nuestra Sagrada Religion. Su estilo es digno del ingenio de Don Francisco de Quevedo, à quien con muy fundadas conjeturas se restituye esta Obra por el erudíto Autor del Discurso que la precede; y pudiera la elegancia de su diccion, la naturalidad de sus conceptos, y la hermosura de sus imagenes Poeticas, y dulzura de sus metros, servir de modelo en nuestro siglo à los que quisieren exercitarse con aplauso en este genero de Poesias. Por esta no despreciable utilidad, y por ser obra yà impressa en el siglo passado, y de un Autor tan acreedor à la estimacion del nuestro, juzgo que se puede permitir su reimpressión. Madrid à 21. de Febrero de 1753.

Don Ignacio de Luzàn.

LI-

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Licenciado Don Thomàs de Naxera Salvador, del Orden de Santiago, Capellàn de Honor de ſu Mageſtad, y Vicario de eſta Villa de Madrid, y ſu Partido, &c. Por la preſente, y por lo que à Nos toca, damos Licencia, para que ſe puedan imprimir, è impriman las Poesìas, que diò à luz Don Franciſco de Quevedo con el nombre del Bachillèr Franciſco de la Torre, mediante que de nueſtra Orden han ſido reconocidas, y no contienen coſa opueſta à nueſtra Santa Fè, y buenas coſtumbres. Fecha en Madrid à 27. de Febrero de 1753.

Lic. Naxera.

Por ſu mandado,

Joſeph Muñoz de Olivares.

APRO-

APROBACION DE DON AGUSTIN de Montiano y Luyando, del Consejo de su Magestad, su Secretario de la Camara de Gracia, y Justicia, y Estado de Castilla, y Director perpetuo de la Real Academia de la Historia, &c.

M. P. S.

ME manda V. A. que examine „las Poesias „que publicò Don Francisco de Quevedo „Villegas, Cavallero del Orden de Santiago, Señor „de la Torre de Juan Abad, con el nombre del Ba- „chillèr Francisco de la Torre, y el Discurso de „Don Luis Joseph Velazquez, en que se descubre „ser el verdadero Autor el mismo Quevedo. Assi lo he executado; y encuentro, que se prueba lo que se propone: porque tal casta de Metros no se conociò antes de Garcilaso, ni despues hasta los dias de Quevedo. Lea el curioso con reflexion las Odas, las Canciones, algunas de las Eglogas, y no pocos de los Sonetos, y hallarà hermosa la frasse, perfecta la imitacion, justo el concepto, y tan corriente, y espiritoso el verso, que no dexa duda en quien haya sido el Artifice. Nada digo del que ha trabajado el Discurso, porque serian en mi pluma sospechosas las alabanzas; y solo añadirè, que ni en èl, ni en las Poesìas hay (à mi parecer) cosa, que se oponga à las Leyes del Reyno, ò à las buenas costumbres. Madrid 18. de Noviembre de 1752.

Don Agustin de Montiano y Luyando.

EL

EL REY.

POR quanto por Don Luis Joseph Velàzquez, Cavallero del Orden de Santiago, y de la Real Academia de la Historia, se me representò deseaba imprimir un Libro, intitulado: Poesias que publicò Don Francisco de Quevedo Villegas, Cavallero del mismo Orden, Señor de la Torre de Juan Abad, con el nombre del Bachillèr Francisco de la Torre, añadese en esta segunda edicion un Discurso, en que se descubre ser el verdadero Autor el mismo Don Francisco de Quevedo; y para poderlo executar sin incurrir en pena alguna, me suplicò fuesse servido conceder al susodicho Licencia, y Privilegio por tiempo de diez años para su impression, remitiendole à la Censura en la forma acostumbrada; y visto por los del mi Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias, que por la Pragmatica ultimamente promulgada sobre la impression de los Libros se dispone, se acordò expedir esta mi Cedula: Por la qual concedo licencia, y facultad al expressado Don Luiz Velazquez, para que sin incurrir en pena alguna por tiempo de diez años primeros siguientes, que han de correr, y contarse desde el dia de la fecha de ella, el susodicho, ò la persona que su poder tuviere, y no otra alguna, pueda imprimir, y vender el referido Libro, intitulado Poesias que publicò Don Francisco de Quevedo, por el Original, que en el mi Consejo se viò, que và rubricado, y firmado al fin de Don Joseph Antonio de Yarza, mi Secretario, Escribano de Camara mas antiguo, y de Gobierno de èl, con que antes que se venda se trayga ante ellos juntamente con el dicho Original, para que se vea si la impression està conforme à èl, trayendo assimismo Eè, en pùblica forma, como por Corrector por mi nombrado se viò, y corrigiò dicha impression por el Original, para que se tasse el precio à que se ha de vender. Y mando al Impressor que im-

primiere el referido Libro, no imprima el principio, y primer pliego, ni entregue mas que uno solo con el Original al dicho Don Luis Joseph Velazquez, à cuya costa se imprime, para efecto de dicha correccion, hasta que primero estè corregido, enmendado, y tassado el citado Libro por los del mi Consejo, y estandolo assi, y no de otra manera, pueda imprimir el principio, y primer pliego, en el qual seguidamente se ponga esta Licencia, y la Aprobacion, Tassa, y Erratas, pena de caer, è incurrir en las contenidas en las Pragmaticas, y Leyes de estos mis Reynos, que sobre ello tratan, y disponen. Y mando, que ninguna persona sin licencia del expressado Don Luis Joseph Velazquez pueda imprimir, ni vender el citado Libro, pena que el que le imprimiere haya perdido, y pierda todos, y qualesquier Libros, moldes, y pertrechos que dicho Libro tuviere, y mas incurra en la de cinquenta mil maravedis, y sea la tercia parte de ellos para la mi Camara, otra tercia parte para el Juez que lo sentenciare, y la otra para el Denunciador. Y cumplidos los dichos diez años, el referido Don Luis Joseph Velazquez, ni otra persona en su nombre quiero no use de esta mi Cedula, ni prosiga en la impression del citado Libro, sin tener para ello nueva Licencia mia, so las penas en que incurren los Concejos, y personas que lo hacen sin tenerla. Y mando à los del mi Consejo, Presidentes, y Oidores de las mis Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la mi Casa, Corte, y Chancillerias, y à todos los Corregidores, Assistente, Governadores, Alcaldes Mayores, y Ordinarios, y otros Jueces, Justicias, Ministros, y personas de todas las Ciudades, Villas, y Lugares de estos mis Reynos, y Señorios, y à cada uno, y qualquier de ellos en su distrito, y jurisdiccion, vean, guarden, cumplan, y executen esta mi Cedula, y todo lo en ella contenido; y contra su tenor, y forma no vayan, ni passen, ni consientan ir, ni passar en manera alguna pena de la mi merced, y de cada cinquenta

mil

mil maravedis para la mi Camara. Dada en Buen-Retiro à treinta de Noviembre de mil setecientos cinquenta y dos. YO EL REY. Por mandado del Rey nuestro Señor, Don Agustin de Montiano y Luyando.

FEE DE ERRATAS.

PAg. 8. Oda 11. lin. 1. Nmintas, lee Amintas. Pag. 25. lin. 6. Ninfa flora, lee Ninfa Flora. Pag. 40. lin. 12. segur, lee seguro. Idem lin. 14. reeido, lee reido. Idem lin. 18. ni temas, lo contrario, lee sin la coma. Pag. 96. lin. ultim. lu, lee luz.

Este Libro: Poesias, que publicò Don Francisco de Quevedo Villegas, Cavallero del Orden de Santiago, Señor de la Torre de Juan Abad, con el nombre del Bachillèr Francisco de la Torre, en que se añade à esta segunda edicion un Discurso, que descubre ser el verdadero Autor el mismo D. Francisco de Quevedo, por Don Luis Joseph Velazquez, Cavallero del Orden de Santiago, de la Academia Real de la Historia, con esta enmienda de erratas corresponde à su antiguo, que sirve de Original. Madrid 17. de Marzo de 1753.

Lic. Don Manuel Licardo de Rivera,
Corrector General por S. M.

TASSA.

DON Joseph Antonio de Yarza, Secretario del Rey nuestro Señor, y su Escribano de Camara mas antiguo, y de Gobierno del Consejo: Certifico, que haviendose visto por los Señores de él el Libro intitulado: Poesias, que publicò D. Francisco de Quevedo y Villegas, Cavallero que fue del Orden de Santiago, con el nombre del Bachillèr Francisco de la Torre, añadiendole en esta segunda edicion un Discurso, en que se descubre ser el verdadero Autor el mismo Don Francisco de Quevedo, que con Licencia de dichos Señores, concedida à Don Luis Joseph Velazquez, Cavallero del Orden de Santiago, de la Real Academia de la Historia, ha sido impresso, tassaron à ocho maravedis cada pliego, y dicho Libro parece tiene veinte y uno, sin principio, ni tablas, que à este respecto importa ciento y sesenta y ocho maravedis, y al dicho precio, y no à mas, mandaron se venda; y que esta Certificacion se ponga al principio de cada Libro, para que se sepa à el que se ha de vender. Y para que conste lo firmè en Madrid à 27. de Marzo de 1753.

Don Joseph Antonio de Yarza.

PRO-

PROLOGO.

EL Autor del Discurso, que precede à estas Poesias, nada ha dexado que advertir al que las leyere; à lo menos por lo que toca al descubrimiento de quien las compuso, y à su merito particulàr. En este supuesto es muy poco lo que se debe decir para el mejor uso de la Obra, y para la inteligencia de los motivos que se han hallado para lo que se varìa en la nueva edicion.

Por disponerla con una entera claridad, y que no se confundan Dedicatorias, Prologos, Aprobaciones, y Licencias, se colocan à lo ultimo como por Apendice las de la primera impression: considerando tambien, que se citan en el Discurso, y que es conveniente no omitir ni una letra de las que estampò Quevedo.

Por la misma causa se reimprimen alli varias Traductiones del Brocense, y de otros, que se publicaron entonces, y son acreedoras à no quedar obscurecidas.

Se añaden igualmente los versos del Bachillèr de la Torre segun estàn en el Cancionero, para que se cotejen con los de este Libro, y se vea abiertamente el engaño padecido hasta aora.

Se ha reglado la Orthographia à la que oy communmente se sigue. Se han corregido algunas erratas de Imprenta; pero se han dexado otras, que al parecer lo son del sentido, por no faltar à la legalidad de la edicion; y ultimamente se ha proporcionado el tamaño, à que acompañe à las demàs Obras de Quevedo, que corren en quarto.

Si recibiere bien el Público este trabajo, se emprenderàn tal vez otros, no indignos de su aprecio.

DIS-

DISCURSO

SOBRE EL VERDADERO Autor de las Poesìas, que publicò Don Francisco de Quevedo, con el nombre del Bachillèr Francisco de la Torre.

EL mèrito de las Poesìas publicadas por Don Francisco de Quevedo, con el nombre del Bachillèr Francisco de la Torre, y la ninguna noticia que se halla de tal Poeta, ha excitado la curiosidad de algunos aficionados à investigar, qual sea el verdadero Autor: y la ocasion de reimprimirse estas Poesìas, que se havian hecho yà muy raras, lo ha sido para juntar aqui las razones que persuaden, ser Autor de ellas el mismo Don Francisco de Quevedo.

I.

EN el Cancionero general, y particularmente en el que se imprimiò en Sevilla año 1535. y en el impresso en Amberes en el de 1573. se hallan algunas Trovas de un Poeta, que allì se nombra *el Bachillèr de la Torre*. Estas Poesìas son del mismo estilo, y genio, que las de Garci-Sanchez, y otros Trobadores de estos Cancioneros; las

quales no son otra cosa, que un texido de imaginaciones amorosas, desnudas de todo lo que es imitacion de los Griegos, y Latinos, aunque el lenguage es mas puro, la diccion mas facil, y los versos mas corrientes que los de otros Poetas de los Cancioneros.

Juan Boscàn, que florecia en tiempo de Garcilasso, hace mencion de un Bachillèr de la Torre en las Octavas Rimas, que empiezan:

,, En el lumbroso, y fertil Oriente;

donde tratando de la passion del Amor, y de las grandes cosas que ha hecho hablar à los Poetas, prosigue:

,, Y por passar al vuestro Castellano,
,, esta puso al de *Mena* en gran altura,
,, y le moviò su alma, y su sentido
,, à cantar, *hay dolor del dolorido*!
,, Y al *Bachillèr* que llaman *de la Torre*
,, esta esforzò la fuerza de su estilo;
,, tanto, que dèl la fama tira, y corre
,, del Ystro al Tajo, y del Tajo al Nilo:
,, E otro que agora à la memoria ocorre,
,, que por amar perdiò del sesso el hilo,
,, *Garci-Sanchez* se llama, esta le puso
,, en las finezas que de Amor compuso.
,, Esta tambien al Andalùz de *Haro*
,, le levantò, sus versos levantando;
,, y le hizo que al mundo fuesse raro,
,, sus tormentos de Amor notificando:
,, y al de *Vivero* diò juicio claro,
,, sus Escritos moviendo, y concertando,
,, y haciendole de puro enamorado
,, comenzar, *¡si no os huviera mirado*.
,, Y aquel que nuestro tiempo truxo ufano
,, el nuestro *Garcilaso de la Vega*,
,, esta virtud le diò con larga mano
,, el bien que casi à todo el mundo niega.....

El

El Autor del *Dialogo de las Lenguas*, (1) que fue del tiempo de Carlos Quinto, habla del Bachillèr de la Torre, que se halla en los Cancioneros, y dice: ,, En el mismo *Cancionero* hay algunas coplas, que tienen buen estilo, como son las de Garci-Sanchez de Badajòz, y las ,, del Bachillèr de la Torre.

Lope de Vega, entre otros Poetas Castellanos, de que hace mencion en su *Laurèl de Apolo*, (2) celebra à un Francisco de la Torre en estas palabras:

,, Humillense las Cumbres del Parnaso
,, al divino *Francisco de la Torre*,
,, celebrado del mismo Garcilasso,
,, à cuyo lado dignamente corre;
,, más yà Febo socorre
,, su lyra, que llevaba como à Orfeo
,, la suya el Estrimon, esta el Lethèo;
,, porque puedan las Musas Castellanas
,, salir hermosas sin teñir las canas.

Esto escribia Lope de Vega en el año 1630. en que se imprimiò el *Laurèl de Apolo*, un año antes que Don Francisco de Quevedo publicasse estas Poesias, atribuidas al Bachillèr Francisco de la Torre en Madrid en 1631, à cuya publicacion, que yà entonces se estaria preparando, parece que alude Lope, quando dice, que Apolo socorriò la lyra de aquel Autor, cuya memoria iba yà à sepultarse en un perpetuo olvido.

Advierta se la equivocacion que padeciò aqui Lope de Vega, quando dice, que el Bachillèr de la Torre fue celebrado del mismo Garcilasso, no haviendolo sido sino del Boscàn: pues entre las Obras de Garcilasso no hay memoria de tal Bachillèr.

Quevedo en la Prefacion, y Dedicatoria de estas Poesias advierte, que las havia encontrado manuscritas en po-

(1) Publicado por D. Gregorio Mayans en sus *Origenes de la Lengua Española*, tom. 2. pag. 149. Edic. Madrid. 1737.
(2) Pag. 32. Edic. *Madrid* 1630.

der de un Librero, que se las vendiò con desprecio, que tenian la aprobacion de Don Alonso de Ercilla, y las Licencias del Consejo para imprimirse; y que el nombre del Autor estaba maliciosamente borrado en cinco partes, acaso por alguno, que à lo que parece, quiso apropiarse estas Obras. Confiessa no saber à punto fixo el tiempo en que floreciò este Francisco de la Torre, y se inclina à que fuesse anterior à Boscàn, y el mismo de que este hace mencion con el nombre *del Bachillèr que llaman de la Torre.*

II.

NADIE hasta oy dudò de esta relacion de Quevedo; pero si se examina bien el estilo de estas Poesìas, y se consideran otras circunstancias, que concurren en la edicion que de ellas hizo, facilmente se conocerà: Lo primero, que el Bachillèr de la Torre, cuyas Poesìas se leen en los Cancioneros, es el mismo que celebran Boscàn, y el Autor del Dialogo de las Lenguas: Lo segundo, que el Autor de las Obras publicadas por Quevedo, con el nombre de Francisco de la Torre, no puede ser este Bachillèr de la Torre de los Cancioneros: Lo tercero, que el verdadero Autor de estas Poesìas es el mismo Don Francisco de Quevedo, que las diò à luz.

1. Nada se sabe à punto fixo à cerca del tiempo en que floreciò el Bachillèr de la Torre, que se halla en los Cancioneros; pero si el òrden con que en ellos estàn colocados los Poetas, puede contribuir algo para conocer el tiempo en que vivieron, se podia creer, que huviesse florecido poco despues del Rey Don Juan el Segundo; pues sus Poesìas se colocan immediatamente despues de las de Juan Rodriguez del Padròn, que floreciò en tiempo de aquel Principe. Mas no se debe dudar, que este Bachillèr de la Torre sea el mismo que celebra Boscàn; pues le coloca despues de Juan de Mena, y antes de Garci-Sanchez

de

de Badajòz, Don Luis de Haro, y Don Luis de Vivero, que es el tiempo en que corresponde haver florecido el Bachillèr de los Cancioneros. Ademàs, que la expression, *y aquel que nuestro tiempo traxo ufano*, de que usa Boscàn, quando habla de Garcilasso, dà à entender, que fueron anteriores à èl todos los demàs Poetas que dexa mencionados, y entre ellos el Bachillèr de la Torre.

Añadese, que assi Boscàn, como el Autor del Dialogo de las Lenguas, convienen en celebrar à este Poeta como uno de los que en su tiempo se aventajaron mas en la pureza, y elegancia del estilo; de suerte, que con razon pudo Boscàn decir de èl, que *esforzò la fuerza de su estilo*; esto es, que se aventajò à los demàs Poetas de su tiempo en la energìa, y pureza del estilo. Esta circunstancia, como tambien la de ser Poesìas amatorias, segun insinùa Boscàn, se reconoce en las Poesìas del Bachillèr de la Torre, que se leen en los Cancioneros; de lo qual se deduce la identidad de todos tres Bachilleres.

La fama que dice Boscàn tenia el Bachillèr de la Torre, puede tambien referirse al credito que havria alcanzado por sus letras, pues se supone Bachillèr en alguna facultad; y à esto pudieran aludir los versos del mismo Bachillèr, que se hallan con otros suyos en el Cancionero.

,, A los otros soy placiente,
,, à ti mortal, enojoso;
,, y à otra qualquiera gente
,, en algun grado ciento,
,, y à ti torpe, temeroso.

Examinadas bien todas estas circunstancias, se pudiera pensar, que este Bachillèr de la Torre fuesse el Bachillèr Alonso de la Torre, que floreciò en tiempo de el Principe Don Carlos de Viana, y de quien tenemos el Libro intitulado *Vision deleitable de la Philosophia*, impresso en Sevilla en 1526. Consta, que este Alonso de la Torre fue Poeta, y sus Poesìas se conservan oy entre los

Ma-

Manuscritos del Rey de Francia, Codic. 993. como assegura el Padre Labbè, (3) y Don Nicolàs Antonio.

2. Por mucho que estas Poesias del Bachillèr de la Torre se aventajassen à las demàs de su siglo, assi en la facilidad de la Rima, como en la pureza del lenguage, son muy inferiores à las que se publicaron con el nombre de Francisco de la Torre. En estas es muy otra la diccion, el estilo, la rima, la invencion, el genio Poetico; en una palabra, todo quanto concurre à formar un Poeta: de suerte, que si la diferencia de estilos puede servir de criterio para distinguir las Obras de los diferentes siglos, creo que en ningun caso deberia tener mas fuerza que en el presente. Porque las Poesias del Bachillèr de la Torre se distinguen tan claramente de las publicadas por Quevedo, como las de Juan de Mena de las de Garcilasso, las de Juan de la Encina de las de Pedro de Padilla, y las de Garci Sanchez de las de Don Manuel de Villegas.

Las Poesias publicadas por Quevedo suponen muchos conocimientos, que aun no havian llegado à alcanzar los Poetas Castellanos, que precedieron à Garcilasso, y fueron contemporaneos del Bachillèr de la Torre. El lenguage, no solo no estaba tan puro, pero aun no havia llegado à aquel caracter particular de la diccion, y harmonia del estilo, que se observa en estas Poesias, y que se introduxo en la lengua, y en la Poesia Castellana un siglo despues de Garcilasso.

Las voces antiquadas, que Quevedo observa en ellas, y que èl introduxo de proposito para afectar antiguedad, casi no se veràn usadas antes de Garcilasso, y menos en el tiempo del Bachillèr de la Torre.

Tampoco era conocida en España por aquel tiempo aquella especie de Poesia, en que compuso las suyas Francisco de la Torre. La Poesia Lyrica, y la Bucolica no tenia antes de Garcilaso el gusto, y perfeccion que se vè en estas Poesias: ni en aquel tiempo se escribian las Odas, las

(3) *Bibliot. Manuscr.* pag. 324.

las Canciones, las Eglógas, y los Sonetos con el gusto, y artificio que están los de Francisco de la Torre.

Tampoco estaba entonces introducido en España el metro en que están escritas estas Poesìas, y todos confiessan, que à Boscàn, y Garcilasso se debe el haverlo introducido entre nosotros.

No por esso quiero decir, que fueron Garcilasso, y Boscàn los primeros que usaron el verso endecasylabo, ni menos, que los Españoles le recibiessen de los Italianos por medio de estos dos Poetas. Argote de Molina (4) assegura, que el Rey Don Alonso el Sabio hizo versos endecasylabos; y aun se dice, que se encuentran muchos versos de estos entre las *Canticas* de este Rey, en el Libro de ellas manuscrito de la Librerìa de la Iglesia de Toledo. El Infante Don Manuel, nieto del Rey Don Fernando el Tercero, hizo tambien los versos Castellanos endecasylabos, que se encuentran en el Libro del *Conde Lucanor*, del mismo Infante, publicado por Argote de Molina. Fernando de Herrera en los Commentarios à Garcilasso, (5) trae un Soneto en versos endecasylabos, compuesto por el Marquès de Santillana Don Iñigo Lopez de Mendoza, que floreciò en tiempo de Don Juan el Segundo: y el mismo Argote de Molina (6) assegura, que tenia en su poder un Libro manuscrito de las Poesìas del mismo Marquès, en que havia muchas Canciones, Sonetos, y otras Poesìas suyas en verso endecasylabo.

Los Portugueses conocieron este genero de verso mucho antes; y el P. Fr. Bernardo de Brito (7) trae algunos versos endecasylabos Portugueses de Gonzalo Hermiguez, que florecia en el siglo undecimo. Todos estos vi-

Ri-

(4) En el *Discurso sobre la Poesìa Castellana*, impresso al fin del *Conde Lucanor*, dado à luz por el mismo Argote.

(5) Pag. 75.

(6) *Disc. de la Poesìa Castellana.*

(7) *Chronica del Cister*, part. 1. lib. 5. cap. 1. pag. 374. Edic. *Lisboa* 1602. donde dà una larga noticia de este antiguo Poeta Portuguès.

vieron mucho antes de Boscàn, y Garcilasso; pero es menester confessar, que estos dos fueron los primeros Poetas Castellanos, que empezaron à usarle con mas gracia, y delicadeza, haciendole servir à la buena Poesìa; y haciendo vèr de esta manera, quanto dista un Poeta de un mero Rimador; que no eran mas los Poetas Castellanos, que precedieron à Garcilasso, y à Boscàn.

Las Poesìas que se atribuyen al Bachillèr Francisco de la Torre son una continuada imitacion de los Poetas Griegos, y Latinos, y dàn à entender, que el que las compuso no era un mero Rimador, como lo fue el Bachillèr de la Torre, que sin otro espiritu poetico, que un genio vivo, y facilidad en el decir, se puso à hacer coplas; sino un hombre, que sabìa el Griego, y el Latin, y havia procurado imitar en sus Poesìas los mejores originales de ambos Idiòmas; un hombre, que conocia las reglas de la Poetica, y sabìa bien el arte de manejarlas; que tenia una imaginacion muy fecunda, un gusto muy delicado, una gran facilidad, y hermosura en el estilo; en una palabra, era un gran Poeta, que puede oponerse, no solo à los mejores de otras Naciones, sino al mismo Garcilasso, à quien en muchas partes imita.

3. No pudiendo este Francisco de la Torre ser el Bachillèr que se halla en los Cancioneros, y debiendo por su estilo ser posterior un siglo à Garcilasso, quièn podria ser un Poeta semejante, de quien por otra parte no hay memoria alguna? Se pudiera decir, que acaso este serìa otro Francisco de la Torre, que pudo haver florecido despues de Garcilasso, y del qual son estas Poesìas la unica memoria que nos ha quedado? Pero què Poeta pudo ser este, que haviendo vivido despues de Garcilasso, no se hace memoria de èl, ni en el Canto donde celebra Don Luis de Zapata los Poetas famosos del tiempo de Carlos Quinto, (8) ni en el *Viage del Parnaso* de Cervantes, ni en el *Laurèl de Apolo* de Lope de Vega, ni en ninguna de las Obras

(8) *Carlos famoso*, Cant. 38. Edic. *Valencia* 1566.

Obras, què se escribieron por entonces para celebrar los Poetas de aquel tiempo, en que segun esto debia de haver florecido Francisco de la Torre?

Es verdad què Quevedo assegura, que el manuscrito de estas Poesias tenia la aprobacion de Don Alonso de Ercillas; el qual, como quiera que aun vivia en el año 1589. acaso pudo conocer al Autor, ò à lo menos tener noticias fixas de èl. Pero què aprobacion fue esta, de que Quevedo no pudo inferir quien fuesse este Francisco de la Torre; ni el tiempo en que havia vivido? Nada havia de decir Ercilla, que le huviesse apartado à Quevedo de la imaginacion la sospecha de que pudiessen ser de un Poeta anterior à Garcilaso, y tal qual aparece què fue el Bachillèr de la Torre? Y si fue cierto que huvo tal aprobacion de Don Alonso de Ercilla, còmo no la publicò Quevedo, ni dice el año en que en virtud de ella se diò la licencia del Consejo para la impression, ni otra cosa alguna de estas, que no es verosimil omitiesse quien se detiene alli en otras menudencias de menos importancia para descubrir lo que tanto deseaba, principalmente siendo la aprobacion de Ercilla una de las cosas, què mas importaria à Quevedo haver publicado, para lograr el fin que se havia propuesto en la edicion de estas Poesias?

Parece mas creible, que ni huvo tal manuscrito en poder del Librero, que supone Quevedo, ni tal aprobacion de Don Alonso de Ercilla, ni tal Licencia del Consejo para su impression; sino que estas Poesias fueron compuestas por el mismo Quevedo, quien quiso publicarlas con el nombre del Bachillèr Francisco de la Torre, y para disfrazarse mas bien, inventò todo quanto refiere en su Prologo, à fin de que passassen por antiguas.

Lo primero que observo es, que todas estas Poesias se escribieron, no casual, y succesivamente como las de los demàs Poetas; las quales, como por lo regular se componen por algun motivo concerniente al Autor, siempre

conservan algun rastro por donde se llega à distinguir el tiempo en que floreciò, su profession, su edad, sus amigos, y otras circunstancias que llevan embueltas consigo los mismos assumptos de sus Poesias. Nada de esto hay en las de Francisco de la Torre: todas son à assumptos muy generales, y solo propios de un Poeta, que se pone à escribir de intento, ò para imitar los antiguos, y exercitarse en la buena Poesia, ò con el cuidado de no dexar en todas sus Obras algun rastro por donde se pudiesse conocer su edad, ù otra circunstancia, que descubriesse la mano que las componia; de suerte, que, ò Quevedo las hizo de propósito con este intento, ò lo que es mas verosimil, las entresacò de las demàs Poesias suyas, procurando que en ninguna de ellas quedasse señal por donde se pudiesse llegar à descubrir el verdadero Autor.

Si se comparan estas Poesias de Quevedo con otras suyas de la misma especie, se conocerà desde luego, que unas, y otras fueron partos de un mismo numen. La misma casta de estilo: el mismo artificio, y corriente de los versos: la misma gala, y hermosura en las expressiones: el mismo gusto, y delicadeza en los pensamientos; el mismo espiritu poetico; de suerte, que el caracter particular de estas Poesias de Francisco de la Torre, es el mismo que tuvieron los buenos Poetas del siglo de Quevedo.

El mismo Quevedo se hace cargo de este caracter del estilo, quando en la Dedicatoria al Duque de Medina de las Torres, despues de advertir, que estas Poesias podian ser del Bachillèr de la Torre, que celebra Boscàn, prosigue: ,, Antiguedad à que le pone duda el propio razonar ,, suyo, tan bien pulido con la mejor lima de estos tiem- ,, pos, que parece estàr floreciendo oy entre las espinas ,, de los que martirizan nuestra habla. ,, Expressiones en que mostrò Quevedo el artificio con que iba à deslumbrar al publico.

Para conocer la uniformidad de estilo entre las Poesias de Quevedo, y las atribuidas à Francisco de la Torre, bas-

bastarà què el Lector no acierte à distinguirlos en la siguiente Cancion, que està compuesta de Strophas de uno, y otro Poeta (9) unidas en forma de Silva, ò Madrigal.

,, Pues quita Primavera al año el ceño,
,, y el Verano risueño
,, restituye à la tierra sus colores,
,, y adonde vimos nieve, vemos flores;
,, renueva, Filis, està
,, esperanza marchita, que la helada
,, aura de tu respuesta
,, tiene desalentada:
,, ven Primavera, ven mi Flora amada.
,, Vèn que te aguardan yà los Ruiseñores,
,, y los tonos mejores,
,, porque los oygas tù, dulce tyrana,
,, los dexan de cantar à la mañana.
,, Yo, triste, el Cielo quiere,
,, que yerto Invierno ocupe el alma mia,
,, y que si rayo viere
,, de aquella luz del dia,
,, furioso sea, y no como solia.
,, Si tù que eres mi Diosa,
,, à quien ofrezco el alma en sacrificio,
,, te muestras desdeñosa,
,, dandome tal rigor por beneficio,
,, quien sentirà mi pena,
,, si quien es causa de ella me condena!

No son tan semejantes entre sì los versos de Gongora en los Centones, què de ellos compusieron Don Martin de Angulo y Pulgar, y Don Agustin de Salazar, ni los del mismo Garcilasso en el Centon que de ellos hizo Don Juan

(9) Las Strophas del Bachiller Francisco de la Torre estàn tomadas de la Oda 1. del lib. 2. Las de Quevedo son de dos Canciones de la Musa Euterpe.

de Andosilla Larramendi ; como lo son estas Stropas de Don Francisco de Quevedo, y Francisco de la Torre: de lo qual se reconoce que fueron compuestas por una misma pluma.

Quevedo dice ; que el nombre del verdadero Autor de estas Poesìas estaba borrado de proposito en cinco partes por alguno, que acaso se las havia querido apropiar. Este, à mi entender, pudo ser un enigma, con que pretendiesse Quevedo ocultar su nombre ; pues si en estas palabras *Don Francisco de Quevedo Villegas, Señor de la Torre de Juan Abad*, se borra en cinco partes el *Quevedo*, *Villegas*, *Señor*, *y Juan Abad*, quedarà *Francisco de la Torre* ; con cuyo nombre quiso disfrazarse con alusion à la Villa de la Torre de Juan Abad, de que, ò yà era Señor, ò pretendia serlo, por el derecho que creeria tener al Señorio que obtuvo. De suerte, que en el Titulo de *Bachillèr Francisco de la Torre* no hay palabra, que no sea propia de la persona de Don Francisco de Quevedo : fue *Bachillèr*, pues llegò à ser Doctor en Theologìa ; fue Francisco, porque este era su nombre ; y *de la Torre*, porque, ò yà era Señor de aquel Lugar, ò creìa serlo.

Lo del mote *delirabam cum hoc faciebam*, *&* *horret animus nunc*, que dice Quevedo estaba escrito en la primera hoja de estas Poesìas, es un pensamiento muy propio del genio de Quevedo, que tuvo semejante costumbre en otras Obras suyas.

Quevedo quiso aqui dàr à entender ; que estos versos havian sido partos de su mocedad, cuyos extravìos, y desordenes amorosos no queria dexar autorizados à la posteridad con su nombre ; en cuya intencion permaneciò siempre, no haviendo èl publicado mas Poesìas mientras viviò, que las traducciones de Epitecto, y Phocilides en Madrid año 1635. pues las demàs Poesìas suyas no salieron à luz hasta despues de su muerte, que sucediò en 1645. publicando las seis primeras Musas Don Joseph Antonio Gonzalez de Salas en Madrid año 1648. y las tres ultimas

su

su sobrino Don Pedro Aldrete en Madrid en 1670. De suerte, que el disfràz de Francisco de la Torre pudo ser tambien un arbitrio, que tomaria Quevedo para dàr al pùblico sus Poesias, que no tendria embarazo en abandonar al nombre de otro, quien jamàs quiso que viviendo èl, saliessen en nombre suyo.

No fue Quevedo el primero que en España publicò sus Poesias con nombre supuesto. Antes de èl yà otros Poetas nuestros havian usado de este mismo disfràz; como Geronymo Bermudez, cuyas tragedias Españolas se publicaron en 1577. con el nombre fingido de Antonio de Sylva. En el tiempo de Quevedo no era desconocido este modo de publicar sus Poesias con nombre de otro. Quevedo tomò el exemplo de Lope de Vega su Contemporaneo, que once años antes en el de 1620. en la Justa Poetica de San Isidro, celebrada en Madrid, havia publicado algunos versos suyos con el nombre de el *Maestro Burguillos*: siendo lo mas particular, que el mismo Lope, que en la relacion de esta Justa recopilada por èl, havia dicho (10) descubiertamente: „ Advierta el „ Lector, que los versos del Maestro Burguillos debieron „ de ser supuestos...... fue general opinion, que fue per- „ sona introducida del mismo Lope. „ Este mismo, que aquí havia descubierto su engaño, catorce años despues en el de 1634. publicò sus Rimas con el nombre de Thomè de Burguillos; asegurando, que no era nombre supuesto, sino de un Condiscipulo suyo, que todos havian conocido en la Corte, con otras señas, y menudencias tan individuales, que alucinarian al que por otra parte no estuviesse bien persuadido de la suposicion de estas obras. Quevedo, no solo fue sabidor de esta suposicion de Lope, sino complice en el engaño que se iba à hacer al pùblico; pues aprobò estas Rimas de Thomè de Burguillos con el Maestro Baldiviesso, que antes havia aprobado las que Quevedo aplicò à Francisco de la Torre.

Quan-

(10) *Justa Poetica de San Isidro*, pag. 32.

Quanto dice Quevedo del Manuscrito de estas Poesìas, hallado en poder de un Librero: de la aprobacion que tenian de Don Alonso de Ercilla, y de la licencia del Consejo para la impression, todo es fingido, como tambien lo es todo lo que Lope assegura de no ser fingido el nombre de Thomè de Burguillos; de que todos le conocian en Madrid; de que fue su Condiscipulo en Salamanca, siendo Maestro de ambos el Doctor Pichardo; de que al partirse à Italia le dexò la Gatomachia, que pudo recoger con otras Obras sueltas de manos de otros amigos; y del retrato que de èl hizo el Catalan Ribalta, famoso Pintor.

Ni hay que decir, que yà que Quevedo pretendiesse engañar al pùblico, no era verosimil que lo pudiesse haver conseguido con sus Aprobantes Lorenzo Vander Hammen, y el Maestro Joseph de Valdiviesso; los quales verian sin duda el manuscrito original de que habla; y principalmente Valdiviesso, que assegura en su aprobacion estàr estas Poesìas con la de Ercilla. Uno, y otro aprobante estaban interessados en los mismos designios de Quevedo, y eran parciales suyos contra los Autores del nuevo estilo. Assi Vander Hammen, como Valdiviesso aprobaron tambien las Obras de Fray Luis de Leon, que con el mismo fin de combatir el mal estilo publicò Quevedo aquel año: y lo que es mas que todo, el Maestro Valdiviesso, y Don Francisco de Quevedo aprobaron despues las Rimas, que Lope publicò con el nombre de Thomè Burguillos, aun conociendo ambos el disfràz de Lope. De lo qual se puede entender el poco escrupulo que todos quatro hacian de faltar en cierto modo à la vèrdad, y à la fé pùblica en estas materias.

Si es cierto lo que D. Nicolàs Antonio assegura, que en Granada le dixo el mismo Vander Hammen, que *la Casa de los Locos de amor*, que Quevedo publicò como Obra propia, no lo era, sino del mismo Vander Hammen à quien la dedica; seria esta una prueba de que Quevedo con la misma facilidad que adoptaba Obras age-

nas,

nas, atribuìa à otros las propias, ò lo que es mas creible, que Quevedo estaba de acuerdo con Vander Hammen, y sus demàs parciales para estos, y otros enredos, de que ninguno formaba escrupulo; como quiera que todos disponian de cosas propias.

Y si pareciesse duro de creer, que Don Francisco de Quevedo, y el Maestro Valdiviesso supusiessen la aprobacion de Ercilla; tambien puede componerse, que esta aprobacion fuesse cierta, sin dexar de ser las Poesias de Quevedo. Quièn sabe si quando muy mozo intentò publicar estas, y otras Poesias suyas, que pudo vèr, y aprobar Don Alonso de Ercilla, y no haviendolas entonces publicado, y mudado despues de intento, quiso darlas à luz con nombre fingido? En este caso se verificarìa tambien, que el nombre de su Autor estaba borrado en cinco partes; esto es, en la Portada de la Obra, en las dos Aprobaciones, y en las dos licencias del Consejo, y Ordinario, que son cinco partes, ò lugares diferentes, en que el mismo Quevedo borraria su nombre, y dictados, de modo que solamente se pudiesse traslucir el *Francisco de la Torre*.

Que pudiesse Quevedo tener compuestas estas Poesìas muchos años antes, se convence por lo que dice Don Joseph Antonio Gonzalez de Salas en una de sus Ilustraciones à la Musa sexta, donde hablando de quatro Canciones de nuestro Poeta, añade: ,, Las quatro Canciones que aora se han de seguir, sin duda son de las Poesias bien antiguas del Autor, pues por lo menos las dos primeras tienen testimonio seguro de mas de quarenta años de edad, hallandose impressas entre las *Flores de los Ilustres Poetas de España* en Valladolid año de 1605.

Que pudiesse haverlas aprobado Ercilla, no repugna; porque aunque no conste quando naciò, y muriò este Poeta, consta que à los 29. años no cumpli-

plidos de su edad bolviò del Perù à España, teniendo yà compuesta la primera parte de su Araucana. Esta primera Parte se publicò año 1577. y suponiendo, que no serià mucho tiempo despues de su llegada, porque con el fin de publicarla havia puesto tanto trabajo en su Obra, como lo advierte en el Prologo, se puede congeturar, que naciò por los años de 1546. à 47. Sabese que vivia en 1589. porque con èl habla el Privilegio para la edicion de su Araucana completa del año 1590. y podia tener entonces 42. ò 43. años, con que no hay dificultad en que viviesse despues 15. ò 16. años, de suerte, que pudiesse llegar al de 1605. en que yà vemos las Poesìas de Quevedo entre las de los Ilustres Poetas de España.

La intencion, assi de Quevedo, como de Lope, en haver ocultado sus nombres en estas Obras, fue una misma, aunque conducida por diferentes caminos. Lope quiso demostrar la hermosura, y gala de la Lengua Castellana, y el primor de que es capàz el lenguage Poetico, aun en los assumptos triviales; y ridiculos, como èl mismo dà à entender en diferentes partes de sus Rimas, y en este Soneto, con que dà principio à las de Burguillos.

,, Los que en sonoro verso, y dulce Rima
,, haceis conceto de escuchar Poeta
,, versificante en forma de estafeta,
,, que à toda direccion numero imprima;
,, Oìd de un Caos de materia prima,
,, no culta, como forma de receta,
,, que en lengua pura, facil, limpia, y neta
,, yo invento, amor escribe, el tiempo lima.

Quevedo quiso hacer vèr, que la Lengua Castellana no era inferior à la Griega, ni à la Latina, y que era capaz de todas las gracias, primores, y adornos

nos con que havian enriquecido las suyas los mejores Poetas de ambos Idiomas. Asi dice en la Dedicatoria al Duque de Medina de las Torres, hablando del estilo de estas Poesias, que publicaba: ,, Parece ,, està floreciendo oy entre las espinas de los que martyrizan nuestra habla, confundiendola; y al lado ,, de los que la escriben propia, y la confiessan rica por sì, en competencia de la Griega, y Latina; ,, que sobervias la daban de mala gana limosna en ,, las plumas de Escritores pordioseros, que piden ,, para ella lo que la sobra para otras. ,, Asi Lope, como Quevedo pretendian de este modo combatir à Gongora, y à otros malos Poetas de su siglo, que havian empezado à corromper la Lengua, y la Poesìa Castellana con el uso de voces barbaras, y obscuras, con frequentes latinismos, con un estilo hinchado, y lleno de un vano estrepito, con imitaciones frivolas, afectadas, è impertinentes, y con los demàs vicios propios del Lenguage, y estilo, que en aquel tiempo se llamaba *Culto*, y del qual tantas veces se burlaron uno, y otro Autor.

En el mismo año 1631. en que publicò Quevedo estas Poesìas con el nombre de Francisco de la Torre, diò tambien à luz las de Fray Luis de Leon, llevado del mismo designio; y si se lee la Dedicatoria que de ellas hace al Conde Duque, se reconocerà el calor con que entonces combatia Quevedo este mal estilo, y los medios con que se esforzaba à mantener la disputa, contra los que procuraban sostener su mala causa con una erudicion mal entendida. ,, No tiene (dice) mucha edad este delirio, ,, que pocos años ha que algunos hypocritas de nominativos empezaron à salpicar de latines nuestra ,, habla, que gastando de su caudal enriqueciò à Europa con tan esclarecidos Escritores en prosa, y ,, en verso; y oy duran de aquel tiempo muchos que

„ sirven de antidotos con sus obras à la edad, pre„ servandola de la inundacion de gerigonzas; y otros „ que oy florecen con admiracion de las Naciones. En estas ultimas palabras descubre Quevedo el fin con que publicò en aquel mismo año las Poesìas de Francisco de la Torre, y las de el Maestro Fray Luis de Leon; esto es, para hacer vèr à los del partido opuesto, que assi entre los antiguos, como entre los modernos, huvo Poetas que usaron la buena Poesìa Castellana, poniendo por exemplo de los modernos à Fray Luis de Leon; y de los antiguos al Bachillèr Francisco de la Torre, al qual se viò obligado à fingir, por no encontrar Poeta de aquellos tiempos, que pudiesse compararse con Garcilasso.

Lope, que quiso manifestar la hermosura, y gracia de la Lengua Castellana aun en el estilo llano, y sencillo, se disfrazò con el nombre de Thomè Burguillos, por continuar el engaño que havia comenzado en la Justa Poetica de San Isidro: y Quevedo, que como hombre mas docto iba à demostrar que la lengua Castellana era capàz de todos los adornos, con que hicieron grande, y maravillosa su Poesìa los Griegos, y los Latinos, sin necessitar de las monstruosidades del estilo culto, para imitar los buenos Poetas, quiso valerse de el nombre de un antiguo Poeta Castellano, famoso por los elogios con que le celebra Boscàn, y cuyo nombre tenia una alusion feliz con el suyo.

III.

III.

DON Francisco de Quevedo logrò lo que deseaba; porque algunas de estas Poesìas son dignas de ser comparadas con las de Griegos, y Latinos, y capaces de contraponerse à las de otras Naciones cultas. En ellas nada se echa menos, que sea propio de la buena Poesìa: la diccion pura: el estilo facil, y natural, sin dexar de ser energico: el verso harmonioso, y fluìdo: y en fin se vè un gusto muy delicado, de que no serìa capàz su mismo Autor, sino despues de haver hecho particular estudio en los mejores Poetas Italianos, Latinos, y Griegos; con cuyo estudio se adquiere el arte de decir las cosas de un modo, que siendo natural, no por esso dexa de ser sublime.

No desdicen estas circunstancias de el genio Poetico, y estudios de Don Francisco de Quevedo: cuya gran leccion de los Poetas Griegos, y Latinos se conoce por las muchas traducciones que de ellos hizo, principalmente de Phocilides, y aun de Anacreonte, cuyas Odas he visto traducidas en verso Castellano, aunque no se han dado à luz. Don Joseph Antonio Gonzalez de Salas en las prevenciones al Lector de la Edicion que hizo de las seis primeras Musas de Quevedo, dice de èl: „Grande facultad tuvo Poetica, y mas por naturaleza, digo, que por su cultura, pudiendo tambien assegurar, que hasta oy yo no conozco Poeta alguno Español versado mas, en los que viven, de Hebreos, Griegos, Latinos, Italianos, y Franceses; de cuyas Lenguas tuvo buena noticia, y de donde à sus versos traxo excelentes imitaciones. „ Todo esto que dice Salas, hallamos en es-

tas Poesìas atribuìdas à Francisco de la Torre : de suerte , que solo por ellas deberà reputarse Quevedo como uno de nuestros mèjores Poetas , y digno de componer el Parnaso Español con Garcilasso , Padilla , Villegas , los Argensolas , Fray Luis de Leon, y otros , aunque pocos , que en todos tiempos seràn reputados como los unicos Maestros de la Buena Poesìa Castellana.

VER-

VERSOS LIRICOS,
Y
BUCOLICA DEL TAJO.
LIBRO PRIMERO.
SONETO I.

VOS à quien la fortuna dulce espira,
Titiro mio, la gloriosa llama
cantando; vuestro Tajo, y mi Xarama
parais al son de vuestra hermosa Lyra.
Yo aqui donde conmigo vivo en ira,
absente de la nieve que me inflama,
cuelgo mi caramillo de una rama
de salce, y lloro: lloro, y èl suspira.
Quanto es mejor, que el mio vuestro estado,
pues que gozais presente del sentido,
que robò por los ojos la alma firme.
Yo para lamentar, y arder nacido,
la vida esquivo, y aborrezco el hado:
ò solo vos no os esquiveis de oirme!

SONETO II.

ROmpe la niebla de la noche fria
de nieve, y ostro, y de cristal ornada,
de perlas orientales esmaltada,
rosada Aurora, y aparece el dia.
Descubre al campo la beldad que havia
convertido en espanto, la cerrada,
y escurissima noche; y de passada
enriquece la tierra de alegria.
Tal à mis ojos la beldad divina
del idolo purissimo que adoro,
Aurora clara con tu paz, parece.
Inclina el Sol, inclina el Cielo, inclina
los Elementos, y al Pierio coro
gloria mayor, que la que goza, ofrece.

SONETO III.

ETerno mal, y grato mal eterno,
à quien como contento dulce sigo,
capital, y carissimo enemigo,
quando mas infernal mas caro, y tierno.
Si estoy metido en tu amoroso infierno,
sufriendo voluntario tu castigo,
por què con el fingido nombre amigo
dàs efectos de daño sempiterno?
Miro la lumbre de mi claro Cielo,
el amoroso, aunque semblante altivo,
que no hay pecho de nieve que resista.
Siento luego abrasarme en vivo hielo,
y siento luego elarme en fuego vivo,
responden los efectos con la vista.

SONETO IV.

CLaras, y transſparentes luminarias
del Cielo, y de la noche compañeras,
hijas del crudo tiempo, y parcas fieras,
por caſos varios, y por ſuertes varias.
Yà que de las amigas, y contrarias
horas de mi contento laſtimeras
teſtigos fuiſteis; ſedlo en las poſtreras
à mi canſada vida neceſſarias.
No me fuerce, mirad, el tiempo acaſo
à pediros palabras quebrantadas;
pues ſois fiadoras, y teſtigos de ellas.
Dixo Damon, y de las luces bellas
del claro Cielo errantes, y fixadas,
reſplandeciò el Oriente, y el Ocaſo.

SONETO V.

SIgo, ſilencio, tu eſtrellado manto
de transſparentes lumbres guarnecido:
enemiga del Sol eſclarecido,
Ave nocturna de agorero canto.
El falſo mago amor con el encanto
de palabras quebradas por olvido,
convirtiò mi razon, y mi ſentido;
mi cuerpo no, por deshacelle en llanto.
Tù que ſabes mi mal, y tù que fuiſte
la ocaſion principal de mi tormento,
por quien fui venturoſo, y deſdichado;
Oye tù ſolo mi dolor, que al triſte
à quien perſigue cielo violento,
no le eſtà bien que ſepa ſu cuidado.

SONETO VI.

CLara, y hermosa Virgen del triunfante
Cielo primero; bella, y adornada
de la clara corona, y de la amada
manadilla de cabras de tu amante:
Assi la soberana, y circunstante
maquina de lumbreras estrellada
dexe de acompañarte; y la sagrada
cara de Febo veas rutilante;
Que al tiempo que la Maga, que me encanta
con palabras, y cercos te mirare,
no recibas la lumbre de tu Apolo.
Y si aquella belleza te forzare,
sea para mirar entonces, quanta
sinrazon se le hace à un hombre solo.

SONETO VII.

ENciende yà las lamparas del Cielo
amiga, y esperada noche, en tanto
que un voto, un sacrificio, un altar santo
te consagra Damon con puro zelo.
He aqui la ofrenda con el negro velo,
que escurece sus ojos, y alli el canto
de tus aves nocturnas, y el Acanto
y Veleño, que ofusca en humo el suelo.
No te desdeñes de mirar mis dones,
(pues son de tu color) y mi ganado,
victimas inocentes, y piadosas.
Dixo Damon; y Tirsi à sus razones
regò su seno. Sufres ser rogado,
cielo, para turbar agenas cosas?

ODA I.

MIra Filis, furiosa
onda, que sigue, y huye la ribera,
y torna presurosa,
echando al punto fuera
del agua el peso de la Nao ligera.

Aquellas despojadas
plantas, que son estèriles abrojos,
solìan adòrnadas
de càrdenos, y rojos
ramos, lucir ante tus bellos ojos.

Vino del Austro frio
Invierno yerto, y abrasò la hermosa
gloria del Valle umbrìo,
y derribò la hojosa
corona de los arboles umbrosa.

Agora que el Oriente
de tu belleza reverbera, y agora
que el rayo transparente
de la rosada Aurora
abre tus ojos, y tu frente dora.

Antes que la dorada
cumbre de relucientes llamas de oro,
humida, y argentada
quede inutil tesoro
consagrado al errante, y fixo coro.

Goza Filis del aura,
que la concha de Venus hiere; dado
que apenas se restaura

el contento passado,
como el dia de ayer, y el hoy gozado.

Vendrà la temerosa
noche, de nieblas, y de vientos llena,
marchitarà la rosa
purpurea, y la azucena
nevada mustia tornarà de amena.

SONETO VIII.

CLaro, y sagrado Rio: y tu ribera
de esmeraldas, y porfidos vestida,
corto descanso de una amarga vida,
que entre amor, y esperanza desespera.
Cierto mal, bien incierto, ausencia fiera,
gloria passada, y gloria arrepentida
tienen tan acabada, y combatida
la triste vida, que la muerte espera.
Tù que labas el monte, y las arenas
roxas de mi Cyteron soberano,
lleva mi voz, y lastimas contigo.
Alivia tù llevandolas mis penas,
assi veas su rostro tan humano,
quanto yo despiadado, y enemigo.

SONETO IX.

EN la confusa suerte de mi estado
diversas cosas muestra mi ventura,
el bien, y el mal, la gloria, y desventura
en una calidad, y ser mezclado.
Si fuera tanto mal solo por hado
mi grave pena fuera menos dura,
mas ser el mal por hado, y por natura,
es vivir à tormentos destinado.

Te-

Temores ciertos, y esperanzas vanas,
bienes dudosos, mal seguidas glorias
desdicen mi firmeza desdichada.
Yo de llorar contentos, y memorias
de passados placeres, de livianas
firmezas, muero como al Cielo agrada.

SONETO X.

ESte Real de amor desvaratado,
de rotas armas, y despojos lleno,
aguda roca, y mal seguro seno
de mi doliente espiritu cansado.
Al enemigo vencedor amado,
rendido francamente como bueno,
de mi le siento eternamente ageno,
por verse de contrarios ocupado.
Y el tyrano cruel de mi contento
burladas mis antiguas confianzas,
los vencedores Esquadrones sigue.
Quièn podrà remediar mi perdimiento,
si faltan del amor las esperanzas,
y si quien amò tanto me persigue?

SONETO XI.

EL idolo purissimo que adoro,
Deidad al mundo, y en el Cielo Diosa,
y condolida de la dolorosa
vida que passo de contino en lloro.
El ebano, marfil, nieve, ostro, oro,
la purpura, coral, jacinto, y rosa,
passando por mi vista deseosa,
de imbidia mata del Olimpo el coro.
Yo que de la vision divina, y tal,
qual nunca vieron ojos soberanos,

à no dudar de su Deidad, aprendo;

Si yerro en adorar su lumbre clara

desengañeme amor, que con humanos

ojos, por bien mi solo engaño atiendo.

SONETO XII.

RIndeme amor el fuerte de mis ojos

desde los mas hermosos de la tierra,

y ofreciendome paz, y dando guerra,

ornan su bello carro mis despojos.

Y con los encendidos rayos roxos,

que por los ojos en el alma encierra,

tal vez mis males con su luz destierra,

y tal vez acrecienta mis enojos.

Yo de mi bien, y de mi mal contento,

el que me acaba dulcemente sigo

con las cautivas caras prendas mias.

Y es el tyrano triudo tan violento,

que porque no me opongo à sus porfias,

trata mi fè, y amor como enemigo.

ODA II.

NMintras, nunca del ayrado Jupiter

la armada mano, descompone umbrosa

selva de plantas, sin mostrar humana

su presencia divina.

Brama Neptuno, y usurpando el Reyno

de aquellos abrasados guerreadores,

à las entrañas de su madre bueltos,

estiende su potencia.

Alza su venerable cara llena

de verdes ovas, y de plantas verdes,

y entre los animosos vientos puesto,

levanta su Tridente.

Eolo

Eolo con sus vientos temeroso,
ayrada Thetis, Doris fiera huyendo,
sus mal regidos subditos encierra
en el caucaso monte.
Fiero Boreas con rayos, aguas, nieblas,
contrarios elementos inflamando,
arrebata los cielos de los ojos
del caminante triste.
Passa la tempestad, y la divina
mensagera de Juno dilatando
sus dos corbas, y lucidas riberas
verdes, y coloradas.
El raso Cielo à trechos descubriendo,
de nubes claro Sol desocupando,
pone paz entre Jupiter, y el mundo,
y su camino sigue.
Las passiones del anima solicita
co apremian los sentidos miserables,
nomo de la manera que lastiman
en la primera fuerza.
Elevòte fortuna variable,
hizose conocer con su mudanza;
lastimaràte para darte aviso
con que la temas, y ames.

SONETO XIII.

ARrebatò mi pensamiento altivo
una vision del Cielo soberano,
y herido de un ardiente rayo humano,
huyò del fuego deshonrado, y vivo.
El alma noble que sintiò el motivo
del yà no altivo pensamiento vano,
parto bastardo de animo liviano,
llora que fue su pensamiento esquivo.
Y afrentada de un hecho semejante

en los ojos sè pone de contino,
para morir honrosamente firme.
Quando la causa de mi fè constante
no se precia mostrar rayo divino,
para solo siquiera destruirme.

SONETO XIV.

QUal elemento, qual Estrella, ò Cielo
sustenta, influye, encubre, tiene, ò cria
yerba, piedra, licor, raiz, harpia,
contra la fuerza de un ardiente hielo?
No cria el agua, ni produce el suelo,
la noche esconde, ni descubre el dia
encanto duro, ni ponzoña fria,
que rompa el lazo de enemigo zelo.
Esta Medusa, y esta Circe bella,
tal es la fuerza que en sus ojos tiene,
tales encantos hace con sus ojos,
Que hiela el alma con su fuego, y della
oculta causa juntamente viene,
con que sustenta vivos sus despojos.

SONETO XV.

O Nunca bien assegurados bienes,
còmo seguìs las esperanzas vanas,
hechas del tiempo instables, y livianas,
por violencia cruel de mil baybenes!
Corona tiempo tus nevadas sienes,
si yà de mis passiones no te humanas,
y ornen tu carro las reliquias sanas
de quien no triunfa amor con sus desdenes.
Sigo la multitud aprisionada,
como despojo de la cruel victoria
con que el tyrano Dios humilla el suelo.

Des-

Deshecha mi firmeza desdichada,
no me admite en su Reyno, ni á su gloria:
y despues desto me sustenta el Cielo!

SONETO XVI.

TUrbia, y escura noche, que el sereno
cerco del Cielo, tienes escondido,
el mar rebuelto, el suelo entristecido,
y el ayre de nocturnos monstruos lleno:
Assi de las tinieblas, que el ameno
Zefiro te deshace, y el dormido
silencio te acompañe, y del florido
Veleño orne la sien, y adorne el seno:
Y assi de las Arabias, y Sabeas
regiones, oloroso Cedro trayga
navegante à tu templo, y sacrificio;
Que antes que tu tiniebla escura cayga,
vea mi luz, y siempre tu me veas:
debate yo tan grande beneficio.

SONETO XVII.

SAlve sagrado, y cristalino Rio
de sauces, y de cañas coronado,
de arenas de oro, y de cristal ornado,
y de crecientes con el llanto mio.
Salve, y dilata tu ancho poderio
por la orla Sabea, y el dorado
cerco de perlas, que el licor sagrado
enriquece tu eterno señorio.
Y assi tus Ninfas te detengan, quando
passes por el estrecho deleytoso
de la concha de Venus amorosa.
Que saques la cabeza, serenando
este cerco de nubes espantoso,
en compañia de mi Ninfa hermosa.

SO-

SONETO XVIII.

BUelve Zefiro, brota, viste, y cria
flores, plantas, y yerbas olorosas,
el cielo dora, y de purpureas rosas
blancas, y rojas texe selva umbria.
Al Rio el claro, y à la mansa, y fria
aura templanza, y à las sonorosas
aves el canto, restituye ociosas,
quando el Invierno el Cielo les cubria.
Y nunca, ò tiempo por mi mal rogado,
trais una Primavera deseada
à la seca esperanza de mi vida?
Teman otros mudanzas de tu estado;
que sola tu firmeza porfiada
puede ser de mi espiritu temida.

ODA III.

ROmpe del seno del dorado Atlante
la vestidura negra
de la noche la Aurora rutilante,
que el Cielo, y mundo alegra.

Y atravessando la region Sabea
de aquel dorado Toro,
de nectar, y ambrosia le rodea
los bellos cuernos de oro.

De las piadosas lagrimas que vierte
por la memoria triste
de un descuidado amante, y de una muerte,
el verde prado viste.

A las plantas, y flores, del rocio

de la noche inclinadas,
restituye su fuerza, y al sombrìo
bosque sus alboradas.

Hacense conocer las avecillas
el campo ensordeciendo,
festejan tu venida, maravillas
con la garganta haciendo.

Las casi yà marchitas bellas flores
del plateado yelo,
heridas de tus vivos resplandores
miran derecho al Cielo.

La cardena violeta reclinada,
la corona de hojas
levanta la cabeza violada
con las blancas, y rojas.

El pobre Ganadero, que velando
te estuvo al raso Cielo,
las Estrellas, y Cielos contemplando,
dice humillado al suelo:

Salve divina, y sacrosanta Aurora,
gloria del sèr humano,
de la color del dia, à quien adora
el coro soberano.

Salve la mensagera del vermejo
Pastor bello de Anfriso,
embuelta, y adornada del pellejo
roxo de Helles, y Friso.

Tres, y mas veces salve la rosada
madre de Menon fuerte.

Salve la soberana, y transformada
Menonia por la muerte.

Levantase el Pastor, y de la estraña
copia de flor preciosa
corona, y en guirnalda la cabaña
de su Pastora hermosa.

Y mientras lo permites, Sol dorado,
regala la ribera
con la zampoña dulce, y emboscado
huye tu furia fiera.

Alli mira una planta, alli una bella
fuente ligera salta.
Apolo mira su belleza en ella
de oro su plata esmalta.

Y de cuidados enojosos libre,
no solo no apetece
quanto riega Pactolo, y baña Tibre,
mas antes lo aborrece.

SONETO XIX.

Titiro, triste, y solo, y apartado
Cielo cruel me tiene, y me sustenta
de la mas alta gloria, en la tormenta
mas profunda que ha dado viento ayrado.
Ay del Pastor absente, y olvidado,
que à los dichosos sus trabajos cuenta!
Ay del Pastor cuitado, que lamenta
dolor seguido, de placer passado!
Vos que mirais el no turbado Cielo,
y puestos vuestros ojos en su lumbre,
passais por el naufragio desta vida;

Do-

Doleos, y avisad de quien la cumbre
tuvo, y agora le ha faltado el suelo
para llorar su perdicion temida.

SONETO XX.

QUantas veces te me has engalanado,
clara, y amiga noche? quantas llena
de escuridad, y espanto, la serena
mansedumbre del Cielo me has turbado?
Estrellas hay que saben mi cuidado,
y que se han regalado con mi pena:
que entre tanta beldad, la mas agena
de amor, tiene su pecho enamorado.
Ellas saben amar, y saben ellas,
que he contado su mal llorando el mio
embuelto en los dobleces de tu manto.
Tù, con mil ojos noche, mis querellas
oye, y esconde; pues mi amargo llanto
es fruto inutil, que al amor embio.

ODA IV.

VIste, Filis, herida
cierva de la saeta, que temiendo
nuevo daño, la vida
cara pierde, vertiendo
la roxa sangre que dilata huyendo?

Viste resplandeciente
Cielo, del cuerpo de las nubes suelto,
turbarse, y el ardiente
soplo de Boreas buelto,
dexar el mundo en sombra, y agua embuelto?

Viste de la empinada

cumbre sacar à Febo la cabeza
roja, y acelerada
noche, con gran tristeza
salir escureciendo su belleza?

Viste bolando hermosa
garza señorearse deste Cielo,
y salir de la odiosa
mano, torciendo el buelo,
Sacre, que la derriba por el suelo?

Lucìdas flores viste,
à quien, ò Aurora, tuiste su Luzina,
y viene el Euro triste,
y à la tierra reclina
la corona de hojas mortecina?

Assi fue mi ventura,
y assi Filis podria ser tu suerte:
no vivas tan segura
del mal, que hasta la muerte
no hay estado tan firme, que sea fuerte.

Quando Jupiter tira
à las alturas de la humilde tierra,
jamàs alcanza su ira
al valle: que en la sierra
yace penando quien le armò la guerra.

El ayre se embravece,
y entre los verdes arboles bramando
cobra fuerzas, y crece:
sopla, y està silvando,
y en el suelo las flores regalando.

ODA V.

ALexis que contraria
influencia del Cielo
persigue nuestros animos
con las cosas del mundo?
Ninguno con la suerte,
que le previno el hado,
dichosa, ò miserable,
alegremente vive.
El navegante, quando
turbado Cielo ruega
con lagrimas, y votos
su ventura maldice.
El Labrador cansado
de abrir la tierra, huyendo
fiero Leon del Cielo
maldice su ventura.
La mas dichosa suerte,
si es propia, desagrada;
y si tràs ella vamos,
no hay cosa mas divina.
A mì que el campo habìto,
me tienes por dichoso;
oy para mi no hay cosa
en los hados mas triste.
Tù, que la Ciudad honras
eres el imbidiado,
à ti te agrada el mio,
y à mì tu dulce estado.
Y la dichosa suerte
à los dos agradable,
à tì por el contrario,
y à mì es aborrecible.
No son la causa desto

luga-

cumbre sacar à Febo la cabeza
roja, y acelerada
noche, con gran tristeza
salir escureciendo su belleza?

Viste bolando hermosa
garza señorearse deste Cielo,
y salir de la odiosa
mano, torciendo el buelo,
Sacre, que la derriba por el suelo?

Lucìdas flores viste,
à quien, ò Aurora, tuiste su Luzina,
y viene el Euro triste,
y à la tierra reclina
la corona de hojas mortecina?

Asi fue mi ventura,
y asi Filis podria ser tu suerte:
no vivas tan segura
del mal, que hasta la muerte
no hay estado tan firme, que sea fuerte.

Quando Jupiter tira
à las alturas de la humilde tierra,
jamàs alcanza su ira
al valle: que en la sierra
yace penando quien le armò la guerra.

El ayre se embravece,
y entre los verdes arboles bramando
cobra fuerzas, y crece:
sopla, y està silvando,
y en el suelo las flores regalando.

ODA V.

ALexis que contraria
influencia del Cielo
persigue nuestros animos
con las cosas del mundo?
Ninguno con la suerte,
que le previno el hado,
dichosa, ò miserable,
alegremente vive.
El navegante, quando
turbado Cielo ruega
con lagrimas, y votos
su ventura maldice.
El Labrador cansado
de abrir la tierra, huyendo
fiero Leon del Cielo
maldice su ventura.
La mas dichosa suerte,
si es propia, desagrada;
y si tràs ella vamos,
no hay cosa mas divina.
A mì que el campo habito,
me tienes por dichoso;
oy para mi no hay cosa
en los hados mas triste.
Tù, que la Ciudad honras
eres el imbidiado,
à tì te agrada el mio,
y à mì tu dulce estado.
Y la dichosa suerte
à los dos agradable,
à tì por el contrario,
y à mì es aborrecible.
No son la causa desto

luga-

lugares, ni ocasiones;
nuestro animo es la causa,
que se estraña del mundo:
Y no bien satisfecho
del mal seguro gozo,
desta mudable vida
al que es eterno aspira.

SONETO XXI.

MEnalca deste monte, y su espesura
gallardo caçador, haviendo el fuerte
diente del javalì la cruda muerte
dado à Melampo con fiereza dura.
A tì Diosa, ornamento, y hermosura
de las selvas, y Cielos, se convierte
llorando, y despidiendo de esta suerte
la voz, que disminuye la tristura.
Salve en tres formas adorada Diosa,
Salve, y recibe aqueste don sagrado,
que muriò peleando en tu exercicio.
Melampo espanto, y miedo de la odiosa
compañia de lobos, sacrificio
es chico, pero mucho fue estimado.

SONETO XXII.

CLaro, y sagrado Sol, que con la viva
lumbre del alto Jupiter serenas
las turbias nubes, las tinieblas llenas
de espanto, viste ninfa mas altiva?
Luna, gloria, y honor de la cautiva
gente del llanto, cuyas altas penas
alivias quanto tu beldad agenas
del Cielo, viste ninfa mas esquiva?
Santa madre de Amor, lumbreras bellas,

fie-

fieles amigas del silencio eterno,
contemplastes belleza mas divina?

Claro Sol, Venus bella, Luna, Estrellas
oïstes nunca mi lamento tierno,
que no os mueve passion, ni agravio indina?

CANCION I.

TOrtola solitaria, que llorando
tu bien passado, y tu dolor presente,
ensordeces la selva con gemidos:
cuyo animo doliente
se mitiga penando
bienes assegurados, y perdidos:
Si inclinas los oìdos
à las piadosas, y dolientes quexas
de un espiritu amargo,
(breve consuelo de un dolor tan largo)
con quien amarga soledad me aquexas,
yo con tu compañia,
y acaso à tì te aliviarà la mia.

La rigurosa mano, que me aparta
como à tì de tu bien, à mì del mio,
cargada và de triunfos, y victorias.
Sabelo el monte, y rio,
que està cansada, y harta
de marchitar en flor mis dulces glorias:
y si eran transitorias,
acabaralas golpe de fortuna:
no viera yo cubierto
de turbias nubes Cielo que vì abierto
en la fuerza mayor de mi fortuna;
que acabando con ellas
acabaràn mis llantos, y querellas.

Pare-

Parece que me escuchas, y parece
que te cuento tu mal, que roncamente
lloras tu compañia desdichada:
el animo doliente,
que el dolor apetece
por un alivio de su suerte ayrada,
la mas apassionada
mas agradable le parece, en tanto
que el alma dolorosa
llorando su desdicha rigurosa
baña los ojos con eterno llanto:
cuya passion afloxa
la vida al cuerpo, al alma la congoxa.

No regalaste con tus quexas tiernas
por solitarios, y desiertos prados,
hombres, y fieras, Cielos, y elementos?
Lloraste tus cuidados
con lagrimas eternas,
duras, y encomendadas à los vientos?
No son tus sentimientos
de tanta compassion, y tan dolientes,
que enternecen los pechos
à rigurosas sinrazones hechos?
que los haces crueles de clementes?
En què ofendiste tanto,
cuitada, que te sigue miedo, y llanto?

Quien te vè por los montes solitarios
mustia, y enmudecida, y elevada
de los casados arboles huyendo,
sola, y desamparada
à los fieros contrarios
que te tienen en vida padeciendo:
señal de aguero horrendo
mostrarian tus ojos añublados,

con las cerradas nieblas,
que levantò la muerte, y las tinieblas
de tus bienes supremos, y passados:
llora cuitada, llora
al venir de la noche, y de la Aurora.

Llora desventurada, llora quando
vieres resplandecer la soberana
lampara del Oriente luminoso:
quando su blanca hermana
muestra su rostro blando
al pastorcillo de su Sol quexoso,
y con llanto piadoso
quexate à las Estrellas relucientes;
regalate con ellas,
que ellas tambien amaron bien, y dellas
padecieron mortales accidentes:
no temas, que tu llanto
esconda el Cielo en el nocturno espanto.

Donde vàs avecilla desdichada?
donde puedes estàr mas afligida?
hagote compañia con mi llanto?
busco yo nueva vida,
que la desventurada,
que me persigue, y que te aflige tanto?
Mira que mi quebranto,
por ser como tu pena rigurosa,
busca tu compañia:
no menosprecies la doliente mia,
por menos fatigada, y dolorosa,
que si te persuadieras,
con la dureza de mi mal vivieras.

Buelas al fin, y al fin te vàs llorando?
El Cielo te defienda, y acreciente

tu soledad, y tu dolor eterno.
Avecilla doliente,
andes la selva errando
con el sonido de tu arrullo eterno:
y quando el sempiterno
Cielo cerràre tus cansados ojos,
llorete Filomena,
yà regalada un tiempo con tu pena;
sus hijos hechos miseros despojos
del azor atrevido,
que adulterò su regalado nido.

Cancion, en la corteza de este roble
solo, y desamparado
de verdes hojas, verde vid, y verde
yedra, quedad; que el hado,
que mi ventura pierde,
mas esteril, y solo se me ha dado.

SONETO XXIII.

Bella es mi Ninfa, si los lazos de oro
al apacible viento desordena:
bella si de sus ojos enagena
el altivo desdèn que siempre lloro.
Bella, si con la luz que sola adoro
la tempestad del viento, y mar serena;
bella, si à la dureza de mi pena
buelve las gracias del Celeste Coro.
Bella si mansa, bella si terrible,
bella si cruda, bella esquiva, y bella
si buelve grave aquella luz del Cielo;
Cuya beldad humana, y apacible,
ni se puede saber lo que es sin vella,
ni vista entenderà lo que es el suelo.

SO-

SONETO XXIV.

SOberana beldad, extremo raro
del alma, conocido por divino:
al exterior sentido peregrino,
y al interior por sobre humano claro.
Si de vuestro sin par valor declaro
lo que el alma me dice de contino,
poco bien tiene el Cielo cristalino,
si al soberano vuestro le comparo.
El alma os reverencie, que os entiende,
que del velo mortal divina Idea
no es gloria para vos la reverencia.
Que quien como Deidad no os comprehende,
aunque dè lo possible que desea,
con no entenderos niega vuestra essencia.

CANCION II.

SOlo, y desamparado
roble de los rebueltos
lazos de tu divina yedra, quando
el cristal plateado
de los arroyos sueltos
se desliza del monte al suelo blando,
cuyo licor regando
yerbas, plantas, y flores,
remoza la campaña
con la nueva, y estraña
vestidura pintada de colores,
con que la Ninfa Flora
recibe à su Menalio que la adora.

Tù solo despojado,
tù que fuiste la gloria,

y el ornamento de la ſombra umbria,
quando el viejo nevado
ſiguiendo ſu victoria,
deſcompuſo la gloria que en ti havia.
Tù quando te ceñia
hermoſa yedra, y quando
alzaſte tu cabeza,
que el rigor, y aſpereza
de yerto Invierno no temiò, triunfando
de la beldad del ſuelo,
triunfante dèl, te levantaſte al Cielo.

Inutil tronco agora,
tronco peſado, donde
llora la tortolilla ſu ventura,
donde la viuda llora,
y el ſolo Valle eſconde
lagrimas, cantos, quexas, y hermoſura.
La deſpiadada, y dura
auſencia que te aparta
de tu yedra glorioſa,
tu fortuna furioſa
tiene con ſu rigor canſada, y harta,
y no ſe compadece
ayrado Cielo, que tus males crece.

Tus amoroſas ramas
ceñidas, y enredadas
de la yedra triunfante, y floreciente,
que reverencias, y amas,
de amor fueron quemadas
en la ara de ſu madre reluciente.
El ſe ciñò la frente,
y ella las bellas ſienes
de ſus ojas eternas:
y con endechas tiernas

cantò el amor tus males, y tus bienes:
mas tù desamparado
mueres, como le agrada al Cielo ayrado.

Tù que con la corona
de florecientes hojas,
que te puso la bella Ninfa flora;
que la Diosa Pomona
con nevadas, y rojas
flores, su verde vivo argenta, y dora,
heciste sombra agora,
y agora recreaste
espiritu doliente,
que huyendo de la gente,
exemplo de sus males le mostraste
con tus ramas floridas,
con mas afecto, que de yedra asidas.

Austro nevado, y frio,
yerto, y helado Invierno
derribò tu belleza por la tierra.
Dulce Favonio mio,
què es de tu soplo tierno,
que tus contrarios me hacen cruda guerra?
Cierra Eolo, cierra
este furor Austrino,
ansi los bellos ojos,
que acaban tus enojos,
en los tuyos se miren de contino:
hasta que siga el Cielo
misero amante sin favor del suelo.

Cancion habitadora de estos riscos,
no dexeis monte, y sierra;
que no hallareis piedad en Cielo, y tierra.

SONETO XXV.

AMor con la cabeza de Medusa
tyranamente trata mi firmeza;
muestrame su rigor, y su belleza,
por quien de mil tyranas armas usa.
Miro de transformados la confusa
pesadumbre, que infaman su dureza:
quiero escusar mi mal, y la pereza
del encanto cruel mi intento escusa.
Quedo de marmol simulacro eterno
à su templo terrible consagrado,
como los que atrevidamente vieron;
Y hecho despojo del tyrano tierno,
no escusando poder tyranizado,
me ofende como à aquellos que ofendieron.

SONETO XXVI.

LAs peligrosas bravas ondas de oro,
donde perdiò mi navecilla el Cielo,
el resplandor del soberano velo,
que esconde la Deidad del alto coro;
El estrellado, y celestial tesoro
del florecido aljofarado suelo;
la pertinacia, y el dañado zelo
del alma idolatrada que yo adoro;
Las iris de mi Cielo sossegado,
la mansedumbre, y el semblante humano
de quien agora libremente triunfo;
El altivo desdèn del pecho helado,
armas fueron del crudo amor tyrano,
y agora son trofeos de mi triunfo.

SO-

SONETO XXVII.

ESte coloſo de mis penſamientos,
machina inmenſa de mi devaneo,
por ſer coſa trazada à mi deſeo,
temo la furia de contrarios vientos.
Que como en mal ſeguros fundamentos,
demàs de derribarme mi trofeo,
pueden hacer de daño lo que creo
de mil contrarios de mi fin ſedientos.
Eſte temor del perdimiento mio
parece que le tiene yà en el ſuelo,
y que muero en el punto me parece.
Y puede tanto aqueſte deſvario,
que aunque tengo ſeguro de mi Cielo,
crece mi miedo, y mi tormento crece.

ODA VI.

DAphnis, eſtas paſsiones
de mi doliente eſpiritu,
ſi no ſufren conſejo,
còmo quieres regillas?
Con eſte amor ſolicito
vinieron juntamente
aſſegurados males,
y ſoſpechoſos bienes.
Si la razon preguntas
deſtas contrariedades,
ſolo alcanzo que muero
de no entendidos daños.
Amor en ſu ſaeta
puſo yerba dañoſa;
tiròla por los ojos,
dexò en el alma el yerro.

Fue la yerba prendiendo
por las entrañas propias,
y echando alli raizes,
hizose planta grande.
Tal anda como aquella
cierva desamparada,
à quien montero duro
clavò de parte à parte.
Ella salta ligera,
huyendo el valle, donde
le vino el mal, y lleva
en el costado el dardo.
Este callado fuego,
que và cundiendo el alma,
ha cobrado las fuerzas,
que le han dado los ojos.
Y ellos cobrando espiritu
de la ocasion del daño,
alimentan la llama
por donde menos temen.
Y esquivando su lumbre
de la del Cielo mismo,
descaìdos, y flacos,
su perdicion procuran.
Ay de los sin ventura,
facilmente entregados
al enemigo duro,
con doble, y falso trato.
Las lagrimas ardientes,
y el mal contento espiritu,
inquietan los sentidos,
suspensos, y admirados.
No saben lo que quieren,
ni quieren lo que entienden,
que como en sì no viven,
con confusion desean.

Y si con llanto eterno
pudiesse mitigarse
tormento tan terrible,
siempre se lloraria.
Pero ninguna cosa
mitiga su accidente,
ò llore de contino,
ò nunca el alma llore.

SONETO XXVIII.

OFrece amor à mis cansados ojos,
por sustentar la guerra rigurosa,
eterno mal del alma dolorosa,
la causa celestial de mis enojos;
Con cuyos encendidos rayos rojos
traspassando mi vista deseosa
hasta donde su propio sèr reposa,
furiosa rinde todos mis despojos.
Y en lo secreto de mi pecho puro
(templo à su simulacro consagrado)
de las vencidas prendas le rodea.
El alma confiada del seguro,
que su firmeza tiene assegurado,
adora en sì su celestial idèa.

SONETO XXIX.

LLega mi mal à tal extremo, quando
llegar à su postrero fin debia,
que lo que pudo la esperanza mia,
puedo de lo que fue desesperando.
Hiceme guerra contra mì, fiando
de quien con su beldad me desconfia,
los Cielos aspirè, cuya ossadia
eternamente pago lamentando.

Y de la gloria de este atrevimiento
hace despojos el amor tyrano,
con que pretendo sustentarme vivo.
Sacando de mi mal contentamiento,
cuyo desesperado efecto vano
tiene por fundamento mi motivo.

SONETO XXX.

ESta zelosa hydra, que en mi siento,
con quien peleo muerto eternamente,
si de sus siete quito un cuello ardiente,
por uno nacen tres, y à veces ciento.
Crece con los contrarios el tormento,
y crecen los contrarios cruelmente,
que con una sospecha solamente
no paran en numero sin quento.
Quiero por socorrerme, retirarme,
y mi solo temor me dà ossadia
para bolver à la batalla ossado.
Y si me aparto della, por librarme,
en una sospechosa fantasia,
muere mi vida, y vive mi cuidado.

SONETO XXXI.

EStas fuentes de lagrimas cansadas,
que fueron la ocasion de mis tormentos,
por cuyos miserables instrumentos
fueron las fuerzas al contrario dadas,
Menos altivas, quanto mas penadas,
de aquellos años de mirar essentos,
pagados con prisiones sus intentos,
à llanto eterno viven condenadas.
Y si entre duras piedras no cayera,
bien pudiera esperar del triste llanto

el campo de esperanza florecido.
Mas quiere mi contraria suerte fiera,
que los remedios de tan gran quebranto
no caygan en sugeto agradecido.

SONETO XXXII.

NO la belleza que la noche adorna,
Cintia cercada de ojos, ni la estrella,
cuya resplandeciente lumbre bella
los elementos, y los Cielos orna:
No si quando se parte Febo, y torna
resplandeciendo entre esta, y entre aquella
nube sutil, que la blancura della
claras, y transparentes Iris torna:
No la memoria de mi pena eterna
en el alma divina sustentada,
dende el punto que humana parte informa;
Pueden causar vision de amor interna,
como la vista de mi Ninfa amada,
quando en sus ojos bellos me transforma.

LIBRO SEGUNDO DE LOS VERSOS LIRICOS.

SONETO I.

SI lo que el alma me revela, quando,
Filis, contemplo la divina, y rara
beldad al mundo, mas que el Cielo clara,
que adoro ardiendo, y reverencio amando,
Con el acento doloroso, y blando,
que me quexo de tì significàra,
paràra al Sol, las fieras humillàra,
arrebatàra el Cielo contemplando.
Mas como el rayo de tus bellos ojos
otras tinieblas amanece agora
en el que fue mi ocaso escurecido;
Silencio eterno esconde el que te adora,
à quien los rayos de tu oriente rojos
encubren nubes de perpetuo olvido.

SONETO II.

LA fatal influencia que recibo
del movimiento de las dos Estrellas,
al Cielo mas divinas, y mas bellas
al mundo, que de Febo el rayo vivo.
La escura nube del desdèn altivo
impide que resulte agora dellas
bien à mi mal, alivio à mis querellas,
fin al dolor, y fin al llanto esquivo.

Sus-

Suspiro de contino, y suspirando
apenas desminuyo la cerrada
niebla, que esconde mi divina lumbre.
Venus, si agravios mueven tu hijo blando
assegura tu Reyno, y de passada
haz que pierdan altivos gloria, y cumbre.

SONETO III.

LExos Amintas de su fiel ganado,
toro viejo, y fortissimo, buscando
por la espesura de la selva errando,
en la manada de Damon prendado.
Bella cabra perdida, el enriscado
cerro, paciendo Cytiso, mirando
su cayado, le tira, y en llegando,
cayò mortal al florecido prado.
Hallò dos cabritillos en la dura
concabidad del monte, diòlos luego
à su Filis, y della una comida:
Y las armas, los pies, la vestidura,
y el matador cayado buelto en fuego,
Pan, dexaron tu planta enriquecida.

SONETO IV.

AY, no te alexes Fili, ay Fili, espera
el tu Damon, que mas que à su ganado
te reverencia, y ama; y si el ossado
curso prosigues, templa la carrera.
Yà no te sigo Fili, la ligera
planta refrena, que el temor helado
de tu mal me detiene, y tù el amado
Damon huyes cruel, qual cruda fiera.
Deten Filis cruel, detèn el passo,
no te ofenda la planta, riguroso

dar-

dardo cruel, de tierra no labrada.
Diciendo aquesto triste, y doloroso,
esquivando la vida desdichada,
cayò Damòn al sol del campo raso.

SONETO V.

VIva yo siempre ansi con tan ceñido
lazo, Filis, contigo, como aquesta
yedra inmortal, en esta encina puesta,
que le enreda su tronco envejecido.
Mira allí un olmo seco, y un florido
junto à la fuente, que una vid le presta
hermosura, y valor; y tù dispuesta
à perseguirme, ponesme en olvido.
Por tì, cruel, olvido mi ganado,
y le dexo sin guarda del ardiente
lobo cruel (ganado que tu amaste)
Un cabritillo deste coronado
monte vì yo llevar; llorè, y presente
à mi dolor sobervia te gozaste.

SONETO VI.

DE yedra, roble, y olmo coronado,
al pie de una coposa, y verde encina,
por cuyo tronco, y ramas encamina
dorada vid su lazo enamorado;
Damon del Tajo, à tì Padre sagrado
Baco consagro aquesta cabra, inclina
tu rostro agora; si la faz divina
bolviste al deshojar tu tronco amado.
Esta cabra te ofrezco, que solìa
agora con el diente, y con el cuerno
descomponer tus vides sin sossiego.
Dixo Damon, y haciendo un ancha via
al

al cuello, cayò en tierra, y con el tierno
olor de Arabia al Cielo subiò el fuego.

SONETO VII.

ESta es, Tirsis, la fuente do solìa
contemplar su beldad, mi Filis bella:
este el prado gentil, Tirsis, donde ella
su hermosa frente de su flor ceñia.
Aqui, Tirsis, la vì, quando salìa
dando la luz de una, y otra estrella:
alli, Tirsis, me vido, y tras aquella
Haya se me escondiò, y assi la via.
En esta cueva deste monte amado
me diò la mano, y me ciñò la frente
de verde yedra, y de violetas tiernas.
Al prado, y Haya, y cueva, y monte, y fuente,
y al Cielo desparciendo olor sagrado,
rindo de tanto bien gracias eternas.

ODA I.

SAle de la sagrada
Cipro la soberana Ninfa Flora,
vestida, y adornada
del color de la Aurora,
con que pinta la tierra, el Cielo dora.

De la nevada, y llana
frente del levantado monte arroja
la cavellera cana
del viejo invierno, y moja
el nuevo fruto en esperanza, y hoja.

Deslizase corriendo
por los hermosos marmoles de Paro,
las

las alturas huyendo
un arroyuelo claro,
de la cuesta beldad, del valle amparo.

Corre bramando, y salta,
y codiciosamente procurando
adelantarse, esmalta
de plata el cristal blando,
con la espuma que quaxa golpeando.

Viste, y ensobervece
con diferentes hojas la corona
de plantas, y florece
las que apenas perdona
furioso rayo de la ardiente Zona.

El regalado aliento
del bullicioso Zefiro encerrado
en las hojas, el viento
enriquece, y el prado,
este de flor, y aquel de olor sagrado.

Y reducido, quanto
baña el mar, tiene el suelo, el Cielo cria;
à mas bien con el llanto,
que al assomar del dia
viene haciendo la Aurora humida, y fria.

Todo brota, y estiende
ramas, hojas, y flores, nardo, y rosa;
la vid enlaza, y prende
el olmo, y la hermosa
yedra sube tras ella presurosa.

Yo triste, el Cielo quiere,
que yerto Invierno ocupe el alma mia,

y que si rayo viere
de aquella luz del dia,
furioso sea, y no como solia.

Renueva Filis esta
esperanza marchita, que la helada
Aura de tu respuesta
tiene desalentada.
Vèn, Primavera, vèn mi flor amada.

Vèn, Filis, y del grato
imbidiado contento del aldèa
goza, que el pecho ingrato,
que tu beldad afea,
aqui tendrà el descanso que desea.

SONETO VIII.

Filis mas bella, y mas resplandeciente
que el claro Cielo, y que el ameno prado,
este gamo de flores coronado,
que à su madre quitè, te ofrezco ausente.
Riyendoseme agora dulcemente,
me le pidiò Testilis: mas cansado
me tienen yà sus risas; que tu helado
ceño me ha de perder eternamente.
A ti le doy, y à ti tambien te guardo
dos tortolas hermosas, y una bella
garza, que ayer cogi del monte al rio.
Y si el amor de Tirsis por el mio
quieres dexar, escoge tu de aquella
manada mia un toro blanco, y pardo.

SONETO IX.

QUando Filis podrà ſin ſu querido
Damòn, vivir auſente, y apartada,
la corriente del Tajo acelerada
buſcarà ſu principio conocido.
Leyendo aqueſto eſcrito en un florido
tronco de un Haya de una vid cercada,
Tirſis, perdida ſu color roſada,
cayò llorando en tierra ſin ſentido.
Deſpues lleno de rabia el deſdichado,
quebrando ſu zampoña, y en aquella,
y en eſta rama dando, ſu mal mira.
Y hablando con el arbol deshojado,
dixo llorando: Filis dura, y bella,
mas no pudo acabar vencido de ira.

SONETO X.

PAſtor, que lees en eſta, y en aquella
planta, Fili, y Damòn, que Fili adora,
ſabe, que tanto fue piadoſa agora
Fili à Damòn, quanto es terrible, y bella;
Ay! yo la llamo, yo la ruego, y ella
miſero no me eſcucha, y huye à la hora,
y quanto me huye mas, mas me enamora,
que en ella puſo ſu crueldad mi eſtrella.
Ayer llevando mi ganado al rio,
al pie de un verde Mirto entretexiendo
Violetas, y Amaranto la vi ſola.
Ladrò Melampo, y ella cruel huyendo,
deſamparando monte, y valle umbrio,
huyò de mi, y el viento ſocorriòla.

SONETO XI.

MI propio amor entiendo, que es la cierta
causa, que mi ganado sin contento
se rige apena en pie; no lluvia, ò viento,
ni pasto amargo de montaña yerta.
Mas què cuidado es este, si la incierta
muerte luchando con el alma siento,
y, Filis cruda, nunca me arrepiento
de verte siempre de piedad desierta?
O! si al menos sobre este monte yerto,
adonde lloro de contino tanto,
aquel pino cubriesse el cuerpo mio;
Y passando por este valle umbrio,
dixesses, Filis, con amargo llanto:
Alli yace mi triste amante muerto.

ODA VI.

AMintas, ni del grave mal que passas,
dexes vencerte, ni bolviendo el rostro
à tu fortuna, te acobardes tanto,
que sienta tu flaqueza.
Esta cruel, y variable Diosa,
en sola su mudanza perdurable,
ha de mudar tu estado riguroso,
por hacer novedades.
Antigua, y empinada roca, donde
quiebra la mar su impetu, refrena
refrena la sobervia marina, levantando
su sacudida frente.
Alta, y envejecida planta, quando
se encastillan en Pindo, y Apenino
Boreas, y Noto, con sus ojas solas
resiste su potencia.

Si los dolientes, y piadosos ojos,
que han llorado tu mal eternamente,
à las hazañas del amor bolviesses,
tu mal aliviarias.

Que la cansada, y afligida vida
de lagrimas, y penas sustentada,
que en vez de eterna muerte te dà el Cielo,
peor es que la muerte.

Tienes en la miseria de tu estado
duro cielo, temiendo, y esperando:
dilatado contento de fortuna
nunca viene segura.

Quantas veces te diò seguro el Cielo?
quantas se te ha reeido la fortuna?
y à la necessidad del punto crudo
te bolvieron la cara.

De tan probados enemigos tuyos,
ni esperes bien, ni temas, lo contrario;
que aquesta fortaleza de tu pecho
ha de amansar tu daño.

En el arena siembra, y el preciso
rebolver de los hados lamentando
quiere torcer quien pone su esperanza
en la fortuna suya.

CANCION I.

VErde, y eterna yedra,
viuda, y deslazada
de las ramas del olmo, honor del prado,
à la desierta piedra
del yerto monte dada,
tu bellissimo tronco en flor cortado;
si del dichoso estado,
en que un tiempo viviste,
conserva la memoria

el-

algun rastro de gloria
en la dureza deste crudo, y triste;
llorèmos juntamente
tu bien passado, y tu dolor presente.

Llorèmos, desdichada,
lagrimas piadosas,
pues que le place por tu mal al Cielo.
Tù por la tierra echada,
como las escabrosas
yervas, que sin honor produce el suelo,
muestras tu desconsuelo
no levantando arriba
la corona gloriosa,
con quien la cumbre hermosa,
vencida, y humillada, viviò altiva;
la cumbre de tu planta,
de Venus, y de amor ofrenda santa.

Agora derribada,
con tus hojas enlazas
la seca tierra, que tu bien encierra.
Agora, desdichada,
la yerta tierra abrazas,
olvidando tu cielo por tu tierra,
y de tu amarga guerra,
llevando la victoria,
coronas, y enguirnaldas
de obscuras esmeraldas
el ara, donde amor quemò tu gloria,
yà de Damòn cubierta,
de leche, y vino, y llanto, y cierva muerta.

O permitan los Cielos,
que el siempre color vivo,
que en tus hermosas hojas resplandece,

Auſtro con frios yelos,
Euro con fuego eſtivo
hiele, nì quème el luſtre que en èl crece;
y el llanto que florece
tus lazos intrincados,
y tus marchitas hojas,
yà de abraſadas rojas,
un tiempo indignacion de tus cuidados,
humilde ofrenda ſea,
de quien tu nombre idolatrar deſea.

Cayò tu gloria, y ella
levantò el fundamento,
que te tiene rendida, y derribada:
y la corona bella,
premio de ſu tormento
à la tierra deſierta fue entregada.
Lloraſte deſdichada,
no te valieron llantos,
que los injuſtos Cielos,
ni alivian deſconſuelos,
ni remediàn tormentos, y quebrantos:
tù viuda entriſtecida,
diòte el Cielo dolor, y diòte vida.

Tù cuya verde cara
havia florecido
ſobre quanta beldad adorna el prado:
cuya belleza rara
havia ſiempre ſido
ornamento del Tajo celebrado;
muſtio color violado,
amarillèz caìda
ocupa tu belleza
del dolor, y terneza,
de tu doliente, y laſtimada vida;

que el hado que te ſigue,
mas que con una muerte te perſigue.

Pero bien puede el Cielo
acrecentar tu daño
ſobre quanto ſe alarga ſu potencia,
y que tu deſconſuelo
ſe haga tan eſtraño,
que de ſu ſinrazon tenga clemencia.
Tu glorioſa preſencia,
que ha ceñido las ſienes
de los triſtes amantes,
que han paſſado conſtantes
por la dureza cruel de tus baybenes,
ſiempre ſerà la palma
del que rindiere lamentando el alma.

De Filomena, ò tortola doliente,
Cancion buſcad la harpada
lengua, y alli llorad mi vida anſiada.

SONETO XII.

SAnta madre de amor, que el yerto ſuelo
viſtes de los colores del Oriente,
ſereno el Cielo, y quieto el viento ardiente,
rota la nieve, y deſligado el hielo.
Mientras al deſcubierto, y raſo Cielo
pacen mis bacas yerba floreciente,
Tirſis paſtor de toros, humilmente
te eſparce aqueſtas flores ſin conſuelo.
Y quanto puede te ſuplica, y ruega
con la voz, y el eſpiritu cuitado,
que entienda el Cielo ſu dolor eſtrecho.
Que Filis, por quien vive apaſsionado,
no le aborrezca tanto, y deſta ciega
ligadura de amor, le libra el pecho.

SONETO XIII.

TItiro, al assomar de dos hermosos
luceros, con quien hace amor temerse,
vì los ojos de Tirsis encenderse,
y andar tirando amor rayos furiosos.
Espera Tirsis, y ellos cou piadosos,
pero falsos descuidos, dexan verse:
arde Tirsis, y ciega, y sin valerse,
entran su alma enemigos engañosos.
Ay del estrago, que el pastor cuitado
padeciò sin razon mirando à Filis!
olvida el prado, y aun à si se olvida.
Quexase al Cielo, y quexase Amarilis
tambien al Cielo, su pastor trocado,
sin esperanza, y con segura vida.

ODA III.

O Tres, y quatro veces vent ur
aquella edad dorada,
que de sencilla, pura, y no imbidiosa,
vino à ser imbidiada!

Sobre la bien nacida yerba daba
alivio à sus cuidados,
Tirsis en tanto que la tierra esclava
viò abiertos sus dos lados,

Y con Amintas, y con Bato hablando,
à la sombra tendidos,
no de trabajos largos descansando
cansaban sus sentidos.

Yà por el monte sollitario daban

al ciervo enamorado
muerte, y con sus despojos adornaban
mirto, y pino sagrado.

Y à la ribera del sagrado Anfriso,
con su canto alhagando,
refrenaban el impetu, que quiso
Febo amansar llorando.

Y por la tierra que le ciñe amena
de ovas, sauces, y cañas,
desamparaban su caberna, llena
de juncos, y espadañas.

Y sus mortales ojos, y su humana
mortal presencia, digna
hacia de la vista soberana
de su cara divina.

La madre universal de lo criado,
no era madrastra dura,
como despues, que Enzelado abrasado
cayò en la gruta escura.

Este deseo de venganza hizo
descubrir à la tierra
el seno de metal, que satisfizo
à la enconada guerra.

El pino envejecido en la montaña;
la Haya honor del soto,
nunca nacieron à turbar la saña
del alterado Noto.

Salve sagrada edad, salve dichosa
tiempo, no conocido

deste nuestro, alabado por glorioso,
pero no apetecido.

Si la beldad idolatrada, que amo,
como yo conocieras,
la Arabia sacra, en flor, en humo, y ramo,
ardiendo le ofrecieras.

Salve sacra beldad, cuya divina
Deidad hace dichosa
nuestra infamada edad, en quien destina
Cielo luz tan hermosa.

SONETO XIV.

TItiro, voy por esta solitaria
senda siguiendo mi fortuna sola;
que como el Cielo pudo, levantòla
de muy clemente, y mansa, en muy contraria.
Voy tan confuso, y mustio, que ordinaria-
mente me llaman, y me gritan, ola,
que se despeña tu ganado, ola,
yo lloro, y sigo mi fortuna varia.
Tal es la deuda, que à mis ojos debo,
que con menos passion de la que passo
no pagarè la gloria que recibo.
Ay! yo la dexo, y el adverso caso,
que se me dà por enemigo nuevo,
sin ella quiere sustentarme vivo!

SONETO XV.

NOche, que en tu amoroso, y dulce olvido
escondes, y entretienes los cuidados
del enemigo dia, y los passados
trabajos recompensas al sentido;

Tù

Tù que de mi dolor me has conducido
à contemplarte, y contemplar mis hados,
enemigos agora conjurados
contra un hombre del Cielo perseguido:
Assi las claras lamparas del Cielo
siempre te alumbren, y tu amiga frente
de veleño, y ciprès tengas ceñida,
Que no vierta su luz en este suelo
el claro Sol, mientras me quexo ausente
de mi passion. Bien sabes tu mi vida.

SONETO XVI.

QUantas Estrellas tiene el firmamento,
la selva flores, y el Euxino arenas,
tantas, y mas son Titiro mis penas,
si yo me entiendo con el mal que siento.
Bien es, que la ocasion de mi tormento
tiene principio de las mas serenas
lumbres del Cielo: mas de dos agenas
voluntades, jamàs viene contento.
Vos que mirais del puerto la tormenta,
y descubris en su rigor el claro
norte, que os hizo descubrir la tierra,
Mirad mi luz, à quien el Cielo avaro
con turbias nubes cubre, porque sienta
quanto mal hace, si una vez se cierra.

SONETO XVII.

SOlo, y callado, y triste, y pensativo
huyo la gente, con los ojos llenos
de dolor, y de llanto los serenos
ojos, huyendo, que me tienen vivo.
Allà queda mi espiritu cautivo
penando su passion: y ellos agenos

de su primero amor, los bellos senos
humedecen llorando su hado esquivo.
Yo que aguardè la luz de su belleza,
dentro del alma llevo el golpe fiero,
y alli me sigue donde voy su ira.
Gran bien quito à mis ojos; y el primero,
por quien llora mi alma su dureza,
es vèr la pena que en su rostro mira.

ODA IV.

TIrsis? ha Tirsis? buelve, y endereza
tu navecilla contrastada, y fragil
à la seguridad del puerto; mira
que se te cierra el Cielo.
El frio Boreas, y el ardiente Noto,
apoderados de la mar insana,
anegaron agora en este pielago
una dichosa nave.
Clamò la gente misera, y el Cielo
escondiò los clamores, y gemidos
entre los rayos, y espantosos truenos
de su turbada cara.
Ay que me dice tu animoso pecho,
que tus atrevimientos mal regidos
te ordenan algun caso desastrado
al romper de tu Oriente!
No vès cuitado, que el hinchado Noto
tray en sus remolinos polvorosos
las imitadas mal seguras alas
de un atrevido mozo?
No vès, que la tormenta rigurosa
viene del abrasado monte donde
yace muriendo vivo el temerario
Enzelado, y Tipheo?
Conoce desdichado tu fortuna,

Y

y prevèn à tu mal; que la desdicha
prevenida con tiempo, no penetra
tanto como la subita.
Ay, que te pierdes! buelve Tirsis, buelve,
tierra, tierra, que brama tu navìo,
hecho prision, y cueba sonorosa
de los hinchados vientos.
Allà se avenga èl mar, allà se avengan
los mal regidos subditos, del fiero
Eolo, con sobervios navegantes,
que su furor desprecian.
Miremos la tormenta rigurosa
dende la playa, que el ayrado Cielo
menos se encruelece de contino,
con quien se anima menos.

SONETO XVIII.

ESte enzelado altivo pensamiento,
por otro atrevimiento derribado
en este pecho, mongibèl tornado,
tal fuego lanza, que abrasarme siento.
Y sin memoria del sobervio intento,
por quien en vida vive sepultado,
tan furioso rebuelve mi cuidado,
que mueve guerra al estrellado asiento.
Padece el desdichado eternamente,
y padeciendo à libertad espira:
procuro de ayudalle lo que puedo;
Mas si miro mi cielo reluciente,
tales, y tan ardientes rayos tira,
que como el triste pensamiento quedo.

SONETO XIX.

CAmino por el mar de mi tormento
con una mal ſegura lumbre clara,
falta la luz de mi eſperanza cara,
y falta luego mi vital aliento.
Llevame la tormenta en el momento
por adonde viviente no llevàra
ſi riguroſamente no trazàra
dar fin en una roca al mal que ſiento.
Eſpantame del crudo mar hinchado
la clemencia que tiene de matarme,
y en el punto me gozo de mi muerte.
Cay la mar en haviendome gozado,
y porque era matarme, remediarme
à la orilla me arroja, y à mi ſuerte.

SONETO XX.

TIrſis, la nave del cuitado Iolas,
hecha tablas, la buelca mar furioſo;
cuerpo muerto, y eſpiritu penoſo,
le traen fiera Leucipe, y fieras olas.
Diò mil voces al Cielo, y eſcondiòlas
crudo Cielo en el manto tenebroſo
de la callada noche; y el rabioſo
Boreas le apreſurò la muerte à ſolas.
Salieron à la playa deſeada
Licidas, y Damòn, del mar echados;
oyeronle, mas no le ſocorrieron.
Ay! teme Tirſis la tormenta ayrada,
que en el lugar donde otros perecieron,
mal te pueden valer tus crudos hados.

CANCION II.

DOliente cierva, que el herido lado
de ponzoñosa, y cruda yerva lleno,
buscas la agua de la fuente pura,
con el cansado aliento, y con el seno
bello, de la corriente sangre hinchado,
dèbil, y descaìda tu hermosura:
ay que la mano dura,
que tu nevado pecho
ha puesto en tal estrecho,
gozosa và con tu desdicha, quando,
cierva mortal, viviendo, estàs penando
tu desangrado, y dulce compañero,
el regalado, y blando
pecho passado del veloz montero:

Buelve cuitada, buelve al valle, donde
queda muerto tu amor, en vano dando
terminos desdichados à tu suerte.
Moriràs en su seno, reclinando
la beldad, que la cruda mano esconde
delante de la nube de la muerte.
Que el passo duro, y fuerte,
yà forzoso, y terrible,
no puede ser posible,
que le escusen los Cielos; permitiendo
crudos astros, que mueras padeciendo
las assechanzas de un montero crudo,
que te vino siguiendo
por los desiertos de este campo mudo.

Mas ay, que no dilatas la inclemente
muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
del crudo amor vencido, y maltratado.

tù

Tù con el fatigado aliento pruebas
à rendir el espiritu doliente,
en la corriente deste valle amado.
Que el ciervo desangrado,
que contigo la vida
tuvo por bien perdida,
no fue tan poco de tu amor querido,
que haviendo tan cruelmente padecido,
quieras vivir sin èl, quando pudieras
librar el pecho herido
de crudas llagas, y memorias fieras.

Quando, por la espesura deste prado,
como tortolas solas, y queridas,
solos, y acompañados anduvistes:
quando, de verde mirto, y de floridas
violetas, tierno acanto, y lauro amado,
vuestras frentes bellissimas ceñistes:
quando, las horas tristes,
ausentes, y queridos,
con mil mustios bramidos
ensordecistes la ribera umbrosa
del claro Tajo, rica, y venturosa
con vuestro bien, con vuestro mal sentida:
cuya muerte penosa
no dexa rastro de contenta vida.

Agora el uno cuerpo muerto lleno
de desdèn, y de espanto, quien solìa
ser ornamento de la selva umbrosa:
tù quebrantada, y mustia, al agonìa
de la muerte rendida; el bello seno
agonizando, el alma congojosa,
cuya muerte gloriosa,
en los ojos de aquellos,
cuyos despojos bellos

son

ſon victorias del crudo amor furioſo:
Martyrio fue de amor, triunfo glorioſo
con que corona, y premia dos amantes,
que del ſiempre rabioſo
trance mortal, ſalieron muy triunfantes.

Cancion, fabula un tiempo, y caſo agora
de una cierva doliente, que la dura
flecha del cazador dexò ſin vida:
errad por la eſpeſura
del monte, que de gloria tan perdida
no hay ſino lamentar ſu deſventura.

SONETO XXI.

TIrſis, aqui donde los ojos bellos
de tu Amarilis bella deshicieron
las turbias nubes, que otro tiempo fueron
ira del crudo Cielo, y rigor dellos.
Aqui me tiene amor de los cabellos,
forzando la alma, y cuerpo, que ſe dieron
à enemigos eſtraños, que traxeron
nueva traycion para matar ſin vellos.
Tal me tienen mis ojos engañoſos,
dando camino la alma à mis contrarios,
que conozco mi mal, y temo el daño.
Yo los traerè por valles ſolitarios
entre ſaltes, y eſpinos eſcabroſos,
para pagar mi bien, y vèr ſu engaño.

SONETO XXII.

YA quebradas priſiones, yà cadenas
reforzadas amor arraſtrò en tanto,
que de tu ſinrazon, y de mi llanto
tomas ſeguro, para darme penas.

No ſon de menos fuerza las ſerenas
lumbres del cielo, que idolatro, quanto
las ligaduras del furioſo encanto,
con que de mi ſentido me enagenas.
No, Amor, no dexarè tu real vandera,
menos que con la vida, y alma triſte:
cantarè donde fuere tu grandeza.
Dame ſeguro tù de una firmeza,
que vacìla en mi daño; que aunque muera,
no dexarè de amar lo que me diſte.

ODA V.

CLaras lumbres del Cielo, y ojos claros
del eſpantoſo roſtro de la noche,
corona clara, y clara Caſiopea,
Andromeda, y Perſeo:
Vos con quien la divina Virgen, hija
del Rector del Olimpo inmenſo, paſſa
los eſpacioſos ratos de la vela
nocturna, que le cabe.
Eſcuchad vos mis quexas, que mi llanto
no es indicio de no rabioſa pena:
no vayan tan perdidas como ſiempre
tan bien lloradas lagrimas.
Quantas veces me viſtes, y me vido
llorando Cintia, en mi cuidado, el tibio
zelo con que adoraba ſu belleza
un paſtor dormido!
Quantas veces me hallò la clara Aurora
eſpiritu doliente, que anda errando
por ſolitarios, y deſiertos valles,
llorando mi ventura!
Quantas veces mirandome tan triſte,
la piedad de mi dolor la hizo

yer-

verter amargas , y piadosas lagrimas,
con que adornò las flores!
Vos estrellas tambien me vistes solo,
fiel compañero del silencio vuestro,
andar por la callada noche , lleno
de sospechosos males.
Vì la Circe cruel , que me persigue,
de las hojas , y flor de mi esperanza,
antes de tiempo , y sin razon cortadas,
hacer encantos duros.
Cruda vision, donde la gloria, un tiempo
adorada por firme , cayò , y donde
peligrò la esperanza de una vida
de fortuna imbidiada.
Ay, dexenme los Cielos, que la gloria,
que por fortuna , y por su mano viene,
no serà deseada eternamente
de mi afligido espiritu.

SONETO XXIII.

LA blanca nieve , y la purpurea rosa,
que no acaba su ser calor, ni invierno,
el sol de aquellos ojos , puro eterno,
donde el amor como en su sèr reposa.
La belleza , y la gracia milagrosa,
que descubren del alma el bien interno,
la hermosura donde yo dicierno,
que està escondida mas divina cosa.
Los lazos de oro donde estoy atado,
el cielo puro donde tengo el mio,
la luz divina , que me tiene ciego,
El sossiego , que loco me ha tornado,
el fuego ardiente , que me tiene frio,
yesca me han hecho de invisible fuego.

SONETO XXIV.

ESte vital aliento que respiro,
que parece la vida que sustento,
quando con presuroso, y presto aliento
el fuego ardiente que me hiela espiro,
Si fuera parte de mortal suspiro,
yà huviera consumido mi tormento:
fuego debe de ser, que yo lo siento,
quando vencido de mi mal suspiro.
Las lagrimas tambien que ardiendo vierto,
si son lo que parecen solamente,
de helado fuego, y abrasado hielo.
Què ordena tras mi grave pena el Cielo,
si de los daños de mi estado incierto,
alcanzo el orden de mi mal ardiente?

CANCION III.

DExa el Palacio cardeno de Oriente
dorado Febo, de abrasado, y rojo
rayo sutil bordando Cielo, y tierra.
Muestra su luz, y el claro, y luciente ojo
de la serena noche sale ardiente
por la llanura de una inmensa sierra:
y al punto que la encierra
en su concha espaciosa
Glauco, y Tetis hermosa,
sobre la verde yerba reclinado
misero labrador, descansa, y templa
del trabajo passado
un alma triste, que en su mal contempla.
Mas yo cuitado todo aquel tormento,
que el solo dia me ha dado,
la noche aprieta mas su sentimiento.

Enciendense las nubes de Occidente
del cansancio, y ardor, que Apolo lleva
al acabar su curso presuroso:
cay la noche tras èl, y en valle, ò cueba
cansado caminante olvida, y siente
la dureza del dia trabajoso.
Y al seguido reposo
bolviendo el pensamiento
del passado tormento,
con la memoria de su mal descansa,
y en el dolor se alegra del trabajo.
Yo, cuitado, à quien cansa
el dia, si el Sol se alza, y si està bajo:
mas crece mi tormento endurecido,
quando mas se le amansa,
à quien passiones fieras han rendido.

Misero ganadero, à quien fortuna
tiene por conducido jornalero,
al trabajoso oficio del ganado:
si la mas clara luz del emisferio,
dando lugar à la encantada Luna,
que dè su luz, esconde la que ha dado;
en cueba, monte, ò prado,
donde noche le halla,
dà tregua à la batalla
de su afanada, y trabajosa vida,
premiando la fatiga rigurosa,
del dia recibida,
de la noche pagada: mas no hay cosa,
que alivie en mi el animo doliente,
quando la esclarecida
luz del Sol dà en Ocaso, y en Oriente.

Cansado, y afligido navegante,
dexa la mar, y dexa la tormenta,

los

los fatigados miembros recreando;
y en la segura playa llora, y cuenta
quantas veces viò à Jupiter triunfante,
quantas en su dolor piadoso, y blando;
y tal està llorando,
que aumenta con su llanto
à la tormenta espanto,
y al espiritu libre gozo inmenso
del passado dolor, del bien seguido.
Yo, si en mis males pienso,
nuevo daño lastima mi sentido:
que el hado fiero, que mi vida sigue
con mi tormento intenso,
si no puede con otro, me persigue.

Vàse acercando al fin de su jornada,
entre inflamadas nubes, Febo ardiente,
dorando el Norte, y el Ocaso hiriendo:
tornan los bueyes sueltos, la corriente
mansa buscando la campaña harada,
libres del yugo, à descansar paciendo;
y quanto estàn gimiendo,
tanto la noche amiga
alivia su fatiga
de la lucha, que el dia riguroso
tray con la noche llena de alegria.
Yo triste à quien rabioso,
y eterno mal persigue noche, y dia;
si quando està en el Cielo el Sol me acaba,
mi estado trabajoso
mas carga, si en el mar su frente laba.

Cancion, à tanto daño, y desventura
el remedio ha de ser el no buscalle:
haceos habitadora de estàs cuebas;
quedaos en este valle,

no

no deis al mundo de mi eſtado nuevas:
pues puede el Cielo apenas remedialle,

SONETO XXV.

NInfas, de los Arabios, y Sabeos
olores, de jazmin, acanto, y nardos,
quaxad los ayres, y cubrid los cardos
deſtos lugares de ſepulcros feos;
Deſpues que derribaron mis troféos
las preſtas parcas, y los hados tardos,
no parecen los Cielos, de mil pardos,
turbios velos, que quaxan mis deſeos.
Quiera la mageſtad del que govierna
la divina, y humana peſadumbre,
que adorne ſu beldad, tu ſimulacro,
Dixo Damon, y oyò ſu endecha tierna
Jupiter, y tronando en la alta cumbre
Iris reſplandeciò, y el Cielo ſacro.

SONETO XXVI.

AL aſſomar del Sol por el Oriente,
de oro ſu frente, y de criſtal ornada,
al pie de un verde mirto, que colgada
tiene una lyra inutil aun auſente.
Tirſi, rompiò el ſilencio la doliente
voz, desligando al alma encadenada
de los rebueltos aſpides, que atada
tienen la fuerza de ſu pecho ardiente.
Cielo, dice, ſi es fuerza que yo muera,
como à muchos han muerto ſus intentos
atrevidos, ſin nombre, y engañados;
Un hombre triſte ſoy como qualquiera:
pero los de tan altos penſamientos
ſiempre han ſido del Cielo derribados.

SO-

SONETO XXVII.

SIlencio mudo, que en tu manto embuelto
me conduces al punto riguroso
de mi dolor, mi espiritu penoso
en dolorosas lagrimas resuelto.
Si como le contemplo agora buelto
pronostico, y aguero temeroso
de la vida, que temo, tenebroso
monstruo le viera por tus sombras suelto,
No llorara rezelos inhumanos
antes de vèr trocada la ventura,
que ha de ser ocasion de mi tormento.
Yà se han hecho temer los soberanos
claros ojos que adoro, que un contento
quando mas enriquece, menos dura.

SONETO XXVIII.

CLara Luna, que altiva, y arrogante
vas haciendo reseña por el Cielo
de tu hermosura, que el nevado hielo
de tus cuernos la torna rutilante:
Si en la memoria de tu dulce amante
no se ha muerto la gloria, y el consuelo,
que recibiste amando, y el rezelo
con que le adormeciste en un instante:
Buelve à mirar de la miseria mia
la sinrazon, si acaso graves males
hallan blandura en tus serenos ojos.
Que yà (culpa del Cielo) los veo tales,
que apartaràn la amarga compañia
destos tristes, y miseros despojos.

SONETO XXIX.

BUelvo los ojos graves, y caìdos
al dolor, que el espiritu congoja,
y apenas mi piadoso llanto afloja
el lazo al cuello, al alma los sentidos.
Ellos mal concertados, y avenidos
acrecientan al alma su congoja,
y ella apremiada, como puede, arroja
la grave carga, que los trae rendidos.
No se puede valer con su fortuna,
que ha mucho que la sigue, procurando
dàr un fin desastrado à su contento.
Dexa al cuerpo mortal, si estàs penando,
alma doliente, que sin duda alguna
moriràs, que te cerca gran tormento.

CANCION IV.

SOlo, y desierto abrigo,
un tiempo compañia
al solitario, y triste animo mio:
agora fiel testigo
de la congoja mia,
secreto valle, monte, soto, y rio.
Si el pecho helado, y frio,
un tiempo ardor, y herida
de dos almas vencidas;
cuyos pechos, y vidas
fueron un pecho, un fuego, y una vida,
de su beldad me aparta
fortuna cruda de ayudarme harta.

De què me sirven quexas,
si del quexarme viene

mayor indignacion à quien me ſigue?
Tù Filis, que me dexas,
y el Cielo, que me tiene
en el rigor del mal, que me perſigue,
haceis que no mitigue
el llanto ſu corriente,
y el alma ſus cuidados,
y ſu furor los hados,
(dura carga de un animo doliente)
por quien mi ſuerte amarga
mi bien abrevia, y mi tormento alarga.

Tan deſcaìdo ſiento
el fundamento flaco,
à quien ſe atiene mi paſſada vida,
que ſi del ſufrimiento
qualquiera fuerza ſaco,
luego ſe me trasluce, que es perdìda;
que alma tan combatida,
ſi de otra, que ſu fuerza,
no la remedia el Cielo,
ella contra ſu duelo
vanamente ſe anìma, ſi ſe esſuerza:
cuyo animo perdìdo
en nuevo daño queda convertido.

Deſpues que de los ojos,
en quien hallè mi vida,
cruda Eſtrella del Cielo me divide,
los ſiempre rayos rojos
del Sol, eſcurecida
nube, mirar ſu claridad me impide:
y en quanto eſpacio mide
clara, y hermoſa Luna,
no ſe deſcubre Eſtrella,

que

que mueſtre ſu luz bella,
ſino la que denota mi fortuna,
que eſta con llama ardiente,
amenaza mi vida eternamente.

Qualquier lugar me canſa
donde no veo los ojos
adonde tiene amor ſu gloria, y pena:
que la preſencia manſa,
como ha cauſado enojos,
tambien ſi turba un alma, la ſerena:
una eſperanza buena,
y una gloria mal firme,
ſuſtentan una vida
del Cielo perſeguida:
mas una auſencia concluyò de hundirme
que pudiendo acabarme,
no ſe contentarà con laſtimarme.

Quantos montes, y rios,
quanta agua, y quanta tierra
me eſconden unos ojos ſoberanos,
que de los triſtes mios
levantaron la guerra,
por quien triunfaron mis vencidas manos!
Quantos reſpetos vanos,
quantos inconvenientes
de bienes mal ſeguidos,
me tienen eſcondidos
los Luceros del Cielo tranſparentes!
mas como pueda el hado
crudo enemigo, tengo en èl probado.

Tal eſtoy, que mirando
la lumbre de Diana

entre los ojos de la noche escura,
con mi mal regalando
alguna estrella humana,
à quien aflige amor con flecha dura:
digo, si en tu luz pura,
(ò Luna, honor del Cielo)
tiene sus ojos puestos,
(quando te miran estos
tristes mios) la causa de mi duelo,
mas amorosamente
mirarè tu hermosura transparente.

Aqueste nuevo zelo
puede tanto conmigo,
que un nuevo amante tiene en mi la Luna:
yo la rondo, y la zelo;
yo la miro, y la digo
mis passiones, y quexas de una en una:
mas como mi fortuna
azecha mis contentos,
por acabar mi vida,
con nube escurecida
su blanca imagen cubre por momentos:
de cuyo agravio indino
nace un dolor, que hablanda mi destino.

Cancion, yo verè presto, si es possible
mi alivio soberano,
espiritu doliente, ò cuerpo humano.

SONETO XXX.

AGora que de nubes la cabeza,
ò Rey de montes, tienes coronada,
la frente yerta; y de turbada helada,
destilando del Tajo la braveza,
Cuya vejèz temprana, la belleza
del rostro de la tierra despojada,
encaneciendo con tu faz nevada,
todo mi bien conviertes en tristeza.
Hiela mi pecho, y endurece mi alma,
no consuman agravios una vida,
con tanto riesgo de perderse amando;
Y el triunfo rico de corona, y palma,
que lleva una dureza encruelecida
consagrarè al lugar que estàs bañando.

SONETO XXXI.

FIlis, no busca desangrada cierva
con mas ardor el agua, cuya pura
vena mitiga el fuego, que la dura
flecha del cazador llevò en la yerba,
Como mi alma à ti: tù cuya acerba
condicion inhumana no assegura
la soberana gracia, y hermosura,
que à su firmeza el Cielo le reserva.
Mas terrible, y mas brava tu, que el fiero
mar alterado, y mas que el ofendido
aspid crudo, te muestras ofendida.
Buelve, Filis por mi, que el atrevido
dolor, que en tu desgracia vè que muero,
despojo inutil hace mi alma, y vida.

SONETO XXXII.

BEllas lumbres del alto firmamento,
que pueſtas en ſu cumbre ſoberana,
dais vueſtra luz à la region humana,
y al trono eterno del empireo aſsiento:
Viſtes jamàs amante tan contento
en perdicion tan conocida, y llana?
Ninfa tan dura? fé tan inhumana?
tan mal pagado amor? tan gran tormento?
Viſtes en quanto la ſagrada lumbre
del claro padre de Faeton alcanza
idolo mas divino, y adorado?
Si de ſu luz es vueſtra luz viſlumbre,
y es de mas perfeccion ſu ſemejanza,
què puede ſer mi ſimulacro amado?

LIBRO TERCERO DE LOS VERSOS ADONICOS.

ENDECHA I.

CRistalino rio,
manso, y sossegado,
mil veces turbado
con el llanto mio:
Oye mis querellas
amorosamente,
sin que tu corriente
se turbe con ellas.
Solo à ti me buelvo,
el furor huyendo
desteaniar horriendo,
que en mi mal rebuelvo.
No permitas tanto
no acetar mis dones,
como con passiones
aumentar mi llanto.
Un hombre soy, quien
tiene el Cielo tal,
que por dalle mal,
le promete bien.
Tù solo te duele
de mi suerte amarga,
que una vida larga
no hay quien la consuele.
Desterrado voy,

de quien quiere el hado,
que viva apartado,
para ser quien soy.
En el alma traygo
yerba ponzoñosa,
y en los ojos cosa
con que mas la arraigo.
Vì dichosamente
navegar mi nave
con el Aura suave
de una voz doliente.
Perdila, y el Cielo
cerròse al momento,
destemplòse el viento,
no me sufriò el suelo.
Llamè tu Deidad,
y ofrecì la nave
yà pesada, y grave
en la adversidad.
Recibe estas sobras
del mar escapadas,
que aunque desdichadas;
llevan fé, y son obras.
Y tu cara vea
tan florida, y verde,
como la que pierde
Flora, y Amaltea.
Si contigo viera
la alta gloria tuya,
al Cielo la suya
solo le pidiera.
Mas el Cielo ordena,
que apartado viva
el alma cautiva,
y el cuerpo en cadena.

ENDECHA II.

EL pastor mas triste,
que ha seguido el Cielo,
dos fuentes sus ojos,
y un fuego su pecho,
llorando caìdas
de altos pensamientos,
solo se querella
riberas de Duero.
El silencio amigo,
compañero eterno
de la noche sola
oye su tormento.
Sus endechas llevan
rigurosos vientos,
como su firmeza
mal tenidos zelos.
Solo, y pensativo
le halla el claro Febo,
sale su Diana,
y hallale gimiendo.
Cielo que le aparta
de su bien inmenso,
le ha puesto en estado
de ningun consuelo.
Tortola cuitada,
que el montero fiero
le quitò la gloria
de su compañero,
elevada, y mustia
del piadoso acento,
que oye suspirando
entregar al viento:
porque no se pierdan

ſuſpiros tan tiernos,
ella los recoge,
que ſe duele dellos.
Y por ſer mas dulces,
que ſu arrullo tierno
de ſu ſoledad
ſe quexa con ellos.
Que ha de hacer el triſte
pierda el ſufrimiento,
que tras lo perdido
no caerà contento.

ENDECHA III.

Riguroſò invierno,
cuya faz nevada
tiene deshojada
la del campo tierno.
Cuyas blancas ſienes
de color nevado,
me han à mì turbado
mil ſerenos bienes.
Mas ligeramente
ſueles acabarte;
mas quien hace eſtarte
ſabe mi accidente.
Sabe perſeguirme,
y acabarme, y ſabe,
que anima tan grave
no podrà ſufrirme.
Quanto el Cielo amigo
me ordenò contentos,
penas, y tormentos
me trazò enemigo:
y de ſu malicia
tengo averiguado,

que

que ha dificultado
mi suerte propicia.
A tì solo agora
me buelvo llorando,
que si te hallo blando,
todo se mejora.
Mira donde muero,
y de què presencia
me alarga una ausencia
Cielo crudo, y fiero.
Si del cruel contrario,
que mi vida tiene,
à mi alma viene
tanto mal, tan vario:
Muchos enemigos
tiene mi cruel vida,
y à quien Cielo olvida,
no alivian amigos.
De mì te apiada,
si à mi llanto acaso
no ha cerrado el passo
tu frente nevada.
Que si tù haces hielo
mi llanto penoso,
con què harè piadoso
monte, y Hado, y Cielo?

ENDECHA IV.

VEneno sediento,
yerba, y aspid hecho,
dentro de mi pecho
crudo amor te siento.
Manso te embraveces,
y altivo te amansas,
y apenas descansas,

 quan-

quando te enfureces.
Y haciendo mis penas
furor, hielo, y llamas,
ponzoña derramas
por todas mis venas.
Aspid te rebuelves
con abrazo estrecho
por el alma, y pecho,
que en ceniza buelves.
Ponzoñosa yerba
por el alma prendes,
y si alli te enciendes,
llanto te reserva.
Nunca has pretendido,
crudo Amor, matarme,
como lastimarme
con mal diferido:
pues siendo mortal
mi tormento fiero,
ni mueres, ni muero
con mi grave mal.
Furioso te ablando,
y blando te aliento,
que à ti, y tu tormento
cria el pecho blando.
De tu estrago fiero
no sè què pensarme;
tù quieres matarme,
darte vida quiero.
Ay sedienta fiera,
basta mi tormento,
que mi perdimiento
no es como qualquiera.
Allà te encrudece,
donde no has passado
alma, y pecho helado,

que

que ſe te endurece.
Que à mi pecho, y alma
por fé, y por rigor
yà les diſte, Amor,
lauro, triunfo, y palma.

ENDECHA V.

LLorad triſtes ojos,
ſi à llorar ſe acaba
una vida eſclava
de penas, y enojos.
Mejor morireis,
ſi acabais llorando,
que deſeſperando
de lo que vereis.
No os duela la vida,
que eſtimaſtes tanto,
que entre olvido, y llanto
và muy bien perdida.
Con glorias inciertas,
y eſperanzas vanas
haceis mas livianas
las que llorais muertas.
No os engañe amor,
que por no perderos,
quiere ſocorreros
con falſo favor.
Miraſtes humanos,
y entrada le diſtes:
ſiempre caſos triſtes
nacen de ojos vanos.
Moſtroſeos afable
ſobre doble trato,
pero mi recato
le ſintiò mudable.

Hizose tyrano
de alma, y corazon,
que sobre aficion
carga cruel la mano.
Saqueò mi pecho,
diòle à un enemigo;
nunca falso amigo
puede hacer buen hecho.
Llorad ojos tanto,
que todo este olvido
salga convertido
en piadoso llanto.
Doleos de mi mal,
y no de mi muerte,
que tan mala suerte
buena es ser mortal.
Y temed que el Cielo
no haga mi passion
desesperacion
de rabioso zelo.
Que esta muerte amarga
con nombre de vida,
mientras mas temida,
mas cruelmente carga.

ENDECHA VI.

COrona del Cielo,
Ariadna bella,
conocida estrella
del nocturno velo.
Tù sola del coro
de las lumbres bellas,
oye mis querellas,
pues tus males lloro.
Tù fuiste querida,

y olvidada fuiste,
yo querido, y triste,
quien me amò, me olvida.
Si el dolor estrecho
de mi suerte ayrada
trae mi alma forzada
dentro de mi pecho.
Què pretende el Cielo
tras agravio tanto,
si al verter mi llanto
le transforma en hielo?
Por ventura fui
tan terrible, y duro,
que miré seguro
el bien que perdi?
Mas mi dolor fiero,
como ha de acabarme,
no viene à matarme
sin mortal aguero.
Ay del sin ventura,
que ha de amar forzado;
siempre al desdichado
sigue suerte dura.
Si yo he conocido,
que tu gloria amor,
no es de aquel valor,
que el dolor sufrido;
Sin duda tu gloria
ha sido instrumento
con que el sentimiento
doble la memoria.
Usas de invenciones
para perseguirme;
animo tan firme
no mudan passiones.
Todo el mal me hiciste,

que

que pudiste hacerme
y por no perderme
de tu bien me diste.
Pero fue tu gloria
para el tiempo ingrato
doble, y recio trato
contra la memoria.
Lo posible has hecho
para destruirme,
de animo tan firme
no hay temer mal pecho.
Bien puedes mostrarme
todo lo que alcanzas,
que de tus mudanzas
no sabrè mudarme.
Seguro me tienes,
carga yerro, y corta,
que una vida corta
passarè sin bienes.
Tù, Corona bella,
y vos lumbres claras,
compañeras caras
del silencio, y della:
Si està yà del Cielo,
que olvidado muera,
muera como quiera
sin gloria, y consuelo.

ENDECHA VII.

Viuda sin ventura,
Tortolà cuitada,
mustia, y assombrada
de una muerte dura.
Tù que el Valle ameno
con tu arrullo blando

ſerenaſte, quando
viò tu bien ſereno.
Quexas inmortales
hieren tus ſentidos,
que à bienes perdidos
no hay medianos males.
Buelve donde muevas
las fieras, que dexas,
que no ſon tus quexas
para monte, y cuevas.
En el valle donde
tu dolor te zela,
nadie te conſuela,
nadie te reſponde.
Llora Filomena,
Cierva herida brama,
y Eco que te llama
te cuenta tu pena.
Tu gloria fue tal,
que hizo ſer temida;
pero tu caìda
fue temido mal.
Si mi compañia
triſte, y deſdichada,
por ſola te agrada,
oye mi agonìa.
Cielos, y hados canſo,
monte, y valle ofendo,
los ayres encendiendo,
las aguas amanſo.
Una auſencia eſtraña,
tiene mi alma tal,
que abraza ſu mal,
por ſer quien la engaña.
Mas una ſoſpecha
de un ingrato olvido

trae à mi sentido
en batalla estrecha.
Ella serà cierta,
que es temido mal
de un alma inmortal
à esperanza muerta.
Que del rigor que has
Cielo puesto en ella,
no hay que esperar della,
ni que temer mas.
Yà conozco, y siento
de cruel fortuna,
que si es sola, y una,
que aflige por ciento.
La estrella que influye
ventura en mi estado,
es el fiero hado,
que mi bien destruye.
Tù viuda cuitada,
menos afligida,
que una triste vida
del Cielo agraviada.
Para no cobrar
el bien que perdiste,
ninguno más triste
te podrà aliviar.
Pero no es mi intento
consolar tu llanto,
sino que à mi llanto
muestres sentimiento.
Cielo, si fuere dura
no me sufren quando
padezco penando
su fatal segura.
Si me quitan quanto
no me podràn dàr,

no me he de quexar
consumido en llanto?
Llorad ojos tristes,
mientras que podeis,
lo que ausentes veis,
y en presencia vistes.
Que mi suerte ayrada
no querrá una vida
tan aborrecida,
como desdichada.

ENDECHA VIII.

FIllis rigurosa
sobre quantas cria
la ribera fria
de Xarama hermosa:
Y à mi fiel lamento,
mas endurecida,
que montaña herida
de alterado viento.
Ay, que la razon
que à llorar me fuerza,
tu rigor la esfuerza,
como à mi passion.
Si Cielo piadoso
por mi permitiera,
que no me doliera
tu desden rabioso.
Quexas inhumanas
no te endurecieran:
porque à humanas fueran
canciones humanas.
Mas pues duro Cielo
con mi fé, y mi llanto
te endurece tanto,

no me sufra el suelo.
Mi dolor te canse,
mi razon te indine,
y el Cielo se incline
contra quien te amanse.
Triste, y apartado
en esta ribera,
piedra, planta, ò fiera
quede transformado.
Mis penas, y enojos
rompan con mi amor,
y no haya pastor,
que cierre mis ojos.
Que tu, que mi vida
tienes yà de suerte,
que desea la muerte
por aborrecida.
Tù diràs, en vano,
ay pecho nevado!
que mal que has tratado
su amor soberano.
Tù, que con tu amor
sueles piadosa
por la selva umbrosa
templar su dolor.
Y en sus ojos frios,
yà para ti hermosos,
bolverlos furiosos,
que llorando los mios.
Tu los fixaràs,
en la piedra escura
de mi sepultura,
quando no querràs.
Quando la razon,
que à llorar te obligue,
aun no te mitigue

con igual passion.
Quando fuentes frias
laben el error,
que causò el rigor
de mis agonias.
Quando coronando
mi sepulcro triste
con la flor que viste
Flora, el campo blando.
Suspiros despidas,
quexas te oyga el Cielo,
que esto es el consuelo
de glorias perdidas.
Mas, ay Felis! temo
tu visto rigor,
que de mi dolor
no es el bien supremo.
Qualquiera contento
fuera bien crecido,
pero lo sufrido
no tiene descuento.
Ni tu tratarás
de aliviar mi llanto,
tù, à quien mi quebranto
no moviò jamàs.
Que pues tanta muerte
nunca te ha movido,
la que tu has querido
no podrà moverte.

ENDECHA IX.

SOmbra de la tierra,
noche tenebrosa,
cuyo fin reposa
mi afanada guerra.

Tu,

Tù, que acompañada
del coro luciente,
de la Luna ardiente
sales ofuscada.
Y entre las tinieblas
de tu cara obscura
muestras la hermosura
de tus turbias nieblas.
Si agora entretanto
que la Aurora clara
no muestra su cara
convertida en llanto.
Y el eterno fuego
del Cielo estrellado
infunde su hado
por el mundo ciego.
Tan sola, y tan muda,
como quien te inspira,
atiendes la ira
de mi Ninfa cruda.
Convierte à mi llanto
tus claras estrellas,
no proceda dellas
sentimiento tanto.
Que si mi dolor
es influencia suya,
harè que no influya
Cielo en mi rigor.
Yà sabes que huyo
del Sol que has huido,
hombre convertido
en un monstruo tuyo.
Voluntad sincera,
palabras, y llantos
fueron los encantos
de una Maga fiera.

No temì el engaño
sobre tanta gloria,
y ella hizo victoria
de mi fé, y mi daño.
Y apenas contenta
con mi perdimiento
todo aquel contento
convirtiò en mi afrenta.
Con mis prendas nobles
mal distribuidas
dexò enriquecidas
hayas, olmos, robles.
Yo cuitado, à quien
un pecho agraviado
tiene condenado
à llorar mi bien.
Con Cielos, y hados
tu silencio sigo,
que es callado amigo
de pechos callados.
Llorando me dexas,
hallasme llorando,
el cuerpo penando,
la alma entre quexas.
El esconde el llanto
entre tus doblezes,
por las muchas vezes
que esparciò mi canto.
Oye mi lamento,
responde à mis males,
respuestas fatales
de mi perdimiento.
Ay agüeros tristes
de mis glorias puras,
que tan mal seguras,
que tan ciertos fuistes.

Tù, que acompañada
del coro luciente,
de la Luna ardiente
sales ofuscada.
Y entre las tinieblas
de tu cara obscura
muestras la hermosura
de tus turbias nieblas.
Si agora entretanto
que la Aurora clara
no muestra su cara
convertida en llanto.
Y el eterno fuego
del Cielo estrellado
infunde su hado
por el mundo ciego.
Tan sola, y tan muda,
como quien te inspira
atiendes la ira
de mi Ninfa cruda.
Convierte à mi llanto
tus claras estrellas,
no proceda dellas
sentimiento tanto.
Que si mi dolor
es influencia suya,
harè que no influya
Cielo en mi rigor.
Yà sabes que huyo
del Sol que has huido,
hombre convertido
en un monstruo tuyo.
Voluntad sincera,
palabras, y llantos
fueron los encantos
de una Maga fiera.

No temì el engaño
sobre tanta gloria,
y ella hizo victoria
de mi fé, y mi daño.
Y apenas contenta
con mi perdimiento,
todo aquel contento
convirtiò en mi afrenta.
Con mis prendas nobles
mal distribuidas
dexò enriquecidas
hayas, olmos, robles.
¡Yo cuitado, à quien
un pecho agraviado
tiene condenado
à llorar mi bien.
Con Cielos, y hados
tu silencio sigo,
que es callado amigo
de pechos callados.
Llorando me dexas,
hallasme llorando,
el cuerpo penando,
la alma entre quexas.
El esconde el llanto
entre tus dobleces,
por las muchas veces
que esparciò mi canto.
Oye mi lamento,
responde à mis males,
respuestas fatales
de mi perdimiento.
Ay agueros tristes
de mis glorias puras,
que tan mal seguras,
que tan ciertos fuisteis.

Por bienes robados
sentido me distes,
que los casos tristes
despiertan cuidados.
Yo los llorarè,
triste noche, en tanto
que al amargo llanto
no le falte fé:
Y en el tiempo quando
falte al cuerpo vida,
alma dolorida,
andarè penando.

ENDECHA X.

TRiste Filomena,
cuya voz doliente
dolorosamente
declara tu pena.
Cuyo dulce nido,
rico, y despojado
ha sido llorado,
y aliviado ha sido.
Si tu voz me dieras,
ò mi mal lloràras,
no dudo acabàras
los que enternecieras.
Prendas de aficion,
y essas bien pagadas
han sido robadas
de mi corazon.
Hasta el pecho, y alma
la enemiga mano
metiò Amor tyrano
para triunfo, y palma.

Y ſufren los Cielos,
que alma ſaqueada
quede hecha morada
de rabioſos zelos.
La vida llevara
con el bien llevado,
que al deſventurado
la muerte le ampara.
No vieran mis ojos
mis prendas queridas,
del Cielo ofendidas
por baxos deſpojos:
que los dos ſerenos,
como el Cielo bellos,
yo eſpero de vellos
de lagrimas llenos.
Regalenſe agora
con los que enriquecen,
pues ſe compadecen
del triſte que llora.
Yo los vì llorar
mi mal crudo, y fuerte:
trocòſe mi ſuerte,
ſentilos trocar.
Yo llorarè tanto,
que la alma dolida
de mi triſte vida
ſe convierta en llanto.
Y el Cielo permita
tras tantos enojos
florezcan ſus ojos,
mi gloria marchita.
Que en el mar turbado,
que agora navego,
ſi una vez me anego,
quedarè anegado.

LA BUCOLICA de el Tajo.

ECLOGA PRIMERA.

Daphnis.

EL blando aliento de Fabonio tierno
en mil preciosas flores encendido,
alegraba los fines del Invierno,
apenas de los montes despedido,
quando tras su ganado sin govierno,
de su Ninfa cruel aborrecido,
el sin ventura Palemon salìa
con la primera luz del claro dia.

Lleva sus quexas el ligero viento,
y sus ardientes lagrimas el rio,
el sacro rio, que detuvo atento
sus claras aguas à sù canto pio:
de cuyo lastimado sentimiento,
causa cruel de un pecho elado, y frio,
con mil quexas al Cielo se quexaba,
y el sordo Cielo nunca le escuchaba.

Solo por la ribera sola llega,
de su dolor acompañado solo,
à la mas agradable, y fertil vega,
que el Ganges baña, ni descubre Apolo:
à quien despues que su frescura riega
el claro Tajo, el Español Pactolo,
de su grata belleza combidado,
apenas mueve su cristal sagrado.

Cu-

Cuyas riberas claras coronadas
de blancas flores, de purpureas rosas,
de plantas amenissimas cercadas,
quales muy raras, quales muy copiosas,
unas suben al Cielo levantadas,
otras caen en las aguas sonorosas,
haciendo todas con sus sombras bellas
umbrosos valles en el claro dellas.

Sube la yedra con el olmo asida,
y en otra parte con la vid ligado,
ellas reciben de su arrimo vida,
y èl de sus hojas ornamento amado:
cuya bella corona sacúdida
mansamente del ayre regalado,
ya se mira en el agua, y se retira,
y luego buelve, y otra vez se mira.

El verde mirto, y el laurèl hermoso,
aquel à Venus, y este à Febo caro:
el derecho cyprès, y alamo umbroso,
aquel escuro, y este verde claro:
el platano, y el cedro, y oloroso
sobre todos gentil libano raro,
su lugar apacible coronando,
aqui, y alli los tray el ayre blando.

Entre cuyas umbrosas ramas bellas,
Filomena dulcissima cantando
ensordece la selva con querellas,
su gravissimo daño lamentando:
llevan los ayres los acentos dellas,
los montes, y las cuevas resonando,
de donde con tristissimo gemido
Eco responde al canto dolorido.

Donde mirando los alegres prados,
valles umbrosos, y arboles floridos,
de blancas rojas flores matizados,
unos brotando, y otros florecidos,
los dorados cristales sossegados,
los animosos vientos desparcidos,
la Primavera con la bella Flora,
que una los viste, y otra los colora.

Y que el rigor de su dolor esquivo,
que la dureza de su Ninfa bella,
que la firmeza que le tiene vivo
crece, ni mengua su fatal estrella,
de su crueldad, de su desdèn altivo
tan tierna, y tristemente se querella,
que el monte ablanda, que detiene el rio,
el Cielo pàra, inclina el viento frio.

De cuyo grave daño lastimado,
apenas apremiada la alma, espira
la alma triste, cuyo duro estado
al Cielo que la vè tan solo admira;
y por probar si vive el desdichado,
en afliccion tan desigual suspira:
entre cuyos suspiros infelice
estas palabras dolorosas dice.

Si tanta desventura es hado mio,
llorad cansados tristes ojos tanto,
que turbe la corriente deste rio
la vena larga de mi amargo llanto,
yà que la fuerza de un mortal desvío,
yà que el rigor de un pecho puede quanto
Jupiter con su rayo riguroso,
acabe yo con el de amor furioso.

Daphnis hermoſa, mas que Febo claro,
y mas que bella, Daphnis riguroſa,
perfeccion celeſtial, eſtremo raro,
Ninfa en el ſuelo, y en el Cielo Dioſa:
ſi tù mi bien, ſi tù mi ſolo amparo,
ſi tù, cuya belleza milagroſa,
la triſte vida, que ſuſtento cauſa
es el morir efecto deſta cauſa?

Huvieran yà mis lagrimas piadoſas,
fieles teſtigos de mi fé ſincéra,
à compaſsion movido las furioſas
fieras hircanas de la Libia fiera:
huvieran mis fatigas doloroſas
mi mucho amor, mi pena laſtimera
enternecido mi fortuna dura,
ſi me viniera della deſventura.

Y tù, cuya belleza ſobrehumana
admira el Cielo, admira el mundo, admira
la cauſa de los Cielos ſoberana,
en quien el ſuelo, y el Olimpo eſpira,
intratable, duriſsima, inhumana
te mueſtras ſiempre à quien por tì ſuſpira?
como ſi fueſſe del Rector del Cielo,
moſtrarſe ſiempre ayrado con el ſuelo.

Nunca Jupiter mueſtra ſu potencia
eternamente al afligido ſuelo:
nunca de turbias nubes la inclemencia
eſconde la divina luz del Cielo:
nunca del Auſtro crudo la violencia
junta de niebias eſpantoſo velo:
nunca dura la mar alborotada,
fortuna nunca ſigue tan ayrada.

Quando persigue, quando favorece,
quando amenaza Cielo, mar, y tierra,
agora paz, agora guerra ofrece,
ofrece paz, y ofrece cruda guerra.
Agora de su mal se compadece,
y agora hiere la empinada sierra,
arrebatando de la vista el Cielo
con rayos, vientos, aguas, nieblas, yelo.

Y tù cuya hermosura sobrehumana
te hace respetar por Diosa eterna,
entre las soberanas soberana,
y entre las sempiternas sempiterna:
cuya serenidad, y cuya humana
presencia mansa, y mansedumbre tierna,
ofrece paz, descanso, y gloria ofrece,
que con tu pecho no se compadece.

Mas intratable, mas endurecida,
que el mar inchado, que la sierra elada,
mas que roca del viento sacudida,
respondes à mis quexas despiadada.
Si como essotras es mortal mi vida,
y si es apenas vida de cansada;
para quando pretendes remediarme,
si no pretendes Daphnis acabarme?

Titiro, cuya triste vida el Cielo
en mil eternas desventuras prueva,
buscando el solitario desconsuelo,
que en su dolor su pensamiento eleva,
aqui llegò, donde el ameno suelo
las claras aguas, monte, prado, y cueva,
de su fertilidad producen flores
de diferentes hojas, y colores.

Y de ſu Palemon querido viendo
el perdido ganado deſparcido,
unos por los peñaſcos ir paciendo,
y otros por el deſierto conſumido;
quanto puedes tyrano Amor ! diciendo,
ſe quedò ſuſpirando ſin ſentido,
haſta que,de ſus lagrimas bañado,
bolviò llorando à ſu primero eſtado.

Y al apacible verde prado ameno,
adonde eſtaba Palemon,llegando,
hallò el paſtor de ſu ſentido ageno,
apenas el aliento reſpirando:
y de temor , y de rezelo lleno,
ſu muerte laſtimoſa rezelando,
como pudo llorando le deſpierta
de aquella miſerable vida muerta.

Querido Palemon, le dice, caro
mas que mi vida Palemon amigo,
à quien el inclemente Cielo avaro
trata como durìſsimo enemigo:
ſi tus intentos con tu mal comparo,
ſi con tu bella Ninfa, yo te digo,
que aunque paſſa tu mal el ſufrimiento,
que excede ſu belleza tu tormento.

Que te conſueles , no te pido aqueſto;
no conſiente conſuelo tu quebranto:
que no te acabes Palemon tan preſto,
eſto te pido por el Cielo ſanto.
Baſta el pecho de marmol contrapueſto
à las piadoſas aguas de tu llanto,
ſin dàr con tu crecido ſentimiento
fuerzas à Daphnis , y armas al tormento.

Ella, paſtor, ſinceramente quiere
à tì, y à mì, y à Tirſis, y à Silvano;
ni à Corydon, ni à Lycidas prefiere,
ni à Menalca deſama, ni à Montano.
Si deſte trato, con que al mundo hiere,
y aficiona el Olimpio ſoberano,
pretendes ſer de todos el amado,
vives paſtor amante, y engañado.

Mirame à mì, cuyo dolor terrible
el ſufrimiento mas conſtante excede;
cuya Ninfa cruel, cuya inſufrible
aficion inmortal matarme puede:
y vivo, y paſſo mas de lo poſsible,
aunque apenas mi mal me lo concede;
porque llorar un mal eternamente,
es quitarſe la vida crudamente.

Què puedo hacer agora, le reſponde
el afligido Palemon llorando,
ſi nunca mi fortuna correſponde
con lo que me conſumo deſeando?
Si me llevò mi penſamiento donde
ſiento un acogimiento dulce, y blando?
ſi eſtaba yà del Cielo mi cuidado,
tengo de reſiſtir al Cielo, y hado?

Dexame aqui paſtor agora ſolo
llorando mi fortuna rigurosa,
lleve mis quexas el veloz Eolo
mi ardiente llanto el agua preſuroſa:
abraſeme la luz del rojo Apolo,
ofendame la noche tenebroſa,
muera deſeſperado, y no ſe diga,
que vivo en disfavor de mi enemiga.

Si

Si claramente Palemon mirasses
(Titiro dice) lo que el Cielo ofrece,
si menos lastimado comtemplasses
el esmaltado campo que florece;
si al fin, pastor amigo, procurasses
no dàr fuerzas al mal, que te entristece,
aqueste prado, aqueste valle, y rio,
serìa tu bien como es à veces mio.

Tañe si quieres, canta si te agrada,
no te dexes llevar de tu cuidado.
El alma de miserias rodeada,
no puede durar mucho en un estàdo.
Si nunca el Cielo, ni fortuna ayrada
persiguen de contino un desdichado,
y tu persigues tu cansada vida,
mas eres que fortuna encruelecida.

Diciendo aquesto Titiro, sacaba,
por alegrar à Palemon cantando,
su zampoña dulcissima, que daba
ornamento à las selvas su son blando,
el viento serena, serenaba
los elementos enemigos, quando
tràs el sonido, yà despacio, y presto
Titiro, y Palemon cantaron esto.

Titiro.

Nunca de flores Primavera hermosa,
nunca de rosas prado matizado,
Aurora nunca tras la blanca Diosa,
rebuelta nube con el Sol dorado,
nunca purpurea con nevada rosa,
blanco jazmin, y acanto colorado,
ansi parece al despuntar del dia,
como la soberana Cintia mia.

Palemon.

Ni claro Norte tràs tormenta fiera,
ni claro Sol tràs noche tenebrosa,
ni tràs Invierno yerto Primavera,
ni tràs Austro cruel Aura amorosa,
ni tràs lluvia, que el viento persevera,
Cielo sereno con su luz hermosa
al navegante, al campo, al monte, al dia
son lo que la divina Daphnis mia.

Titiro.

Cintia, cuya belleza soberana
por tus hermosos ojos se trasluce,
con quanta perfeccion, con quanta humana,
y celestial Deidad el alma luce:
Si una firmeza, y una fé tan llana,
como tu gracia inmensa en mi produce,
por victima del anima conoces,
por què un amor tan grande desconoces?

Palemon.

Daphnis, mas que la luz del Cielo hermosa,
en quien el celestial sugeto espira,
cuya belleza, y gracia milagrosa
à su principio soberano admira:
Si una firmeza pura, y amorosa
à semejante voluntad inspira
al mas essento pecho endurecido,
remedia mi dolor entristecido.

Titiro.

Ni de tormentas fiero mar hinchado,
ni contrapuestos crudos elementos,
de ardientes rayos Jupiter armado,
ni en altos montes rigurosos vientos
pueden lo que el desdèn altivo ayrado
de aquellos ojos del amor essentos,
quando los passa por mis tristes ojos
la causa celestial de mis enojos.

Pa-

Palemon.

Menos es de fortuna la inclemencia,
de los rebueltos vientos la braveza,
del hado el mal, del tiempo la violencia,
falto de bien, y lleno de aspereza,
menos que la durissima presencia,
en quien revela el Cielo su grandeza,
quando la dura causa de mi pena
el rayo tira de su luz serena.

Titiro.

La bella Ninfa Primavera, y Flora
de flores cubren el marchito prado:
una le viste, y otra le colora;
una de verde, y otra de encarnado:
mas no tan presto sale mi pastora,
dando su luz à todo lo criado,
quando del resplandor hermoso della
cubierta queda su presencia bella.

Palemon.

Abrasa Febo con su luz ardiente,
marchita el Austro con su soplo elado,
umbroso valle, y prado floreciente,
de blancas rojas flores variado:
Pero sale mi Sol resplandeciente,
serenando la mar, y viento ayrado;
y quanto mira, y toca, reverdece,
los montes cubre, y arboles florece.

Titiro.

El mirto à Venus, y el laurel à Febo,
y à Alcides es el alamo agradable;
la encina à Jove, à Isis el acebo,
y à Palas es la verde oliva amable.
Un platano le place à Cintia nuevo,
sea dende oy el platano notable,
y al platano se humillen lauro umbroso,
alamo, encina, oliva, y mirto hermoso.

Palemon.

De Cibeles el pino fue preciado,
y el olmo de Silvano fue querido,
el bello Cyparifo transformado
en gran precio de Apolo fue tenido,
de Daphnis es el libano estimado,
sobre todos los otros escogido;
reverencien al libano precioso
el pino, y el cyprès, y el olmo umbroso.

Cantò Titiro aquello, y ello luego
su caro Palemon le respondia
con tanta suavidad, con tal sossiego,
que al rio su corriente detenia;
y del ardiente Sol huyendo el fuego,
que como fuera de sazon heria,
por los arboles bellos emboscados,
el llano huyeron de los verdes prados.

ECLOGA SEGUNDA.

Filis.

EN la ribera del sagrado rio,
que por los arenales puros de oro
al Oceano Reyno se apresura
ribera clara, de los Dioses coro,
à quien el bosque que la cerca umbrio
con acopadas plantas hace escura,
donde Flora, y Natura
bordando el gentil prado
de verde, y encarnado,
la hermosura de Arabia descubriendo,
los descasados arboles texiendo,
clarificando el Sol, mostrandolo el dia
puro, y sin nube, qual la luz le cria.

El criſtalino rio coronado
de blancas, rojas, y purpureas flores,
impetuoſo corre reſonando,
y ſuſtentando al prado ſus colores,
con ſu criſtal à trechos derramado,
un eſtrellado Cielo eſtà formando,
el ayre eſtà ſoplando
tan regaladamente,
como ſi ſolamente
al deſeo medido ſe pidiera,
para dàr una eterna primavera:
cuyo divino, y celeſtial conſuelo
olvida en tanto dèl, del claro Cielo.

Al tiempo que la noche tenebroſa
iba ſubiendo por el rojo Oriente,
y el claro Dios al mar ſe deſpeñaba
matizando las nubes de Occidente
con la reſplandeciente luz hermoſa,
que contrapueſta en sì reberveraba.
Los vientos amanſaba,
el rio detenia,
las aves ſuſpendia,
el deſdichado Tirſi lamentando,
el alma triſte en los ſuſpiros dando,
quando tràs uno, à quien ſiguiò la vida,
anſi ſoltò la voz entriſtecida.

Filis cruel, hermoſa Filis cruda,
mas que la clara luz tras la triſteza,
mas que peñaſco contrapueſto al viento:
Saca Ninfa del agua la cabeza,
conoceràs en mi paſsion ſin duda,
que es verdadero el grave mal que ſiento.
Y ſi mi triſte acento

por

por ſolo entriſtecido,
merece ſer oido;
tu ſinrazon, y mi dolor advierte
en el poſtrero punto de la muerte,
como lamenta el ciſne fatigado
en la ribera de eſte rio echado.

Eſſa beldad, que à ſu principio admira,
detiene el Sol enmedio de ſu via,
ſerena el animoſo viento ayrado,
trae Primavera, luz, Aurora, y dia,
refrena la feroz, y ardiente ira
del riguroſo, y crudo mar hinchado,
colora monte, y prado,
de la purpura, y nieve,
que de ſu roſtro llueve,
ſuſpende los eſpiritus vitales
de ſus ſerenos rayos celeſtiales,
ſi tan piadoſa como bella fuera,
què mas Cielo que bella pretendiera.

Mas quiere mi contraria ſuerte dura,
que en la contemplacion de ſu ſugeto
dos extremos derriben un deſeo:
que ſi aquel ſoberano, y ſolo objeto
del principio mas alto de hermoſura,
es mas que con la viſta mortal veo;
el otro extremo creo,
que en las rocas mas yertas,
en las Syrtes deſiertas,
en la furia del pielago alterado,
para ſolo acabarme fue criado:
y eslo ſin duda en eſte criſtal frio,
pues que no le deſtempla el fuego mio.

Hu-

Huviera mi lamento enternecido
un extremo de cosas impossibles,
si resultàra de ello mi contento:
pues hago aquestas aguas inmovibles
al lastimoso son entristecido,
con que de tu fiereza me lamento:
pues turbo el elemento
de tu alvergue divino,
con mi llanto contino:
pues enciendo los mansos ayres frios
con los suspiros pressurosos mios.
Tù sola à mi lamento ensordecida,
acrecientas passion, el Cielo vida.

Tù sola mas cruel, que fiera, hircana,
del animoso cazador herida,
rigurosa te muestras al sentido.
Tù sola, mas que roca endurecida
en la tormenta de la mar insana
no te mueve mi llanto entristecido.
Tù sola, fiera, has sido
mas sorda à mi lamento,
que el animoso viento,
con mis quexas tristissimas turbado,
pues turba el rio dellas lastimado.
Y yo solo tan firme, qual tu esquiva,
no dexarè de amarte mientras viva.

Mientras diere su luz el Sol al dia,
mientras siguiere su camino el Cielo,
su curso el rio, el Sol a la mañana:
mientras fuere mortal el bien del suelo,
fortuna instable, firme mi agonia,
Apolo claro, escura, y fria Diana,
la beldad soberana,
en quien el Cielo adoro,

co-

como en su sacro coro
en la alma estarà fixada eterna,
como en cosa de vida sempiterna,
en quien ni muerte, olvido, pena, y gloria
puedan hacer su idea transitoria.

Si menos dura, y mas dichoso fuera,
que mereciera padecer la pena,
que el esquivo mirar causa contino,
el alma respiràra mas serena
en la desconfianza cruda, y fiera,
en quien la tiene puesta mi destino:
mas soy de mas indigno;
y assi triste, y cuitado
muero desesperado;
pues de donde pendia mi ventura,
me sucede la extrema desventura:
Y como que te agrado en esto siento,
en tan grave dolor muero contento.

Claras corrientes, cristalinas ondas,
riberas de mil flores coronadas,
en quien florece eterna primavera,
plantas que vais al Cielo enderezadas,
y con la sombra à las cabernas hondas
de los cristales de esta mi ribera;
Yà que es fuerza que muera,
crezca en vuestra corteza
mi nombre, y mi firmeza,
mientras os diere su favor el Cielo,
reverdeciendo el desmayado suelo.
Y à Dios quedad, y con mi Ninfa bella,
que si esto es Cielo, su Deidad es ella.

Clara agua, verde prado, fuente amena,
manso ayre, Luna escura, valle umbrio,

ardientes luces, Cielo sacrosanto,
Driadas bellas, Nayades del rio,
compañia de Oreadas serena,
fieles testigos de mi grave llanto,
si no os pusiere espanto
mi canto entristecido,
aplicad el oìdo
à mi doliente voz entristecida,
si no rendìs primero vuestra vida,
Y à Dios quedad, y con mi Ninfa bella,
que si esto es Cielo, su Deidad es ella.

Y pues que miserablemente muero,
dad despues de mi muerte eterna holgança
al cuerpo, y al espiritu doliente,
y lleve yo, aunque muerto, confiança,
que sentireis mi fin ayrado, y fiero
mientras no pierda el rio su corriente;
que aunque tan crudamente
la muerte se me ordena,
como fin de mi pena;
la ira que en mi dulce Ninfa siento,
ha de cortar vuestro piadoso intento,
y à Dios quedad, y con mi Ninfa bella,
que si esto es Cielo, su Deidad es ella.

Y tù Filis divina, y soberana,
causa cruel del grave mal que siento,
en paz te queda, queda en paz amada:
que aunque jamàs le diste à mi tormento,
pudiendo ser conmigo mas humana,
porque no sientas nunca lastimada
mi muerte desdichada,
no veas lo que passo
en el ultimo passo
de mi cansada vida miserable,

en mil muertes de olvido perdurable,
solo recibe el cuerpo desdichado,
à cruda muerte, por tu causa dado.

Con el ultimo acento entristecido,
en las ondas se echò del cristal frio,
el nombre de su Filis repitiendo.
Estremeciòse el cristalino rio,
y con un rigoroso, y cruel bramido
se fue por las riberas esparciendo;
y del terrible estruendo
los valles resonaron,
los montes retumbaron,
hiriendo la arboleda sonorosa
de la ribera clara, y espaciosa,
y entrando por el rio presuroso,
acabò de turballe su reposo.

Salia yà la Aurora derramando
por las azules, blancas, y rojas flores
el nectar soberano que las cria,
dando sus perfectissimos colores
à quanto mansamente vàn mirando
en monte, soto, y valle, y selva umbria,
y tràs ella venia
la lumbre soberana,
que sigue à la mañana,
serenando los vientos levantados,
resplandeciendo con su luz los prados,
y descubriendo en ellos la hermosura,
que imbidiosa eclipsò la noche escura.

Salia el Sol, y Dorida salia,
dando la luz de sus hermosos ojos
à quanto relucia en la ribera,
y eclipsandole al Sol sus rayos rojos;

que presurosamente los tendia:
los suyos dieron luz qual si Sol fuera,
y tendiendo ligera-
mente el rayo divino
al rio cristalino.
un bulto la agua clara trastornaba,
con que de su orilla le apartaba.
Corre ligera, y vè su bien difunto,
y amortecida queda con èl junto.

Y mojada del agua cristalina,
que el viento presuroso menèaba;
mirò muerto su bien, y assi con vida
quedòse helada mas que el cuerpo estaba,
y sobre su pastor amado inclina
la idea del Cielo amortecida,
y torna entristecida,
los vientos encendiendo,
el rio embraveciendo
con las lagrimas tristes que solia
sossegar el furor que en èl havia:
y quando pudo hablar, su bien mirando,
desta suerte se acaba lamentando:

Alma dichosa, y bienaventurada,
que en la gloria del Cielo milagroso
estàs viendo mi llanto entristecido:
perdoname, si ofendo tu reposo,
en tu descanso eterno sublimada,
derramando en humor enternecido
el animo afligido,
que como despojado
de tu bien desdichado,
de qualquiera manera seguiria
con la muerte cruel tu compañia:
pues siendo mi su alma, y mi perdida,

 pa-

padeceràlo mi cansada vida.

Si la alma de mi triste vida fuiste,
y acabò con la tuya muerte fiera,
tambien acabaria con la mia.
Acabese la vida lastimera,
pues quando falta el bien, es causa triste,
de donde nace llanto, y agonia.
Y pues la muerte impia
te quitò de conmigo,
recibeme contigo,
que aquel serà mi Cielo deseado,
que pueda de tu mano serme dado.
Despues de aquesta muerte miserable,
en tan grave tormento perdurable.

Faltò la voz, y vida juntamente,
reclinando su rostro en su querido,
à la pastora triste, y desamada.
Estremeciòse el rìo embravecido,
y resonando fiero su corriente,
ensordeciò la selva sossegada.
Y aquella luz sagrada,
à quien sigue Diana
por la muerte inhumana
de la pastora bella, que moria,
debaxo de unas nubes passò el dia;
quedò sin flor, y sin color el prado,
como de quien la daba despojado.

Y al son postrero de su triste acento
saliò del agua el coro soberano,
cercando enmedio el cristalino rio,
y con semblante triste, y rostro humano
les dieron lastimoso enterramiento
à la sombra del valle mas umbrio.

y con acento pio
estuvieron cantando,
las urnas derramando
en torno de la triste sepultura,
hasta que tramontando la luz pura,
el sepulcro de flores coronaron,
y à su sagrado rio se tornaron.

ECLOGA TERCERA.

Eco.

PAced ovejas las floridas yervas
por los dorados, y purpureos campos;
paced alegremente por los valles,
no perdonando la hermosura suya.
Tù Melampo, fortissimo cuidado
contra las assechanzas de los lobos,
en tanto que paciendo estàn, refrena
los impetus ligeros, y feroces
del enemigo del ganado antiguo.
En tanto yo tendido en la verdura
desta florida, y enramada cueba,
conmigo solo cantarè mi pena:
y dando à mi zampoña dulce espiritu,
apartarè del anima cuidados.
Blanca, y hermosa Ninfa, en otro tiempo
ardor de mil enamorados faunos,
de claros ojos, y cabellos de oro,
de gracia soberana enriquecida;
agora sola voz, sonido agora
de temerosas, y profundas cuebas,
de solitarios, y cerrados valles,
adonde recibiendo fuerza, y brio,
de las querellas à los vientos dadas,
mustia, y apassionadamente cuentas

el

el gravissimo mal que te lastima:
salve tù servicial, y eterna Eco,
à quien Amintas, yo que soy la guarda
destas blancas ovejas, y de aqueste
plateado rebaño de novillos,
esta cabada gruta te consagro,
abrazada, y prendida por mil partes
de los hermosos, y enredados lazos
de aquesta floreciente, y verde yedra:
de donde à mis querellas mas atenta,
con doliente sonido me respondas.
Tù conmovida con los dulces sones
del espiritu dado à las zampoñas
arrebatas mis quexas por el ayre,
y con ellas te quexas de tus daños:
tù quantas veces nos quexamos, llena
de piedad, de nuestros duros males,
no se por què razon te quexas dellos.
Mas no me maravillo que te muevan
lagrimas piadosas de amadores.
Tambien à ti cuitada el amor crudo,
tambien à ti te hiriò terriblemente.
Ay miserable! y tù compones, y ornas
los hermosos cabellos, y la hermosa
frente, donde el amor su gloria tuvo?
Tu Narciso, y tu amor, tu ardiente fuego
intratable, y durissimo desprecia
todo lo que es amor, siguiendo el duro
exercicio del monte por los altos,
y enriscados peñascos desta sierra.
Por què ruegas en vano? por què ruegas
con voz humilde, y con piadosas quexas?
Quien desprecia tus ruegos? quien desprecia
tu amor, y tu hermosura soberana?
Detèn cruel, y despiadado el passo,
que no te sigue la furiosa rabia

del Leon coronado, ni la ciega
colera del ardiente Tigre hircano.
Una Ninfa te sigue soberana,
de hermoso rostro, mansedumbre tierna,
seguro pecho, y voluntad rendida:
una Ninfa divina, que ha baxado
muchas veces à Jupiter del Cielo.
Detèn cruel el passo, y el que agora
enderezas al agua, tuerce, y huye,
que en esta agua te espera la cruel muerte.
Ay miserable mozo! que es possible,
que tanto mal te aguarda, que es forzoso
que se cumplan tus hados desgraciados?
Madre inmensa de todo lo criado,
que con diversas, y pintadas flores
adornas el vestido floreciente
de la galana, y fertil Primavera;
agora levantando las violetas
nacidas con la Aurora soberana,
cubriendo agora los tendidos ramos
con ojas, y con flores, y con frutos:
recibe este doliente mozo, y estos
muertos, y fatigados miembros frios;
y permite divina, y santa Diosa,
que con el favor tuyo se haga eterno.
El vivirà con el divino espiritu
de Fabonio nacido, y recreado
entre otras bien nacidas flores, una
bella flor argentada, semejante
al amor de Endimion quando anochece.
Tù conmigo tambien Eco doliente,
ayunta tus querellas con las mias,
y suenen las cabernas donde habitas
con gemidos, y voces atronadas.
Amarilis cruel, por què desprecias
mi firmeza, y amor? por què mas sorda,

que

que la corriente del quebrado Tigris
desprecias mis querellas miserables?
Ay de mì desdichado, que el cuidado
general de mis toros no despierta
un espiritu flaco, y descaido,
que en la parte mejor de mi alma siento.
Despues que desleal el encendido
fuego de tu beldad me passò la alma,
pace el ganado mustio, y èl al rio,
y èl al pasto, y al monte se và solo:
solo se và buscando sus becerros,
y à la cabaña sola se và solo.

ECLOGA QUARTA.

Tirsi.

AL tiempo que la dulce Primavera
à su primer estado reducia
el campo de belleza despojado,
coronando de flores la ribera
que el inclemente yerto Invierno havia
con sus hielos, y nieves abrasado,
bordando el verde prado
con los vivos colores
de azules, blancas flores,
vistiendo las desnudas plantas de hojas,
quales escuras verdes, quales rojas,
entretexiendo el arboleda umbrosa,
yedra con roble, vid con olmo hermosa.

En las concabidades de una piedra,
que el presto curso de las aguas hace
en la ribera del Tesin florido:
ornada toda de verbena, y yedra,
que à pura fuerza de las olas nace,

en

en el yerto peñasco endurecido,
lugar sacro ofrecido
à las Ninfas sagradas
de sus claras moradas.
Al tiempo que la luz del claro Apolo
el concabo orizonte dexa solo,
para gozar del presto movimiento,
del animoso, y encendido viento.

Aqui donde la fuente resonaba,
el ayre entre las flores se metia,
los valles resonaban sin aliento,
el viento su braveza suspendia,
y las yervas, y rosas meneaba,
dando à su perfeccion mas ornamento,
donde el divino acento
de las bellas sirenas
de las aguas serenas
del cristalino rio sossegado
detenian el animo pasmado,
haciendo la caduca vida eterna
al regalado son de la voz tierna.

Quando la clara luz del rojo Apolo
por el profundo Reyno de Neptuno
al Reyno de la Autora descendia,
dexando al mundo con su ausencia solo
del rayo reluciente, que importuno,
con mas ardor, que su sazon heria,
los vientos encendia,
las aguas aumentaba
con las que derramaba.
Tirsis cuitado, de quien es temida
mas que su muerte su cansada vida:
cuya probada, y rigurosa suerte
le acrecienta la vida por la muerte.

De ſu dolor graviſsimo vencido,
tales extremos ſuſpirando hacia,
que los peñaſcos duros ablandàra,
ſi conſiſtiera en ellos el ſentido,
que en ſu Ninfa terrible conſiſtia,
Filis ſin duda ſu enemiga cara;
cuya belleza rara,
no à Tirſi paſtor ſolo,
mas al divino Apolo,
dexar hiciera ſu dorada esfera
por ſu hermoſura rigurosa, y fiera;
quando cobrando ſu perdido aliento,
aſsi ſoltò la triſte voz al viento.

Agora que mi ſuerte me concede
tiempo para llorar mi deſventura,
mayor ventura que del Cielo eſpero,
fuerza ſerà que convertido quede
en una planta, en una piedra dura,
pues que de mi remedio deſeſpero.
Amor injuſto, y fiero,
diſsimulado amigo,
encubierto enemigo,
que mi rendido, y laſtimado pecho
un infierno de penas tienes hecho,
por haverme moſtrado eſcaſamente
la gloria de tu cielo reluciente.

Si con el alma, con la vida, y gloria,
que mi perdida libertad me daba,
ſatisfice la gloria que me diſte;
y ſi de mis deſpojos, y victoria
ganada voluntad, firmeza eſclava,
corona, y triunfo al enemigo hiciſte;
Què cruda furia triſte

persigue mi sossiego,
talando à sangre, y fuego
el real de mi pecho saqueado,
à mi contrario francamente dado,
si basta ser como prision rendido,
sin ser como enemigo perseguido?

Allà tu poderosa mano buelve,
donde por el rigor del mar helado
no se puede estender tu ardiente fuego;
que si como la siento alli rebuelve,
poco serà quedar tan abrasado,
como yo de llorar mis males, ciego.
Passa encendiendo luego
aquel essento pecho,
que niega tu derecho,
despreciando sobervia, y crudamente
la dulce ley de tu rigor clemente:
de cuyo riguroso altivo brio
tiene principio el grave llanto mio.

No pudo proseguir las justas quexas,
que del injusto, y fiero Amor formaba
el desdichado Tirsi desamado:
por llegar resonando à sus orejas
un ay de rato en rato, que arrancaba
el corazon mas libre de cuidado,
Y haviendo apresurado
por entre lo escondido
de un valle florecido,
siguiendo los suspiros dolorosos,
los tardos passos menos perezosos:
hallando la ocasion de aquel estruendo,
descuidado de si quedò advirtiendo.

La mano de alabastro sustentando,

el claro Cielo al ſuelo reclinado,
aljofarando el prado florecido,
como queda le muſtia Clicie, quando
ſu claro amante queda traſportado,
una Ninfa del ſacro rio vido,
cuyo dolor crecido,
vertido por los ojos,
por ultimos deſpojos
de la alma mas rendida, que afligida,
y mas aborrecida, que rendida,
declaraban la pena lamentable
del eſpiritu ſuyo miſerable.

Cuya belleza celeſtial mirando,
tan elevado ſe quedò advirtiendo,
como ſi la divina inmenſa viera.
Y ſi del triſte ſentimiento blando,
con que ſus anſias iba deſpidiendo,
al laſtimado ſuyo no bolviera,
no dudàra que fuera
en piedra convertido,
eſtando ſuſpendido
en aquella viſion maravilloſa
à ſu ſentido natural glorioſa:
cuyo cauſado extraordinario eſpanto
no pudiera venir ſino de tanto.

Y haviendo con ſuſpiros doloroſos,
con triſtiſsimas lagrimas haviendo
ſu graviſsima pena declarado,
deteniendo los vientos animoſos,
las ſonoroſas aguas deteniendo
con un bolver de ojos ſoſſegado,
al ſon dulce acordado
de una ſonora lyra
amanſando la ira

de

de los contrarios fieros elementos,
rebueltos de la furia de los vientos,
dixo aquestas palabras lastimadas,
de un mar de llanto, y penas escapadas.

Injustissimo amor, por què consientes,
que el triunfante contrario de mi vida
desprecie los despojos ofrecidos?
Tù que los rigurosos accidentes,
que la alma triste tienen consumida,
tienes injustamente concebidos;
abrasa los sentidos,
mas helados que nieve,
de un libre, que se atreve,
en sola su flaqueza confiado,
resistir tu poder jamàs domado.
Basta morir contino lastimada,
sin vivir juntamente despreciada.

Tù que los abrasados corazones
con hielo enciendes, y con fuego hielas,
prendes, y libras milagrosamente.
Tù que las ardentissimas passiones
de los amantes miseros consuelas
con la esperanza que el dolor consiente,
buelve furiosamente
tu no vencida mano
al corazon tyrano
del riguroso endurecido pecho,
de sola su dureza satisfecho:
y sienta tu potencia poderosa
quien la desprecia como poca cosa.

Porque si justo Amor injusto fueras,
yà tuvieras passado el pecho essento
del fiero monstruo, que adorando vivo:

yà tuviera tu mano cruda, y fiera,
ablandado el rigor del crudo intento,
que tu descuido tiene tan altivo.
Basta el cuerpo captivo,
sin rogar tanto en vano
al vencedor tyrano,
que desprecia de un alma la victoria
por ser para su brio poca gloria,
por ser, ay triste, de quien èl desama,
que à tì te puede dàr un alma fama.

Las derramadas lagrimas ardientes,
el ahinco del pecho levantado
con las ansias del alma desamada,
con otros mil contrarios accidentes,
que en un pecho de amor jamàs tocado
acabaràn la vida fatigada.
La triste voz cansada,
apenas despedida
del alma entristecida,
el aliento vital entorpecido,
el sentimiento sin ningun sentido,
tanto con sus passiones acabaron,
que la divina Ninfa desmayaron.

En el suelo cayò, como la rosa,
que haviendo en el florido prado sido
del nectar del Aurora sustentada,
apenas la sazon del año hermosa,
que sustentò su tiempo florecido,
tràs el Invierno yerto fue passada,
quando tràs ella entrada
la sazon inclemente
de la calor ardiente,
los campos deleitosos abrasando
las sombras de los arboles negando,

Quan-

quando de su color hermoso falta,
reclina la corona de hojas alta.

Y el cuitado pastor, que atento havia
las dolorosas quexas escuchado,
con lagrimas de amor solemnizadas;
viendo la Ninfa desmayada, y fria,
el color de su rostro demudado,
luego saliò de aquellas enramadas;
y con voces turbadas:
hermosa Ninfa, dice,
què fortuna infelice
turbò la nieve, y el cristal, y el ostro,
colores vivas de tu bello rostro,
que muestras tu belleza milagrosa,
perdido el vivo de su luz hermosa?

Bolviò luego la Ninfa suspirando,
y al desamado Tirsi conociendo,
no desdeñò su dulce compañia:
y los cansados miembros levantando,
poco à poco se fueron recogiendo
à la parte del valle mas sombrìa:
cuya caberna umbrìa
de plantas coronada,
de flores matizada,
es deleitosa parte defendida,
de la furia del ayre embravecida,
de los ardientes rayos, que el Verano
Apolo tiende por el monte, y llano.

De donde sobre marmoles de Paro,
como la nieve de la sierra helada,
una fuente clarissima salìa;
cuyo cristal mas puro, vivo, y claro,
que el agua de la sierra despeñada,

el

el alameda fresca producia.
Donde despues que havia,
por un camino usado
los arboles regados
por unos yertos riscos empinados.
del curso de las aguas quebrantados,
haciendo un ronco son de peña en peña,
en el sagrado rio se despeña.

Cuya rara belleza contemplando,
del deleitoso valle combidados,
en torno de la fuente se sentaron,
y sus penas gravissimas contando,
uno del otro amante consolados,
el rigor de sus males aliviaron,
quando cerca escucharon
un pastor lastimado,
de su bien apartado,
que cantando divina, y dulcemente,
de aquella gloria, que gozò presente,
à la fuente purissima venia
buscando su querida compañia.

Y à cantar incitados juntamente
del mandamiento de la Ninfa hermosa,
sus sonorosas liras acordadas,
al rio deteniendo su corriente,
y al Aura su presteza bulliciosa.
dulcemente sonaron meneadas;
las selvas admiradas
no resonaron tanto
al sonoroso canto,
con que los dos pastores lastimados
aliviaron cantando sus cuidados,
como quando las hiere Boreas crudo,
Noto furioso de piedad desnudo.

Pu-

Pusieron fin al canto sonoroso,
y el claro Sol al espacioso dia,
acaso por oìllos detenido:
y dexando la fuente, y valle umbroso,
se fueron recogiendo en compañia,
à su comun alvergue conocido:
cuyo techo florido,
de plantas enramado,
haviendose acabado,
la Ninfa se dexò llevar del rio
à su profundo cabernoso, y frio;
y los pastores apartados della,
à su cabaña fresca, verde, y bella.

ECLOGA QUINTA.

Protheo.

HAY un lugar en la ribera, donde
el sacro Tajo corre tan ufano,
que apenas de la vista humana esconde
su cristalino alvergue soberano:
cuya pendiente peña corresponde
por una parte al claro mar cercano;
y estendida por otra con los montes
à los mas levantados Orizontes.

Cuya falda durissima cabada
del blando curso de las aguas tiernas,
de mil umbrosas plantas adornada,
quales con cierto fin, quales eternas;
agora el sacro Glauco, agora agrada
al coro de las Ninfas sempiternas,
haciendo digna su baxeza humana
de su presencia eterna, y soberana.

Llegaba la ſazon entonces, quando
el hijo ſoberano de Latona
los florecidos campos abraſando,
ardiendo para la inſufrible Zona:
quando de flores, y hojas deſpojando
de los arboles bellos la corona,
ſeca los prados, y las ſombras quita,
abraſa el monte, y el freſcor marchita.

Quando deſpues de haver paſſado Apolo,
moſtrando ſu belleza ſoberana,
del Nilo al Tajo, deſte al otro Polo,
en ſeguimiento de ſu bella hermana:
En el ſilencio de la noche ſolo,
al rayo de ſu Dioſa ſobrehumana
el deſdichado Palemon ſalìa,
como en tinieblas, de ſu claro dia.

Auſentaron al pobre paſtorcillo
de ſu ribera, mas que el Cielo clara,
ſu pura voluntad, ſu amor ſencillo,
ſu Ninfa desleal, ſu Daphnis clara.
Pretendieron los hados deſtruillo,
y en èl hicieron una prueba rara
de la firmeza mas conſtante, y pura,
que mereciò puriſsima hermoſura.

Y de una voz dulciſsima llevado,
que ſerenaba Cielo, mar, y viento,
el animo ſolìcito apremiado,
apenas reſpirò de ſu tormento.
Cantaba el joven por ſu mal oſſado
ſu mal acontecido penſamiento:
cuyos intentos, cuyo fin rabioſo
dieron principio, y nombre al Pò famoſo.

Las

Las hermanas bellissimas llorando,
en arboles amenos convertidas,
quando las unas se llamaban, quando
gozaban de otras diferentes vidas:
De cuyo aliento doloroso, y blando
las hojas ligerissimas movidas,
al agua inclinan sus coronas bellas,
por vèr al claro hermano dentro dellas.

Cantaba de la Ninfa soberana
desamparada en la ribera fria,
à quien la rigurosa mar insana,
de su contentamiento dividia:
Llevan los vientos crudos la inhumana
perjura navecilla, que le huia,
y ella tambien con ellos suspirando,
alexa el bien, que vive deseando.

Luego cantò de aquel laurèl essento,
de aquella Daphnis, de la Ninfa dura,
cuyo ligero, y presto movimiento,
de Apolo fue pesada desventura.
Cantò por este de otro igual portento,
de cuya celestial belleza pura,
por cèlebres oraculos se entiende,
que es el bien, que en el Cielo se pretende.

Cantaba de la Ninfa soberana,
del claro Tajo Daphnis ornamento:
Daphnis, cuya belleza sobrehumana,
ni tiene fin, ni alcanza pensamiento.
A quien si la beldad al Cielo llana,
y al mundo sin cabal conocimiento
la deydad del alma le faltara,
no dexarà de ser al mundo rara.

Quando de Daphnis el divino, y raro
nombre de Palemon hiere el ſentido,
haſta el tranſunto de ſu Ninfa caro,
quedò de mortal yelo entorpecido:
Y recibiendo conocido amparo
del roſtro del amor alli eſculpido,
con una voz del anima ſacada,
anſi ſe quexa de ſu ſuerte ayrada.

Cielo contra mi gloria conjurado,
ſi de mi ſoberano bien me alexas,
ſi ſiempre voy de mal en peor eſtado,
de què me ſirven mis amargas quexas?
Si con el nombre de mi bien amado
tan duramente mi ſentido aquexas;
què gloria celeſtial pretendes darme,
ſi con mi Daphnis vienes à matarme?

Auſente voy, auſente, y olvidado
de quien fuera mejor del Cielo ſello,
no huviera jamàs deſeſperado,
aunque me laſtimàra padecello;
pero la furia del deſdèn airado
del ſimulacro de Natura bello
de tal manera me perſigue auſente,
como me ha perſeguido eternamente.

Aunque del bien que recebì mirando,
no fue capàz mi corto penſamiento;
en el morir, y en el vivir penando,
mi grave mal excede mi contento.
Si el bien paſsò mi ſentimiento blando,
mi mal paſſa mi fuerte ſufrimiento:
ſi lo que recibì, fue ſoberano
el mal que paſſo, paſſa el ſer humano.

Si

Si quien me mata, me ha de dàr la vida;
si me destruye quien contino adoro,
à quièn buelvo la voz entristecida,
si su dureza despiadada lloro?
Ninfa cruel, y mas esclarecida,
que la belleza del impireo coro;
si tu me acabas, de quièn vida espero,
à què me guarda mi destino fiero?

Los suspiros, y lagrimas ardientes
apena despedidos, y vertidas
de los ojos, y espiritus pendientes,
de agenas almas, y de agenas vidas,
de graves, y terribles accidentes,
por testigos del anima salidas,
tan tierna, y tristemente le aquexaron,
que de su sentimiento le sacaron.

Blancas purpureas flores produciendo,
prados, valle, y monte aljofarando,
las sombras de la noche deshaciendo,
los ayres, y los Cielos alegrando,
rompiò la Aurora con su luz, saliendo,
las negras nubes del Oriente, quando
otra divina luz del claro dia
tràs el Aurora, como Sol salia.

Huyen las nubes, resplandece el Cielo
del claro rayo de su luz herido;
serena el ayre, reverdece el suelo,
uno mirado, y otro suspendido.
El nectar del Aurora, el claro yelo
en flores, yervas, y arboles vertido,
endurecida su primera forma,
en Orientales perlas se transforma.

Filis,

Filis, de cuya gracia ſobrehumana
el Cielo, y las eſtrellas ſon deſpojos,
de bellos ojos, de preſencia humana,
de clara frente, y de cabellos rojos,
moſtrando el Sol ſu lumbre ſoberana,
eſcureciendo los eternos ojos,
teſtigos fieles de la noche fria,
de ſu caberna de criſtal ſalia.

Sale del Ganges el dorado Apolo
por ſus arenas de oro celebrado,
del Nilo al Tanais, de eſte al otro Polo,
del baxo centro al Cielo levantado.
Del Tajo ſale aqueſte Febo ſolo,
Tajo de mil grandezas adornado,
de arenas de oro, de criſtal lucido,
riberas bellas, Cielo eſclarecido.

Saliò con ella la divina, y rara
Cintia, dando ſu luz al propio dia,
cuya belleza mas que Apolo clara,
un no ſe què divino eſclarecia.
La ſoberana Filida, y la cara
al Cielo, y mundo celeſtial Talia:
cuyas extraordinarias excelencias
ni en el Cielo tuvieran competencias.

Los prados de beldad enriqueciendo,
los ayres, y los Cielos ſerenando,
la clara luz del Sol eſcureciendo,
los dioſes en el Cielo alborozando,
el curſo del Olimpo deteniendo,
y el del ameno Tajo refrenando,
llegaron à la mas hermoſa vega,
que el ſacro Ganges con ſus aguas riega.

Can-

Cantando aqui bellissima pastora,
à la sombra de un verde mirto estaba,
cuya beldad, como la que se adora,
al mundo paz, al Cielo gloria daba:
dora su resplandor el campo, y dora
quanto alcanza su luz, quanto alcanzaba
à rebolver sus amorosos ojos,
del Cielo luces, y del Sol despojos.

Al son de sus dulcissimos acentos,
de peligro de amor dulce Syrena,
inclinanse los Cielos, y elementos,
y el concabo del Cielo se serena,
y la braveza de los fieros vientos,
si alguna mueve la floresta amena,
de tal suerte parece que le acoja,
que no se siente en ramo mover hoja.

Tràs unas ramas de un laurèl coposo
de una yedra inmortal entretexido,
estaba sin sentido el venturoso
Palemon, que belleza tanta vido:
y del coro de Ninfàs milagroso,
à su primer estado reducido,
por las Ninfas del monte preguntaron,
y al monte su camino enderezaron.

El venturoso Palemon mirando
la sobrenatural beldad que adora,
la divina, y eterna contemplando,
la del Cielo conoce, y esta ignora.
La dulce vista, y el semblante blando
del rayo del Oriente, que colora
nube sutil de blanco, y encarnado,
en extasis le tiene arrebatado.

Tal era su belleza sobrehumana,
que si vencido acaso no viviera,
de hermosura de diosa soberana
aquesta respetàra por primera.
Muere por Daphnis, Daphnis inhumana,
diosa en el Cielo, y Ninfa en la ribera,
y puede tanto su passion estraña,
que piensa que es lo cierto, y no se engaña.

Moviò las hojas de una fertil planta
ciervo sediento por alli venido:
la bella Ninfa presta se levanta,
dexando plectro, y prado florecido.
Y aunque la mansa fiera se adelanta
por el bullicio de la selva oìdo,
una flecha ligera la detiene,
y otra que traspassando el ayre viene.

El blanco lado traspassado brama,
la fresca, y verde yerva colorando
con la erbolada sangre que derrama
el yà doliente, y bello pecho blando:
cuya ganchosa, y empinada rama
entre otras verdes ramas enredando,
yà de la rigurosa flecha muerto
cayò en el suelo desangrado, y yerto.

Llegò la Ninfa celestial corriendo,
y el venturoso Palemon volando,
las selvas con su vista enriqueciendo,
los valles con su luz alborozando:
y tan gentil pastor presente viendo,
sin turbacion de su semblante blando,
refrenando las obras de natura,
bolviendo solo su belleza pura.

Gen-

Gentil paſtor, le dice, ſi en ti cabe
humanidad para con Dios Eterno,
ſino te ha ſido en tiempo alguno grave,
obedecer à Febo ſempiterno:
aſsi jamàs el Cielo menoſcabe
la multitud de tu ganado tierno,
que favorezças eſta ſoberana
Ninfa del monte, y ſierva de Diana.

Que cortes la cabeza fuerte pido
de aqueſte bello ciervo deſangrado,
para colgar del ramo florecido,
adonde le faltò ſu aliento amado:
que el ſacro Apolo, Dios eſclarecido,
à quien es de contino conſagrado,
aunque no le dàn gloria dones ſacros,
gozaſe con aqueſtos ſimulacros.

El àdmirado Palemón reſponde:
Deydad divina, y Ninfa ſoberana,
ſi la verdad al caſo correſponde,
yo creo que eres Dioſa ſobrehumana.
Donde tiene beldad el Cielo, donde
tiene belleza, y gracia mas que humana,
còmo la inacceſsible, que parece
en la que por tus ojos reſplandece?

Si tu belleza ſoberana inclina
la grandeza mayor que el mundo entrona,
el coro fiel de la region divina
la procediente lumbre de Latona:
como divina Ninfa no haces dina
de los Dioſes, y Dioſas la corona,
eſcogiendo paſtor tan deſdichado,
para ſer à tu culto conſagrado?

Dixo, y apena luego executaba
el mandamiento de la Ninfa hermosa,
quando tràs otra bella cierva entraba,
cansada Filis de su fin ganosa.
La cierva ligerissima bramaba,
en el pecho la flecha ponzoñosa,
quando con otra fiera detenida,
cayendo rinde la perdida vida.

Llegaron por contrarias partes luego
Filida, Cintia, y la sin par Talia,
con tal estruendo, y tal dessasossiego,
que el suyo apena Tajo desparcia;
y del ardiente, y encendido fuego,
con que los rasos campos Febo heria,
al claro nectar de su albergue echadas
las claras aguas dexan plateadas.

ECLOGA SEXTA.

Galatea.

EN unas yertas rocas rigurosas
concabas de las olas sossegadas
de los cristales de la Diosa Tetis,
por donde las corrientes sonorosas
del presuroso, y cristalino Betis
entran de su furor arrebatadas,
al Cielo tan alzadas,
que cubierta su altura,
de blanca nieve pura,
parece que sustentan en su cumbre,
sustentando la blanca nieve elada,
la inmensa pesadumbre
del curso celestial arrebatada.

En

En el rigor, que el inclemente Arturo
de las aguas, y vientos ayudado,
turba furiosamente su sosiego,
deshoja, y quiebra el arbol mas seguro;
ciega la vista con el presto fuego
del centro hasta las nubes levantado,
abrasa el verde prado,
altera el manso viento,
esconde el firmamento,
hace temblar la cumbre levantada
de la mano de Jupiter herida,
de la mas empinada,
elada yerta sierra endurecida.

Puestos los ojos en el mar sagrado,
como en el Cielo, y gloria mas cumplida,
del espiritu suyo consumido:
cuyo dolor por ellos derramado,
sino quedàra en nieve convertido,
en llegando à la tierra endurecida,
su pena entristecida,
no dudo enterneciera
el alma cruda, y fiera
de la mas que divina Galatea:
cuya beldad del Cielo soberano,
mayor que se desea,
aliviaba su mal, aunque inhumano.

Quando la tenebrosa noche escura,
eclypsando la luz del claro Cielo,
y mostrando en descuento sus estrellas:
cuya resplandeciente lumbre pura,
sino se conociera salir dellas,
fuera tenida por del Dios de Delo;
el cuitado Florelo

de ſuerte ſe quexaba,
que pienſo que ablandaba
la dura cauſa de ſu cruda muerte,
jamàs con llantos tiernos ablandada,
ſacando deſta ſuerte
la triſte voz del alma fatigada.

Yà que los hados mios riguroſos
la divina beldad, que adoro, y temo,
de turbias nubes, y de rayos llena,
me conducen al punto mas eſtremo,
que pueden dàr los Aſtros poderoſos
à quien el Cielo fiero mal ordena:
publiqueſe mi pena,
mueſtren la boca, y ojos,
por mortales deſpojos,
los ſuſpiros, y lagrimas ardientes,
que abraſſen los elados vientos frios,
que crezcan las corrientes
de los amenos rios,
alguna vez tenidos, y amanſados
al ſon de mis acentos laſtimados.

Yà que cruèl, y hermoſa Galatea,
deſeſperado quieres que perezca
coſa que ofende tu beldad divina,
no permitas ſeñora que padezca
antes que tu divino roſtro vea
lo que tu gran dureza me deſtina.
Tu viſta dulce inclina
à mi terrible duelo,
inclinaràſe el Cielo
à remediar mi ſuma deſventura,
ſi de ſu gran rigor enternecida
moſtrares menos dura
el alma endurecida,

en

en mi daño terrible conjurada,
como si como Dios no fuera amada.

Yà que quieres que muera desamado,
yà que quieres señora que yo muera,
(injusto premio de mi fé crecida)
oye mi dolorosa voz postrera,
que junta con el animo cansado,
sale perdiendo la doliente vida;
y sea recebida
como del claro Cielo,
suelta del mortal velo
esta alma, que merece gloria eterna:
porque en tu gran beldad la tuvo puesta,
como en la sempiterna,
que el Cielo manifiesta,
à quien su gloria de rigor merece
à quien lo que por ti por èl padece.

Essa beldad que la pureza della
en las profundas aguas encerrada,
hace resplandecer el Cielo, y suelo,
como la transparente luz sagrada
del claro Sol, y de qualquier estrella,
debaxo de los velos de su Cielo,
rayos del Dios de Delo,
laberintos dudosos,
lazos dificultosos,
adonde el crudo amor se mete ciego,
por no quedarse en ellos enlazado,
elado de aquel fuego,
de aquel yelo abrasado,
que en las puertas de la alma reberyera,
para rendir la que mirò ligera.

Claro, constante, y cristalino Cielo,
armado de las Iris celestiales,

y esmaltado de estrellas juntamente,
cuyos divinos rayos inmortales
prestan su luz al claro Dios de Delo,
quando aparece mas resplandeciente:
morada reluciente
de la rosada Aurora,
adonde muestra Flora
los blancos lyrios, y purpureas rosas,
la pura nieve, y el color de Tiro,
Rubì, perlas preciosas,
marfil, coràl, zafiro,
tesoros por preciosos escondidos
en los profundos pielagos temidos.

Si esta beldad del Cielo soberano,
de mi grave dolor enternecida,
sin el desdèn altivo se mostràra:
què gloria mas eterna, y mas cumplida
pudiera dàr el Cielo sobrehumano,
à quien su mayor bien comunicàra?
Mas es, ay suerte avara,
un rostro de Medusa,
una fiera Aretusa,
un impossible de diversas cosas,
en quien sus calidades han perdido,
las que eran piadosas,
por verme à mi metido
en este laberinto del deseo,
cuya salida por la muerte veo.

Huviera mi gravissimo tormento,
aunque significado solo fuera,
y no fuera sentido juntamente,
movido à compassion un aspid fiera,
amansado el furor del recio viento,
detenido del Tigris la corriente:
huviera solamente

mi

mi doloroſo canto
ſin mi crecido llanto,
enternecido las hircanas fieras,
las del Caucaſo monte cabernoſo,
aunque ſus almas fieras
fueran del riguroſo
endurecido, y aſpero ſugeto,
que tu cruèl eſpiritu perfecto.

Y tù Dioſa divina, y ſoberana
de los criſtales deſte mar ſagrado,
en quien piedad de Dios ſe conſidera,
mas ſorda que el furor del viento airado,
rebuelto con el agua del mar cana,
no adviertes mi canſada voz poſtrera.
Què roca, què ſintiera,
què contraria fortuna,
què ventura importuna,
no ſe compadeciera de mi ſuerte,
aunque naciera dellas mi tormento,
ſi al punto de mi muerte
con tanto ſentimiento,
còmo mueſtra mi pena por ti cara,
de la dureza ſuya me quexàra?

Mas eſte tu alvedrìo riguroſo,
que es el hado fatàl que me gobierna
en eſte mar rebuelto de la vida,
como influencia de la mente eterna,
por quien ſe rige el mundo venturoſo,
en ſu ſuerte dichoſa, y afligida,
la muerte entriſtecida
me deſtina contino:
yo ſigo mi deſtino,
acabando la vida laſtimada,
pues es remedio del dolor la muerte:

que

que pues ella te agrada,
por ſaber complacerte,
por bien perdida en tu ſervicio diera,
ſi ſempiterna, y no caduca fuera.

Y tù mas dura que mi dura ſuerte,
determinada ſiempre de ſeguilla,
aun eſcuchar no quieres mi lamento:
porque el amor, y voluntad ſencilla,
que por ti me conducen à la muerte,
pudieran abraſar tu pecho eſſento.
Mas mi contentamiento
à ti, ni al Cielo, y hado
puede ſer demandado,
que en vano ſe pretende coſa mia,
ſino por pretenderſe lo impoſsible;
pues eſtà mi alegria
èn parte tan terrible,
que ni por mal, ni coſa diferente
puede ſer alcanzada eternamente.

Venga la muerte, pues que tù la ordenas,
que aunque por muerte triſte, y doloroſa
ella ſerà como de ti venida.
Falte la cruda vida por odioſa,
acabarànſe las terribles penas,
de ſer de tu beldad aborrecida:
que ſi fue detenida
deſpues que la deſamas
viva, y en vivas llamas,
fue por dalle las penas inmortales
del altivo deſdèn de tu belleza;
no porque aquellos males
de tu primer dureza
no pudieran traella al poſtrer paſſo,
que de tan gran dolor forzado paſſo.

Aco-

Acoge la postrera voz doliente,
y con ella el espiritu cansado
de aqueste miserable cuerpo mio:
y baste ser al triste desdichado,
sin que tambien el alma juntamente
conozca el crudo infierno en tu desvio.
Esse ingrato alvedrio
del alma que esta adora,
enternezcase agora,
para dàr esta gloria merecida
à quien si por amor no la merece,
es deuda mas debida
del triste que padece
el rigor de la muerte arrebatada,
por la querida cosa deseada.

Vos Diosas de las aguas cristalinas,
sereno Cielo, noche temerosa,
marinos Dioses, Reyno sacrosanto,
Hecate de las sombras espantosa,
Deydades sacrosantas, y divinas,
que estais atentas à mi grave llanto,
venza yà mi quebranto
la rigurosa ira
de aquella que os inspira
al contrario sugeto que procuro,
por affligir mi desdichada suerte:
que si me haceis seguro,
que gusta de mi muerte,
y que en su deseada gracia muero,
dichoso yo que alcanzo lo que quiero.

Y tù cruèl, y hermosa Galatea,
salva yà la doliente anima mia,
pues que te và llamando solamente:
que libre de mi triste compañia,

la dulce tuya, qual su fin desea,
puesto que la pretende indignamente.
Yà veràs claramente,
que es tanta mi firmeza,
que es tanta tu dureza,
que rompo por la muerte dolorosa,
por alcanzar tu vista deseada.
No traces otra cosa
al alma desdichada,
con que indignada de la tuya tanto,
siga las sombras del eterno espanto.

Despeñàra su cuerpo fatigado
en los profundos senos de Neptuno,
dende la cumbre levantada al Cielo,
vencido de su mal tan importuno,
de su Ninfa cruel desconfiado,
el desdichado, y misero Florelo,
si en tanto desconsuelo
no tocàra su oìdo,
un canto enternecido,
de un coro de las Diosas del mar Cano,
como de las del Cielo soberano:
diversos instrumentos resonando,
demàs gloria las almas olvidando.

Los ayres suspirando destemplados,
las aguas lamentando ensordecidas,
furiosa tempestad amenazando,
al dulce son de su furor movidas,
à su primera, y cara paz tornados,
larga tranquilidad assegurando,
se sossegaron, quando
la voz qne los movia,
y que las detenia,
suspendiò los lugares peligrosos,

de

de los rebueltos mares procelosos,
dando la gloria del Olympo santo
en quanto puede darse con el canto.

Leucotea.

DE aquel pecho de nieve elado, y frio,
de aquel desdèn altivo, y riguroso
en su mismo sugeto transformado;
de aquel amor en vano poderoso,
pagado con la muerte de un desvio,
he de cantar el fin desventurado.
Cielo, fortuna, y hado,
templando su dureza,
vengaron la fiereza
del monstruo riguroso de natura,
que viendo al triste amante sin ventura,
amargo triunfo de su pecho crudo,
seguramente velle muerto pudo.

La beldad soberana de quien digo,
en el alma de Iphis encerrada,
un furor amoroso le vertia,
una pena solìcita, y amada,
un dulce amor de sì propio enemigo,
un bien seguro, que qual mal temia,
un contento sentia,
que parecia contento:
mas visto el fundamento
de diferente causa redundaba,
pues imperfectamente se le daba:
quando considerando su accidente,
no le satisfacia enteramente.

Y esta furiosa llama derramada
por las partes mas vivas del sentido

tan diferente daño le causaba,
que del rigor elado consumido,
del encendido fuego el alma elada;
sin entender la causa le acababa.
Qualquier dolor le daba
tan rigurosa muerte,
que por mas dulce suerte
escogiera su muerte, que su vida,
sin ser su desventura conocida,
y fatigado desta pena cruda,
rompiò el silencio de su lengua muda.

Injusto amor, amor terrible, y fiero,
turbador del contento con que alhagas
al que mas asseguras tu reposo:
si tengo por salud las fieras llagas,
de cuyo sentimiento crudo muero
en el ser que me tienes riguroso,
no muestres tan furioso
tu poder no vencido,
con quien tienes rendido:
que si mi gran firmeza conociesses,
si mi tormento abiertamente viesses,
aunque puesto en el pecho de mi Diosa
acabarias mi pena dolorosa.

Enternezca mi llanto lastimoso
tu pecho por mi mal endurecido,
alguna vez con llantos ablandado:
que si mi mal huvieras advertido,
por estremo de daño congojoso,
mis passiones huvieras acabado.
Y si eres Dios llamado,
y sigo tu vandera,
adorando una fiera,
que con su desdeñoso altivo brio

desprecia tu amoroso señorio.
Enciende el pecho mas terrible, y duro,
que contra tu furor tuvo seguro.

Llevan las justas quexas del amante
los animosos vientos encendidos
con los suspiros en el medio dados:
y el amor, y la Ninfa endurecidos,
el uno, y otro en su rigor constante,
viven de sus passiones descuidados.
Los dolores causados
del crudo monstruo horrendo,
van contino creciendo,
despreciada la fé por quien espera,
perdìda la esperanza verdadera,
el altivo desdèn mas duro, y yerto,
el bien dudoso, y el tormento cierto.

Y combatido destos accidentes,
al tiempo que la noche temerosa
viniendo à verse con su amante tierno,
seguia la divina luz hermosa:
con cuyos resplandores transparentes
aparece su rayo sempiterno;
quando en silencio eterno
estaban trasportados
los cuerpos trabajados
de los mortales, fieras, peces, aves
en amorosos, dulces sueños graves.
Solo el cuitado amante se lamenta
del injusto dolor que le atormenta.

Y solo por la noche sossegada
de su dolor gravissimo trahido
à la prision de la alma dolorosa,
yà de darse la muerte convencido,

no pudiendo ſufrir tan laſtimada
la miſerable vida trabajoſa;
la dieſtra temeroſa
vacilando, teniendo
el inſtrumento horrendo,
para tan duro fin predeſtinado,
tres veces le ſoltò como peſado,
y tres veces probò de darſe un lazo,
y alli temblaba mas el fuerte brazo.

Y otras tantas temblando el deſdichado,
alzò los flacos brazos deſcaìdos,
por añudar el cuello conſumido.
Un miedo elado paſma ſus ſentidos,
la ſangre falta de ſu pecho oſſado,
mirandoſe del recio lazo aſido:
y queriendo atrevido
atar el fin poſtrero
del lazo crudo, y fiero
à la ventana de ſu Ninfa fiera,
por dàr fin à ſu vida laſtimera,
rebuelto en el cayò. O caſos fieros!
gran mal es el notado por agueros.

Eſtando al fin colgado fuertemente,
aun no de ſu ventura ſatisfecho,
por tenelle con vida aquel momento;
el corazon en lagrimas deshecho,
los ojos en el Cielo tranſparente,
y en ſu grave dolor el ſentimiento;
con el mortal acento,
que el alma deſpedia
en la poſtrer porfia,
con que luchaba con el cuerpo elado,
yà de la muerte miſera ocupado,
yà con las anſias de morir poſtreras

di-

dixo aqueſtas palabras laſtimeras.

Venciſte al fin Anaxarete fiera:
ves aqui fiera ingrata, que has vencido,
ves aqui como muero deſamado.
Por eſtas triſtes lagrimas te pido,
por aqueſta firmeza verdadera,
por eſte lazo crudamente atado,
que deſpues de librado
el eſpiritu mio
del cuerpo elado, y frio
mires colgados mas benignamente
eſtos deſpojos del deſdèn ardiente,
con que trataſte el anima vencida,
à dexallos colgando convencida.

Que el riguroſo daño que me acaba,
la belleza cruèl, y deſdeñoſa,
adonde cobra fuerzas mi tormento,
ha ſido para mi tan poderoſa,
que el trago amargo de la muerte brava
me dà, ſi puede ſer, contentamiento.
Mas eſte ſufrimiento
del daño padecido
tan mal agradecido,
tan de veras acuſa mi firmeza,
que me fuerza quexar de tu dureza:
cuyo rigor al mundo manifieſto
en el poſtrer dolor me tiene pueſto.

Y ſi de mi tormento condolida,
tuvieres de mi muerte ſentimiento,
no ſientas de manera mi quebranto,
que de mi doloroſo deſcontento
pierdas la venturoſa, y dulce vida,
que tengo de querer, y quiſe tanto:

por-

porque señora en quanto
tu vida se sustente,
no muero totalmente,
antes vive de mì la mejor parte:
pues para tì mi espiritu se parte,
como al descanso mas glorificado,
que puede ser del alto Cielo dado.

Mas ay de mi, que à quien pretendo ciego
inclinar à mi llanto doloroso,
es de donde procede solamente.
Vos, Dioses, si hay alguno tan piadoso,
que advierta el postrimero humilde ruego
de aquel que se lamenta justamente:
acabad prestamente
esta vida cansada,
injustamente dada
al riguroso punto de la muerte,
por menos dolorosa, que mi suerte:
pues llega mi passion à tal estremo,
que estoy muriendo, y aun la vida temo.

Y plega à tì qualquier Deydad, ò suerte,
que escuchas mis palabras lastimosas,
dellas, si puede ser, eternizada,
que no sigan las furias espantosas
con el horrendo aguero de mi muerte,
la causa de mi mal endurecida;
sino que arrepentida
de su desdèn passado,
llore mi fin ayrado:
y esto quiero por gloria deseada,
despues del duro fin de mi jornada:
en qualquiera lugar predestinado
para gloria del animo cansado.

El

El miserable amante quedò muerto,
y la Ninfa cruèl, y endurecida
en su mismo sugeto transformada,
mirando al triste que quitò la vida
con el frio mortal elado, y yerto,
el cuerpo sin la alma lastimada,
Mas fieramente ayrada
la vengadora Diosa,
que castiga furiosa
las sinrazones de las cosas justas,
en las injustas animas injustas,
en un elado marmol convertido
vino à dexar el cuerpo endurecido.

Y tù pastor de veras lastimado,
no maldigas la agua sacra nuestra
con tu temprana muerte desdichada.
No tiene siempre Jupiter su diestra,
aunque le tenga Cielo, y mundo ayrado,
para tirar el rayo levantada.
La mar alborotada
no hiere de contino:
el Cielo cristalino,
tal vez ofrece paz, tal guerra ofrece,
alegra juntamente, y entristece,
ofreciendo contino confianza;
que tràs fortuna suele haver bonanza.

Pusieron fin al sonoroso canto
al tiempo que la Aurora descubriendo
los claros rayos de su luz salìa;
y las delgadas aguas dividiendo,
se dexaron llevar del agua tanto,
que con la luz ninguna parecia:
y el fiel pastor, que havia

 aten-

atentamente oìdo
el caso entristecido
del miserable amante desdichado,
ingrata, y crudamente despreciado,
con mayor esperanza, que contento,
apenas goza del vital aliento.

ECLOGA SEPTIMA.

Glauco.

HAcese una caberna umbrosa, donde
la altiva frente del sagrado Arages
à su Doris se ofrece vitoriosa,
con la verde guirnalda, y con los trages,
que el remozado Abril zela, y esconde
de la cara de Febo luminosa:
habitacion umbrosa,
y doloroso abrigo,
ocasion, y testigo
de muchas, y tristissimas querellas,
de sacros Dioses, y Nereydas bellas.

Secreto alivio de animo afligido,
à quien traen las estrellas
à llorar sinrazones de Cupido.
La noche amiga que el silencio eterno
con los dobleces de su manto tiende
en los yà graves ojos de la tierra,
las luminarias del Olimpo enciende,
con quien se ha regalado amante tierno,
si ingrato pecho su ventura encierra.
Caìan de la sierra
altissima las nieblas,
que las negras tinieblas,

y el ayre turbio de la noche espessa
unas à otras succediendo à priessa.

Quando el sagrado Glauco dividiendo
la refrenada, y presa
agua del mar, saliò su gruta huyendo.
Serenase la noche, y el turbado
cerco del ancho seno se serena
à la Deydad del sacro Glauco atentos.
Y èl conducido de la amarga pena,
que solicita su animo cansado,
alienta suspirando mar, y vientos;
cuyos tristes acentos
llorando interrumpidos
con ardientes gemidos
declaraban la alma dolorosa
à la Ninfa mas dura, y rigurosa
de las Nereydas soberanas, quando
de la alma congojosa,
ansi soltò la triste voz llorando.

Yà que me desespera mi ventura,
mi mucho mal, mi poco sufrimiento
de la incierta esperanza de mi vida;
yà que me desengaña mi tormento,
mi mucho amor, mi mucha desventura,
de la promessa de mi bien perdida.
Verted ojos la alma consumida;
verted dolientes ojos
por ultimos despojos
de las obsequias de mi triste muerte,
lagrimas piadosas,
por la clemencia de mi amarga suerte,
menos fingidas, quanto mas forzosas.

Llegò mi lamentable pena, donde

ſmi deſventura miſerable llega:
una, y otra me quita la eſperanza;
una me mata, y otra cruèl me niega
el bien que à la deſdicha correſponde,
como tràs la tormenta la bonanza.
Un tiempo me engañò mi confianza,
y aumentòſe mi daño
con eſte dulce engaño;
que ſi en el tiempo que vivì, muriera,
que moria dichoſo,
por morir engañado conociera:
tal es un un deſengaño riguroſo.

Deſengañado de mi bien agora,
agora de mi bien deſengañado,
què remedio me trae el crudo Cielo,
ſi no le ſufre yà mi duro eſtado,
ſi preſa yà del mal la alma llora
ſu fé perdida, y ſu perdido zelo?
Llorad ojos, llorad mi deſconſuelo,
llorad agora tanto,
que mitigue mi llanto
el aſpereza de mi ſuerte dura,
jamàs enternecida:
darànme vueſtras lagrimas la muerte,
ò la miſericordia dellas vida.

No la deſeo, ni lo quiera el Cielo
que padeciendo por aquella mano,
que me puede matar, y dàr la vida,
ſiendo mi mal deſtino ſoberano,
ſiendo fatal mi duro deſconſuelo,
quiera librar la alma conſumida.
Eſto quiere mi ſuerte endurecida:
y pues trabajos vienen,
trabajos me convienen:

me-

medirme quiero con mi corta suerte,
que si no me remedio,
seràlo de mis lagrimas la muerte.

Yà que mi vida no consiente medio,
sacra Deydad del mar, hermosa Scila,
miedo, y terror del triste navegante,
y del amante de tu cruèl belleza;
mas apacible, y mansa que el constante
Cielo sereno, y mas que la tranquila
agua de Tetis, falsa à mi firmeza,
si de tu sinrazon, y mi tristeza
tuvieras un cuidado,
tantos dias llorado,
de quien adora tu beldad eterna,
siendo Dios soberano,
no me quexàra con endecha tierna
al solo mar, à mi dolor humano.

Dexa yà sossegar Ninfa divina
el estrecho peligro que defiendes,
al que oprime los hombres de Neptuno.
Si flacos leños anegar pretendes,
inclina tu beldad al Cielo, inclina
tu lumbre resistida de ninguno:
que el rayo de tus ojos importuno,
què altera màr, y viento,
al estrellado asiento,
y al Reyno de la noche darà guerra,
quanto mas à un rendido
misero Dios, que tu profundo encierra.

Llora el sagrado Glauco, y à su llanto
los detenidos, y pasmados vientos
hacen un son doliente, y lamentable.
Los Delfines, y Phocas con atentos

oìdos escuchaban el quebranto
del espiritu triste, y miserable,
y con el admirable
ruìdo de sus saltos
yà profundos, y altos
declaraban el gozo, que les daba
la dolorosa voz que les cantaba
endechas lastimosas, y dolientes
de libertad esclaba,
cercada de contrarios accidentes.

ECLOGA OCTAVA.

Lycida.

AL tiempo que el Aurora descubria
el rosiclèr, y perlas Orientales,
en los amenos campos esmaltadas,
que el negro manto de la noche havia,
con los rayos de Febo celestiales,
cubierto sus colores variadas;
quando las alvoradas
de las pintadas aves
resonaban los prados
de plantas amenissimas cercados,
haciendo menos graves
los mortales cuidados
de los que fatigados del sosiego
salieron antes que el ardiente fuego.

Huyendo el rayo de la luz mas dino
de la region del Cielo luminosa,
la sazon del Otoño seco entrada,
el ausente pastor Montano vino
à la frescura de una cueva umbrosa,

del curſo de las aguas eſcabada:
cuya florida entrada
rodeada de yedra,
de juncos, cañas, flores
enredadas en arboles mayores,
ornan la toſca piedra,
que los claros licores
del criſtalino Tajo que la baña
con ſu blandura ſu dureza engaña.

De cuyo preſuroſo, y preſto curſo
llenas las bellas, y humidas cabernas,
como urnas claras del ſagrado rio,
muchas veces agradan al concurſo
de las Ninfas del agua ſempiternas,
para gozar profundo tan umbrio.
Y del albergue frio,
ſaliendo à la ribera
coronadas de flores
de varias, y belliſsimas colores
traen dulce Primavera
en los yelos mayores,
que el claro Cielo, ſi ſe cierra, influye,
quando los montes Jupiter deſtruye.

Y el miſmo Dios, el miſmo ſacro rio
de eſcuras verdes hojas coronado
à la ribera ſale preſuroſo,
moviendo la agua del alvergue frio
en termino mas largo, y dilatado,
que quando ſale fuera de repoſo;
y cubriendo el umbroſo
profundo, y verde ſeno,
con ſus aguas vecinas,
à ſus cabernas torna criſtalinas;
y yà le dexa lleno

de

de ſus aguas continas,
y yà le deſampara la corriente,
y luego torna preſuroſamente.

De cuyas concabidades eſpacioſas,
de verdes obas, verde muſgo llenas,
de las crecientes del ſagrado rio
eran habitacion de las hermoſas
Ninfas del prado, que por las amenas
ſelvas paſſan la fuerza del eſtio;
cuyo lugar ſombrìo
era deſcanſo agora
del paſtoral concurſo
al medio del mortal, y ardiente curſo,
haſta la poſtrer hora,
que acabado el diſcurſo
de ſu jornada larga, y eſpacioſa,
en las aguas de Dorida repoſa.

Y de la ſoledad contraria dura
de los paſſados bienes de la vida,
à ſu memoria triſte reducido,
contemplando la altiſsima hermoſura,
con quien tiene ſu alma dividida,
quedò ſin ſentimiento de ſentido:
y del feròz ruido,
que el fiero viento hacia,
con las aguas embuelto,
à ſu primero ſentimiento buelto,
los ayres encendia,
yà de cantar reſuelto,
con los ſuſpiros, y dolientes quexas
de tì Licida cruda, que le dexas.

Falta la voz al animo canſado,
y faltàra la vida juntamente,

si fuera falta para ser sentida.
Bien se parece como vivo ausente
de quien vivir presente, y apartado
es muerte fiera, y es alegre vida,
ausencia entristecida,
peligro de mal lleno,
donde mi culpa peno.
Afloxa furia fiera el instrumento
de mi cruèl gravissimo tormento,
y suspende tu crudo efecto en tanto
que con cansado acento
el discontento de mi estado canto.

Agora que me tienes apartado
de la beldad que admira Cielo, y suelo,
me dàs à conocer el bien perdido.
bien sè que con perder un bien del Cielo,
en quien se muestra su valor cifrado,
quedè mas que perdido, entristecido.
No añadas al sentido,
estimando el contento
tan alto sentimiento,
que pierda cuerpo, y alma consumida,
pues es poco faltar la triste vida:
que si como la vida se acabàra
en la triste partida,
viniendo dividida, si no faltàra.

Si lo que fui primero considero,
y lo que soy por el ausencia miro,
de tan alta ventura me lamento:
que la belleza por quien yo suspiro,
aunque dichosamente vella espero,
no dexa de causarme discontento;
y aquesto apartamiento,
que fuera de la vida,
y no fuera partida

de tal suerte lastima mi sentido,
que no quisiera ser, por haver sido
de la mas inhumana, y cruèl pastora,
que el mundo ha posseìdo,
favorecido, dura cosa, agora.

No pudo proseguir el triste canto
el ausente pastor entristecido
por la venida de un amigo ausente:
y haviendose llorando recibido,
aliviando con verse su quebranto,
se sentaron al punto juntamente:
y haviendo largamente
sus bienes, y sus males
diferentes, y tales,
con lagrimas ardientes declarado,
al son de sus zampoñas acordado.

Y al del furor del viento, y agua vasto
esto cantò Montano, y esto Ergasto.

Montano.

Licida mia, mas que el Sol hermosa,
donde tengo mi gloria señalada,
como en parte divina, y soberana,
mas blanca, y colorada,
que el blanco lirio, y la purpurea rosa,
cubiertos del humor de la mañana:
si viesse tu belleza sobrehumana,
en quien mi gloria veo,
què me puede mostrar el claro Cielo?
si en solo mi deseo,
tengo puesta mi gloria, y mi consuelo?

Ergasto.

Fillida mia, mas resplandeciente,
que al salir del Oriente la mañana,
como guia del Sol esclarecida:
mas serena, y humana,

que el resplandor del Cielo trasparente
al cabo de la noche escurecida:
si te doliesse mi cansada vida,
mostrandote piadosa
à la firmeza de mi amor estraño,
el alma dolorosa
podrà cobrar alivio de su daño.

Montano.

Licida mia, si apartado agora
de la luz de tus ojos saberanos,
las claras luces de los Cielos veo:
si los ojos humanos
del venturoso amante que te adora
te vèn por los cansados del deseo:
el gravissimo mal con que peleo,
còmo me tiene vivo,
si solo vivo aquel momento, quando
de tu vista recibo
la presencia que muero deseando?

Ergasto.

Fillida mia, si en desgracia tuya
contra la furia del desdèn altivo,
que en tu belleza pura considero,
un solo punto vivo,
tu rigor desdeñoso me destruya.
Si de mi vida cruèl no desespero,
que como mi dolor terrible y fiero
venga de tu dureza,
de lo que puede ser possible excede:
y es como tu belleza,
y es tu belleza mas de lo que puede.

Montano.

Licida mia, mas que la alma cara,
agora viva, muera, pene, ò tema,
espere, desconfie, llore, ò cante,
la belleza suprema
mas que la de los Cielos puros clara,

de tal suerte lastima mi sentido,
que no quisiera ser, por haver sido
de la mas inhumana, y cruèl pastora,
que el mundo ha posseìdo,
favorecido, dura cosa, agora.

No pudo proseguir el triste canto
el ausente pastor entristecido
por la venida de un amigo ausente:
y haviendose llorando recibido,
aliviando con verse su quebranto,
se sentaron al punto juntamente:
y haviendo largamente
sus bienes, y sus males
diferentes, y tales,
con lagrimas ardientes declarado,
al son de sus zampoñas acordado.

Y al del furor del viento, y agua vasto
esto canto Montano, y esto Ergasto.

Montano.

LIcida mia, mas que el Sol hermosa,
donde tengo mi gloria señalada,
como en parte divina, y soberana,
mas blanca, y colorada,
que el blanco lirio, y la purpurea rosa,
cubiertos del humor de la mañana:
si viesse tu belleza sobrehumana,
en quien mi gloria veo;
què me puede mostrar el claro Cielo?
si en solo mi deseo,
tengo puesta mi gloria, y mi consuelo?

Ergasto.

FIlida mia, mas resplandeciente,
que al salir del Oriente la mañana,
como guia del Sol esclarecida:
mas serena, y humana,

que el resplandor del Cielo trasparente
al cabo de la noche escurecida:
si te doliesse mi cansada vida,
mostrandote piadosa
à la firmeza de mi amor estraño,
el alma dolorosa
podrà cobrar alivio de su daño.

Montano.

Licida mia, si apartado agora
de la luz de tus ojos soberanos,
las claras luçes de los Cielos veo:
si los ojos humanos
del venturoso amante que te adora
te vèn por los cansados del deseo:
el gravissimo mal con que peleo,
còmo me tiene vivo,
si solo vivo aquel momento, quando
de tu vista recibo
la presencia que muero deseando?

Ergasto.

Fillida mia, si fuera desgracia tuya
contra la furia del desdèn altivo,
que en tu belleza pura considero,
un solo punto vivo,
tu rigor desdeñoso me destruya.
Si de mi vida cruèl no desespero,
que como mi dolor terrible, y fiero
venga de tu dureza,
de lo que puede ser possible excede:
y es como tu belleza,
y es tu belleza mas de la que puede.

Montano.

Licida mia, mas que la alma cara,
agora viva, muera, pene, ò tema,
espere, desconfie, llore, ò cante,
la belleza suprema
mas que la de los Cielos puros clara,

y à mi vida mas que ellos importante,
eternamente la tendrè delante,
à quien ni muerte fiera,
ni peligros contrarios de la vida
puedan quitar que quiera,
hasta que el cuerpo, y alma se despida.

Ergasto.

Fllida mia, mas que el alma cara,
agora me atormente tu dureza,
agora me persiga Cielo, y hado,
y sea mi firmeza
prueba de la fortuna mas ayrada,
que puede acrecentar mi duro estado
mientras el reluciente Dios dorado
siguiere su camino
la clara luz del dia noche escura,
sola seràs contino
amada, en pena, y gloria, y desventura.

No pusieran tan presto fin al canto,
que el solitario, y solo monte dia
los dos tristes, y miseros pastores,
si el negro manto de la noche fria,
del triste Reyno del eterno espanto
no eclipsara los Delios resplandores.
Y viendo ya mayores
las sombras estendidas
por las selvas floridas,
el Sol en Occidente colorado,
entre las pardas nubes abrasado,
poco à poco se fueron recogiendo,
ardentissimas lagrimas vertiendo.

SIGUENSE TRADUCCIONES de Horacio, y del Petrarca, del Maestro Sanchez Brocense.

DON JUAN DE ALMEIDA, à quien lee.

HAviendo comunicado estos versos con el Maestro Francisco Sanchez de las Brozas, Cathedratico de propriedad de Rethorica de la Universidad de Salamanca, de cuyas buenas, y singulares letras tanta noticia, y opinion se tiene, no solo en España, pero en las mas principales partes de Italia, y Francia; y teniendo tambien conocimiento de algunas traducciones suyas, con cuyo trabajo havia adornado algunos Sonetos de Francisco Petrarca, y otras Odas de Horacio; medroso de vèr estos papeles sin ornamento de algun Escritor de este tiempo, le supliquè los pusiesse juntamente con ellos: con cuya autoridad no dudo, si no que irán seguros al juicio de los hombres sabios.

Horatii lib. 2. Carminum.

Rectius vives Licini, neque altum.

MUy mas seguro viviràs Licino,
no te engolfando por los hondos mares,
ni por huirlos, encallando en playa
tu navecilla.
Quien adamare dulce medianìa,

ni

ni le congojan viles mendigueces,
ni le dementan con atruendos vanos
casas Reales.
Mas hiere el viento los erguidos pinos,
dàn mayor vaque las sobervias torres,
y en las montañas rayos fulminantes
dân vaterìa.
Vive con pecho bien apercebido,
que en las riquezas tema la caìda,
y en la caìda espere, que fortuna
suele mudarse.
Jupiter suele dàr, y quitar ftios,
mala fortuna suele variarse:
cantas à veces, y no siempre el arco
flechas Apolo.
En casos tristes, fuerte, y animoso
muestra tu pecho, y prudentemente
coge las velas, quando te hallares
entronizado.

Horatii lib. 1. Carminum.

Quis multa gracilis te puer in rosæ.

QUièn tiene la cabida
de todos deseada, y de ninguno
enteramente habida?
Quièn es aquel solo uno,
que goza de tu amor tan importuno?
Tus tan rubios cabellos,
que al oro con desprecio desdeñaban,
dime, à quièn dexas vellos?
aquellos que mataban
à quantos por su mal los contemplaban?
Quan triste, y engañado
està el desventurado, que en amarte
en-

emplea con cuidado
de su vida gran parte,
que piensa, que no puedes yà mudarte.
Què serà quando vea
la mar turbada, y vientos levantados
el triste que desea
remedio à sus cuidados,
que ignora la mudanza de los hados?
De aquellos tengo duelo,
que no conocen tus agudas artes,
que tienen por consuelo,
que seguiràs sus partes,
sin que de su querer jamàs te apartes.
Yà yo como escapado
de la tormenta donde me anegaba,
tengo yà dedicado
el leño en que nadaba
al templo del Señor de la mar braba.

Soneto de Petrarca, que comienza

Io mi rivolgo in dietro à ciascun passo.

A Cada passo atràs me voy bolviendo
con este cuerpo, de que voy cargado:
el qual de vuestro aliento confortado,
puede algun tanto andar, aunque gimiendo.
Despues pensando el bien que voy perdiendo,
y en mi camino largo, y corto hado,
detengo mis pisadas muy cansado,
mirando en tierra, y lagrimas vertiendo.
Y en medio de mi llanto me saltea
la duda, que pregunta, còmo puede
mi cuerpo sin su alma, tener vida?
Responde amor que aquesto se concede

à los amantes; que su vida sea
de humanas condiciones desasida.

Soneto de Petrarca, que comienza

Quando io son tutto volto in quella parte.

QUando buelvo mi vista à aquella parte,
do quier que vuestra bella vista alumbre,
y en mi memoria queda aquella lumbre
que abrasa sin sentir de parte à parte,
Temo à mi corazon, que se me aparte;
y viendo cerca el fin desta mi lumbre,
voyme, mas como el ciego sin su lumbre,
que no sabe do và, y al fin se parte.
Ansi huyo el dolor, la muerte, el lloro;
mas no voy tan ligero, que el deseo
no venga junto à mì, y este me aquexa.
Callando voy, porque si à gritos lloro,
harè llorar la gente, y yo deseo
en soledad llorar mi triste quexa.

Soneto de Petrarca.

O passi sparsi, ò pensier vaghi, è pronti.

O Passos locos, hablas amorosas,
viva memoria! ò vos fieros ardores!
ò de vil corazon deseos mayores!
ò ojos bueltos fuentes abundosas!
O hoja honor de frentes vitoriosas,
sola insignia de altezas, y valores!
ò fatigada vida! ò mis errores!
que me sacais de termino en mis cosas.

O bella vista, do para mi puso
amor espuela, y freno juntamente
à su alvedrio, y à mi discontento.
O almas amorosas (si hay tal uso)
ò sombras despedidas de la gente,
venid, vereis qual sea mi tormento.

Soneto de Petrarca.

Son' animali al mondo di si altera.

HAy animales de alto sufrimiento,
que al Sol pueden mirar derechamente:
otros tienen la vista tan doliente,
que el Sol les daña, y noche es su contento.
En otros veo tanto atrevimiento,
que por gozar del fuego reluciente
prueban la otra virtud, que es ser ardiente:
ay triste, que con estos yo me cuento!
Porque mirar la lumbre yà no puedo
de aquella que me ciega, ni con tarde,
ni con lugar escuro hacer pertrecho.
Y en mis ojos dolientes siempre arde
(por vèr su vista) un natural denuedo,
y sè que à quien me abrasa voy derecho.

Soneto de Petrarca.

Se mai foco per foco non si spense.

SI un fuego à otro fuego nunca esquiva,
ni rio por lluvia nunca vi secarse,
mas siempre un simil à otro vi ayudarse,
y à veces un contrario à otro aviva.

Tù que mandas amor, què un alma viva
en dos diversos cuerpos sin mudarse,
por què induces tal uso sin usarse?
por què la que mas amo me es esquiva?
Si es esto como el Nilo, que ensordece
con su ruido à la vecina gente,
ò el Sol, que à quien le mira dexa ciego.
Asi el deseo mio incontinente
topando en grande objeto, desfallece;
y al fin, à mayor prisa, mas sossiego.

Soneto de Petrarca.

Passa la nave mia colma d' oblio.

PAssa mi nave el mar, de olvido llena,
à media noche, y en cruèl Invierno
por Scila, y por Caribde, y al gobierno
preside el señor mio, que es mi pena.
A cada remo un pensamiento suena,
que tal tormenta tiene por mal tierno,
la vela rompe un viento de ay eterno,
y de deseo, y de esperanza buena.
Lluvia de lloro, y niebla de la afrenta,
las xarcias con errores retorcidas,
y yà casi podridas, humedece.
Y estas mis dos lumbreras ascondidas,
arte, y razon perdidas, en tormenta,
tal, que yà mi esperanza desfallece.

Soneto de Petrarca.

Se voy poteste perturbati segni.

SI por mostraros aspera, ò turbada,
ò por baxar los ojos, ò ser presta

à huir peticion limpia, y honesta,
ò por otra manera nunca usada.
Pudiessedes salir do estais plantada
(que en mi de vos amor hizo floresta)
confessaria cierto ser aquesta
sola ocasion de veros tan ayrada.
Què planta generosa en vil terreno
no dice bien, y huelga ser trayda
do lleve fruto de su tronco dino?
Mas vos, vuestra ventura os tiene asida,
y pues no os podeis ir, tened por bueno
este asiento forzoso, aunque es indino.

Soneto de Petrarca.

La vita fugge, è non se arresta un hora.

LA vida huye, y no puede enfrenarse,
la muerte tiende el passo apresurado,
el tiempo venidero, y el passado
no cessan contra mì de conjurarse.
Mi corazon està para quebrarse
entre memoria, y esperanza atado,
y lastima de mì le ha yà estorvado
de tanta desventura desatarse.
Respiro en acordarme, què alegria
gozò mi corazon: por otra parte
veo turbado el viento al navegante.
Fortuna veo al ojo: mas no hay arte,
ni marinero, ò jarcias, y la guia,
do yo solia mirar, no està delante.

Soneto de Petrarca.

Si amor no bè, che dunque è quel ch' i sento.

SI no es amor, què es esto que yo siento?
Sepamos, si es amor, què cosa es esta?
Si es buena, còmo està à matar tan presta?
Si es mala, còmo es dulce su tormento?
Si quiero padecer, por què lamento?
Si no lo quiero, el lamentar què presta?
O viva muerte! ò alegria molesta!
Quièn puede tanto en mì, si no consiento?
Y si consiento sin razon me afano,
con dèbil barca, y vientos à porfia,
me hallo en alta mar, y sin gobierno,
De errores llena, y de saber vacìa,
que yo mismo no sè lo que me es sano,
tiemblo en Estìo, y ardo en el Invierno.

Soneto de Petrarca.

Pace non trovo, è non hô da far guerra.

NO hallo paz, ni estoy para dàr guerra,
temo, y espero, y ardo, estando elado,
y buelvo sobre el Cielo, y quedo en tierra,
y abarco el mundo, y quedome burlado.
Ni me abre el carcelero, ni me cierra,
ni bien me dà por suyo, ò me dà vado,
ni bien me suelta yà, ni bien me aprieta,
ni bien vivo me quiere, ni acabado.
Sin ojos veo, sin lengua hablar porfio,
muerome por morir, y ayuda llamo,
y amando en otra parte, me aborrezco.

Man-

Mantehgome en dolor, llorando, rio,
la muerte, y vida igualmente deseamo:
esto es lo que por vos mi bien padezco.

Soneto de Petrarca.

O inuidia nemica di virtute!

AY invidia enemiga de mi estado,
que à los principios altos inhumana
contrastas: con què maña, dime insana,
aquel honroso pecho me has trocado?
De raìz mi salud has arrancado,
felìz te me mostraste à la mañana,
con la que mi intencion juzgò por sana,
y agora mi servicio has condenado.
Pero por mas cruèl que yo la vea,
y llore de mi bien, y en mi mal ria,
mi amor, y pensamiento està en su fuerza.
Ni porque de mil muertes cada dia
cercado, y combatido siempre sea,
que si ella me amedrenta, amor me esfuerza.

Soneto de Dominico Veniero.

Non punse, arse, o logò stral fiama, o laccio.

NI flecha, llama, ò lazo de Cupido
hiriò, quemò, enlazò pecho mas duro,
frio, suelto, que el mio, quando puro,
herido, ardido, y preso se ha sentido.
Mas firme elado, y libre yà se vido,
que roca, yelo, y ave: y bien seguro
de llaga, incendio, ò red: mas yà este muro

con

con arco, fuego, y nudo està rendido.
Punzado, assado, y preso ansi me siento;
que jara, ni asqua, ni cadena fuerte,
no hiere, inflama, enreda amante alguno.
Ni creo el golpe, ardor, y enlazamiento,
que me traspassa, y assa, y liga en uno,
sane, apague, y desate otro que muerte.

Horatii lib. 3. Oda 7. *Quid fles?*

POr què te dàs tormento
Asterie? No serà el Abril llegado,
que con prospero viento
de riquezas cargado,
y mas de fé cumplido,
tu Gige te serà restituìdo.
Tu Orizo donde agora
està, por las cabrillas reboltosas,
turbado el mar do mora,
las noches espaciosas,
y frias desvelado,
passa de largo lloro acompañado.
Bien que con maña, y artes
de su huespeda Cloe, el mensagero
le tienta por mil partes,
diciendo el dolor fiero,
en que la triste passa,
y como con tu fuego allà se abrasa.
Y como la alevosa
Antea moviò à Preto con fingida
querella, y presurosa-
mente quitar la vida
al casto en demasia,
Beleforonte èl mismo le decia.
Y cuenta como puesto

En

en el ultimo trance fue Peleo,
mientras que huye honesto
Hypolito; y aun creo,
que le trae toda historia
de mal exemplo el falso à la memoria.
En valde, porque à quanto
le dice, està mas sordo, que marina
roca, ni por espanto,
ni por ruego se inclina,
tù huye por tu parte
de Empeo tu vecino enamorarte.
Por mas que en la carrera
ninguno se le iguale, ni con mano
rebuelva mas ligera
el cavallo en el llano,
ni con igual viveza
nadando corte el Tibre, y su braveza.
En siendo anochecido,
tu puerta cierra, y no abras la ventana,
aunque oygas el sonido
de la dulzaina vana,
y aunque te llame fiera,
tu siempre en tu dureza persevera.
Al agudo quexido
de la flauta Alemana,
y aunque mil veces fiera
te llame; tù mas dura persevera.

Horatii lib. 1. Oda 14. *O navis referent.*

Don Juan de Almeyda.

NO mas, no mas al agua,
si tù me crees, navio, en ti escarmienta
à no probar de oy mas nueva tormenta:

Las

Las ancoras assienta,
y aferra, pues que ves seguro puerto,
y el lado de remero yà desierto.
El mastil casi abierto
al Abrego animoso està crugiendo,
y las mal trechas gumenas gimiendo.
Las furias và creciendo
del reboltoso mar, navìo guarte,
que mal podràs sin jarcias sustentarte.
No pienses que eres parte
para amansar los Dioses ofendidos,
cansados en tu mal, y endurecidos.
Ni en pinos bien nacidos
de la Pontica selva en la espesura,
ni de la gruessa popa en la pintura.
Pusieron su ventura
medrosos marineros, que con tiento
no dieron que reir al loco viento.
Ni tù, que el pensamiento
me tienes tanto agora entretenido,
quanto de tì poco antes ofendido,
Seràs tan atrevido,
que pruebes yà las ondas espumosas
vertidas en las Cicladas medrosas.

El Maestro Francisco Sanchez.

GAlera, que me fuiste
enfado cuidadoso, y me has trocado
en un amor solicito, y cuidado.
Dì, quièn te ha aconsejado
tentar del mar de nuevo la aspereza?
No mas, no, toma puerto con destreza.
No sientas la pobreza
de remos por tu lado mal fornido,

y el arbol con el Abrego encendido,
Quebrado, y destruido,
crugiendo te amenazan las antenas:
durar las naos, ò conservarse apenas
Podràn sin jarcias buenas,
No vès mas bravo el mar, y mas tyrano?
Con rotas velas llamaràs en vano
A que te dèn la mano
en tu necessidad, los Dioses idos:
alli casta, y blasones son perdidos.
Pinos ennoblecidos
del monte Citeriaco cortados,
seràn en tal lugar poco estimados.
En navìos pintados
mal timido Piloto se assegura:
tù, si al viento no debes tal locura,
No pruebes mas ventura:
huye las blancas ondas, y el bramido
del mar entre las Cicladas vertido.

De Alonso de Espinosa.

O Barco yà cascado,
à quien las nuevas ondas sin concierto
tornan al mar ayrado,
quando era necessario tomar puerto;
y en èl con doble amarra
huìr del alto mar, y aun de la barra:
No miras yà que apenas
tienes por cada vanda algun remero,
y que el mastil, y antenas
cruxen, y dàn lugar al viento fiero?
Y el casco despojado
de jarcias, no resiste al mar inchado?

Las velas tienes rotas,
los Dioses fatigados con ofertas,
al menester devotas,
y al peligro passado poco ciertas.
No tengas nave duda,
que en otra tempestad tengas su ayuda.
Aunque tu origen sea
de las montañas altas del Euxino,
y allà en la selva Idèa
cortada seas del mas famoso pino:
el nombre, y la pintura
al medroso patron poco assegura.
Mas tù si algun concierto
no tienes con los vientos en tu afrenta,
encierrate en el puerto
segura yà del mar, y de tormenta,
baste del mal passado
haver salva, aunque reta, yà escapado.
Huye del mar Egeo,
que las Cicladas insulas abraza,
nave en quien mi deseo,
y mi cuidado agora se embaraza;
de mi tanto querida,
quanto otro tiempo fuiste aborrecida.

Haviendo traducido tres tan grandes Poetas, como los referidos, esta Oda de Horacio, de parecer de todos, pidieron al Padre Maestro Fray Luis de Leon la censura de cada una, por esta Carta, que se sigue.

„ Puede V. P. quexarse de haver sido importunado en „ tiempo que le obliguen à gastarle en cosas, que tan poco „ valen, y en juzgar el mal Romance, que và en essos na„ vios: Dios les dè mas ventura, que à sus dueños en fabri„ carlos; y à V. P. en juzgar estos tres diablos, aunque „ mas bien acondicionados, que las tres Diosas, pues se

dàn

„ dàn por contentos de qualquiera sentencia. La Oda es
„ la 14. del lib. 1. de Horacio, compuesta como novia de
„ Aldèa, por tres tan malos Poetas, como ciertos servido-
„ res de V. P.

El Padre Maestro Fray Luis de Leon respondiò de esta suerte.

„ Yo tengo à buena dicha qualquier ocasion que sea,
„ tratar con tan buenos ingenios, aunque el juzgar entre
„ ellos, es muy dificultoso, y en este caso mas, adonde cada
„ cosa en su manera no se puede mejorar. La tercera Oda
„ tomò un poco de licencia, estendiendose mas de lo que
„ permite esta ley de traducir; aunque en muchas partes
„ sigue bien las figuras de Horacio, y parece que la hace ha-
„ blar Castellano. En las otras dos, que son mas à la letra,
„ hay en cada una de ellas cosas muy escogidas. Al fin, seño-
„ res, el caso es, que yo quiero ser Marinero con tan buenos
„ Patrones, y no Juez: porque me dà el animo, que estoy
„ muy obligado al servicio de cada uno: y assi yo tam-
„ bien embio mi nave, y tan mal parada, como cosa hecha
„ en esta noche.

Quieres por aventura,
ò Nao, de nuevas olas ser llevada
à probar la ventura
del mar, que tanto yà tienes probada?
O que es gran desconcierto!
ò toma yà seguro estable puerto.
No vès desnudo el lado
de remos, y qual cruxen las antenas,
y el mastil quebrantado
del Abrego ligero? Y como apenas
podràs ser poderosa
de contrastar ansi la mar furiosa?
No tienes vela sana,
no Dioses, à quien llames en tu amparo,
aunque te precies vana-

mente de tu linage noble, y claro,
y seas noble pino,
hijo de noble selva en el Euxino.
Del navìo pintado
ninguna cosa fia el Marinero,
que està experimentado,
y teme de la ola el golpe fiero:
procura pues guardarte,
sino es que has de perderte, y anegarte.
O tù mi causadora!
yà antes de congoja, y de pesares,
y de deseo agora,
y no menor cuidado, huye las mares,
que corren peligrosas
entre las Islas Cicladas hermosas.

En el discurso de estos versos se hallan algunas veces unas cisuras, que parece que hacen prosa aquellos lugares, donde se cometen, partiendo la razon, y diciendo la media en el primer verso, y la que resta en el siguiente; y por ser cosa que ningun Romancista ha hecho; no dudo sino que parecerà mal: porque yà yo he visto disputar esto, y encarecer por cosa tan aborrecible esta dissonancia, que ni quieren escuchar razones, que la confirme, ni alegan ninguna, que la repruebe: salvo el parecer de cada uno, que lo contradice, que llevados de su propia voluntad, ni siguen el ageno, ni advierten la razon que hay para contradecille. Pero porque entiendan, quan sin necessidad se ligaba Horacio en sus versos Lyricos à esta manera de composicion, mas por enriquecer la manera del escribir, que por dàr larga licencia, quien tan limitados preceptos diò, trayrè algunos lugares, donde usa de esta manera de elegancia, aborrecida de los de este tiempo, por no alcanzada: y el primero es en el lib. 1. en la Oda, que empieza: *Partius junctas quatiunt fenestras*; donde dice:

In-

Invicem mechos anus arroganteis
Flevis, in solo levis angi portu,
Thracio bacchante magis sub inter-
lunia vento.

En el lib. 2. en la Oda que comienza: *Otium divos rogat in patenti*; donde dice:

Otium bello furiosa Thrace,
Otium Medi pharetra decori
Grosphe, non gemmis, neque purpura ve-
nale nec auro.

Estos, y otros exemplos, que por no cansar, no alego, trae Horacio, donde me refiero; pero tambien podria decir alguno, que son en lengua diferente, donde por ventura se permite, suena mejor, ò son de hombre, à quien la antiguedad ha dado credito; y por tanto quiero alegar otros dos exemplos de dos hombres gravissimos de nuestros tiempos, con quien tratamos, à quien conocemos, y cuyos Escritos comunmente andan en las manos de los hombres. El primero es de Ludovico Ariosto, en su Oriando furioso, en el Canto 28. en una octava, que dice assi:

Giurar lo fecbe ne per cosa detta,
Ne che lisia mostrata che gli spacia
Ancor che egli conosca che diretta-
mente à sua Maesta denno si faccia.

El otro es del Padre Fray Luis de Leon, cuya autoridad sola, serà fortissimo amparo de esta Poetica licencia, delante quien los doctos se admiran, y los detractores se confunden: el qual entre otras muchas cisuras, que hace en sus versos, hay una en la Oda, que comienza: Quan descansada vida; donde dice.

Y mientras miserable-
mente se estàn los otros anegando
con sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo à la sombra estè cantando.

Esto me parece que bastarà para que viva esto en opinion, no digo yo que sea tan comun, que la sigan todos: al menos, si no muy buena, no muy errada; pues tiene principio de Horacio, y està autorizada, y enriquecida con los Escritos de hombres tan doctos.

FIN.

APROBACIONES, DEDICATORIA, y Prologo de la primera Edicion de esta Obra.

APROBACION DE DON LORENZO Vander Hammen y Leon, de las Obras de Francisco de la Torre.

LAS Obras que escribiò en verso Castellano Francisco de la Torre, y pretende dàr à la estampa Don Francisco de Quevedo (raro ingenio de este siglo) he visto atentamente, y no solo las juzgo por merecedoras de comunicarse à la luz comun, sino por dignas de ladearse con las de aquellos cèlebres varones, que veneramos por Principes de la Poesìa Castellana. Estàn escritas con la verdad, propiedad, y pureza que pide nuestra lengua, cosa singular en estos tiempos: mas escribieronse en aquellos en que se sabìa mas bien, y se hablaba mejor, y assi no hay mucho que admirar. Esta verdad no la confessaràn los que aora la ignoran, pero importa poco su juicio, sientan lo que quisieren. Padecieron esta misma desdicha, que oy aflige à España casi todas las Naciones: y en especial la Hebrea. Hablo de ella primero, que de otra alguna, por ser su lengua madre, y principio de todos los lenguages, y la postrera, y unica en el mundo. Introduxeronse, pues, en ella por la larga antiguedad, por los cautiverios, por el descuido de dexar olvidar las voces propias, y por la permission en el usar de vocablos estraños, algunos tan obscuros, que los mismos Maestros, y naturales de las Synagogas despues los desconocian. Esto que vemos en el Idioma Hebreo, y que confiessa San Geronymo, hallamos en la lengua Latina, con ser tanto mas nueva, y mas continuamente cultivada, y sin estas caìdas: Y assi se quexa Tulio de que à veces en-

guen-

cuentra con muchas voces en ella que no conoce, aunque las usuraron Marco Varron, Caton, y otros. Lo mismo pudiera decir de la nuestra, porque casi hemos hecho de los vocablos tantas mudanzas, como de la ropa, y podriamos hacer dos lenguages tan diferentes, que el uno al otro no se entendiessen: porque nos damos tanta priessa à inventar vocablos (ò por decirlo como ello es) à tomarlos prestados de otras lenguas, que por enriquecerla, hemos de venir à desconocerla. Esto nace de parecerles à algunos ignorantes de este tiempo, que es humilde el lenguage Castellano, si no le ponen estos afeytes de voces nuevas, y le pintan con este colorido: y no advierten, que el bueno, y casto, como dice Ciceròn, ha de ser el que nos enseñaron nuestras madres, y el que hablan en sus casas las castas matronas, y mugeres bien criadas. En este, pues, està escrito este libro, aunque exornado con todo lo que permite el arte. Trabajo es desigual à menor ingenio, y en que no hallo cosa disonante à nuestra Santa Fè, ò à las buenas costumbres. Tiene muchas imitaciones Italianas, y Latinas, hermosas figuras, y sentencias, y muy delgados conceptos: y assi puede V.md. siendo servido, mandar se dè la licencia, que se suplica. Este es mi parecer. Madrid, y Septiembre 17. de 1629.

Don Lorenzo Vander Hanmen y Leon.

APRO-

APROBACION DEL MAESTRO *Joseph de Valdivielso, Capellan de Honor del Serenissimo Señor Infante, y Cardenal de España.*

M. P. S.

POR mandado de V. A. he visto estos versos de Francisco de la Torre, aprobados por Don Alonso de Ercila, pluma bien quista en todas edades, y en la suya singular, por lo dulce, y conversable de los que escribiò; y Don Francisco de Quevedo, Cavallero de la Orden de Santiago, juicio à todas luces mirado con respeto: cuyas Obras, assi las que gozamos, como las que deseamos, engrandecen lustrosamente nuestra Nacion con zelos de las estrañas. Y haviendolas aprobado por el Ordinario Don Lorenzo Van-der Hammen y Leon, persona versada en todo genero de buenas letras: cuyos estudios enriquecen esta Monarquia, como lo afianzan las que en esta razon logramos impressas; no necessitan de otra recomendacion; pues ninguna serà mas calificada, que la de este triunvirato de ingenios. Y assi solo digo, que no hallo en ellos cosa que desdiga de las que enseña nuestra Fè Catholica, ni que sea peligro à las mas modestas costumbres. Este es mi parecer. Salvo, &c. En Madrid en 2. de Octubre de 1630.

El Maestro Joseph de Valdivielso.

AL EXC.MO SEÑOR RAMIRO Phelipe de Guzmàn, Duque de Medina de las Torres, Marquès de Toral, &c.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Villegas, Cavallero de la Orden de Santiago.

LAS Obras de Francisco de la Torre, que por tantos años ha ocultado con malicia algun ingenio mendígo, de los que siendo hipocritas de estudios, piden à la invidia, y al trabajo ageno lo que naturaleza, y la arte negaron al suyo, doy al nombre de V. Ex. y es razon, que pues en aquel robo padeciò lo que no merecia, en esta proteccion adquiera lo que mas podia desear. Justo es, que V. Exc. con su grandeza desquite à tan esclarecido, y docto Escritor los borrones, con que cegò su nombre, quien osso cargar su talento de Obras tales, que yà que no decian el dueño, le mostraban ladron, y no Poeta.

Hallè estos Poemas por buena dicha mia, y para grande gloria de España en poder de un Librero, que me las vendiò con desprecio. Estaban aprobadas por Don Alonso de Ercila, y rubricadas del Consejo para la Imprenta, y en cinco partes borrado el nombre del Autor, con tanto cuidado, que se añadiò humo à la tinta. Mas los propios borrones (entonces piadosos) con las señas parlaron el nombre de Francisco de la Torre, autor tan antiguo, que me advirtiò el Conde de Añovèr, Cavallero de ingenio grande, assistido de estudio verdadero, y modesto, que hacia de èl mencion Boscàn en las Estancias,

En el umbroso, y lucido Oriente.

Don-

Donde entre los grandes Poetas, que celebra, dice:

Y el Bachillèr que llaman de la Torre.

Ponderando la grandeza de su estilo, y lo magnifico de la diccion en sus versos. Antiguedad à que pone duda el propio razonar suyo tan bien pulido con la mejor lima de estos tiempos, que parece està floreciendo oy entre las espinas de los que martirizan nuestra habla, confundiendola; y al lado de los que la escriben propia, y la confiessan rica por sì, en competencia de la Griega, y Latina, que sobervias la daban de mala gana limosna en las plumas de Escritores pordioseros, que piden para ella lo que la sobra para otras.

Yo juzguè à V. Exc. muy esclarecido Señor, para consuelo de tan grande ingenio, muy ingenioso, y bien advertido Lector para los meritos de sus Obras. Doy à Francisco de la Torre lo mas què pude, y à V. Exc. lo mejor que hallè. Dè Dios à V. Exc. su gracia, y larga vida con buena salud, como deseo.

D. Francisco de Quevedo Villegas.

Bb 2 DON

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Villegas, Cavallero del Avito de Santiago,

A los que leeràn.

NO he podido averiguar la patria de Francisco de la Torre, sintiendo mucho lo que esta ignorancia la quita de verdadera gloria. El era Castellano, viviò antes de Boscàn, como se lee en las Estancias, que imitò de el Bembo,

En el lumbroso, y lucido Oriente.

Quando dice:

Y el Bachillèr que llaman de la Torre.

Donde admira la grandeza de su estilo, que fue tal en aquella antiguedad, que se conoce en el propio Boscàn, y en algunas voces del Excelentissimo Poeta Garcilaso de la Vega, nunca bastantemente aclamado. Y lo que mas admira, y se puede contar por milagro del ingenio, que el corriente de los versos, la blandura, la facilidad no estè achacosa con algunas voces ancianas, y que despues ha desechado la lengua. Cosa, de que aun en los que escribieron despues de Boscàn se repara, como frequentemente en Fernando de Herrera doctissimo, y elegantissimo Escritor. Y que como se leerà en estas Obras, tuvo por Maestro, y exemplo à Francisco de la Torre, imitando su diccion, y tomando sus frasis, y voces tan frequente, que puedo escusar el señalarlas; pues quien los leyere, verà, que no son semejantes, sino uno.

Sea prenda para demostrar esta verdad, advertir, que la mas cuidadosa lima de Fernando de Herrera se conoce en la palabra *apena*, que es enmienda de la que comunmente

se

se dice apenas. Assi nuestro Autor en el lib. 2. Soneto 11. V. 3.

Se rige apena en pie.

No trato aqui, si esta es voz culpable. Tambien tomò el decir mientra, no mientras. Nuestro Autor en la Oda 3. del primer libro, Estancia 13. V. 1.

Y mientra le permite Sol dorado.

En el articulo femenino, que restituyò esta voz *alma*, diciendo *la alma*. En la voz *corona*, *y cerco*, que no solamente tomò Herrera, sino tambien la frequente repeticion de ellas. Las voces, *salve*, *ostro*, *aura*, *mustio*, *orna*, *cuidosa*, *desparciendo*, *perdimiento*, *despiadada*, *yerto Invierno*, *conducir*, *cuitado*, *errando la selva*, y la *y* repetida en los epitetos. *Solo, y callado, y triste, y pensativo. Relucientes llamas de oro. Mira Filis furiosa onda. De nieve, y ostro, y de cristal ornada. Esquivar.*

Y por no cansar, todas las palabras, y dicciones, el estilo, la contextura, lo severo de la sentencia; cosa que no la dixera, à no creer, que es tan grande, y calificada recomendacion del docto juicio de Fernando de Herrera en imitarlo, como del ingenio de Francisco de la Torre en haverlo enseñado primero. Mas con esta ventaja, que no le fue exemplar à estas voces, que con algun ceño se léen en Fernando de Herrera, *Ovosa*, *pensosa*, *pocion*, *crispar de ojos*, *relazar*, *sañosa*, *ensandece*, *ufania*, *pavor*, *adcla*, *espirtu*, syncopa, que no tiene otro mysterio, sino que en el verso no cabe espiritu. Como las voces *Do* por *Adonde*, y *Vo* por *Voy*. Que si bien Francisco de Rioja dice se hizo con cuidado, y examen docto, consta de las Obras no ser otra cosa, sino no caber en el verso la palabra *Adonde*, y *voy*: porque muchas veces, y siempre donde cabe, dice *adonde*, y *voy*; y en las partes que no cabe, dice *do*, y *bo*. No es menos desapacible la voz *Porfioso desvario*: y de mas sonora composicion de letras usa, *trayo*, *cuitoso*, *lasa*

voz,

voz, dudanza, giro del fuego, con piro. lampo. Las unas voces son Latinas todas, que escribiendolas en Sonetos amorosos, y à muger, incurren en la reprehension de Propercio.

Scribe quod quævis nosse puella vellit.

Las otras son de composicion aspera, y poco necessarias, pues substituyen voz decente, y elegante.

Advierto, que el divino ingenio de Herrera sacò en su vida las rimas, que se leen en pequeño volumen, limpias de las mas de estas voces peregrinas, que se leen en la impression, que despues se hizo por Francisco Pacheco, Pintor docto, y estudioso, y de grande virtud, en mucho mayor volumen. Creo fue el intento darnos de tan grave, y erudito Maestro hasta lo que èl deshechò escrupuloso, que de tales ingenios aun las manchas que ellos se quitan, pueden ser joyas para los que sabemos poco, y su sombra nos vale por dia.

Y sea corona del nombre de nuestro Autor, y venerable tumulo de su memoria el haver escrito en la primera hoja de sus Obras estas palabras: *Delirabam cum hoc faciebam, & horret animus nunc.* Con frenesì escribì esto, aora se me escandaliza el animo.

Sabe reconocida la sabiduria humilde, intitular con ceniza escritos de oro; como la sobervia mal persuadida, ignorante, retular con oro obras de ceniza.

Don Francisco de Quevedo Villegas.

CO-

ÇOMIENZAN LAS OBRAS del Bachillèr de la Torre, y esta primera es à ſu Amiga.

EL triſte, que mas morir
querria, que la partida,
enojado de vivir,
ſe te embia à deſpedir,
mas no porque ſe deſpida.
E dale licencia dà,
maguer, que grave te ſea;
pero quièn la tomarà,
pues que cierto ſe verà
morir quando la poſſea?
La pluma tiene mi mano,
la otra toma el cuchillo,
la carta yace en el llano,
no baſta ſaber humano
à lo que ſiento decillo.
El dolor que me guerrea
de la victoria à la pluma,
porque tu diſcrecion vea
mis graves males, y lea
algunos de ellos en ſuma.
Señora, por te amar
yo me vì tanto penado,
que pensè deſeſperar,
entendiendo de alcanzar
que de tì yo fueſſe amado.
Y deſpues tu ſeñoria

sabe el gran bien que me diste
querjendo la dicha mia
que alegre fuesse un dia,
y toda mi vida triste.
O vida desesperada!
mejor me fuera la muerte
quando fueste reparada
para ser luego doblada
la mi pena tanto fuerte.
Mas la mi triste ventura,
por mayor pena me dàr,
ordenò desta figura,
que cessasse mi tristura
por luego me la doblar.
Si mi desastrado signo
jamàs no fuera mudado,
no viniera lo que vino,
no me viera yo mezquino
tan sin remedio penado.
Que si yo siempre quisiera,
y nunca fuera querido
un grave mal padeciera;
pero no me despidiera
como triste me despido.
Si pudiera no querer
à quien de grado me quiso,
no me viera padecer
en mas penas que de ser
privado de parayso.
Ni à mi dixera vèn
la muerte despiadada,

ni

ni me fuera mal el bien,
ni me matára por quien
la vista me fue dexada.
Mas no pudo la mi pena
crecer en tan alto grado,
y gastar la su cadena
para ferme tanto buena,
que no muera desamado.
Cà venciò mi lealtad
la pena desordenada,
por su grande crueldad,
muestrase la piedad
con gran trabajo ganada.
Piadosa se mostrò
en me querer otorgar
que fuesse querido yo
mas que quantos Dios criò,
ni jamàs ha de criar.
Por me hacer conocer
que quanto mas es la cosa
de fiar, y de valer,
tanto mas por la perder
es la vida trabajosa.
E hice que mis passiones
bastassen para alcanzar
Damas de tales primores,
virtudes, y condiciones,
que jamàs fuessen sin pàr.
Por me dàr mortal dolor,
que fuesse mas conocido,
que tanto es el honor,

y gloria del vencedor
quanto fue la del vencido.
Amor mostrò su crueza
ser en tan alto grado,
por mostrar mi gran firmeza
ser tambien en la tristeza,
con semblante mesurado,
Como en la prosperidad
las ledas consolaciones,
se muestra en los corazones
constantes en bien amar.

FIN.

Tu merced no desespere,
O! tanto de mì querida,
que jamàs, mientra viviere,
tuyo serè do estuviere,
y seràs de mì servida.

ESPARSA SUYA.

CON dos estremos guerreo,
que se causan de quereros,
ausente muero por veros,
y presente, porque os veo.
Què harè triste captivo
cuitado, triste de mì,
que ni ausente yo conmigo
hago vida, ni contigo,
ni puedo vivir sin tì.

OTRAS

OTRAS SUYAS A SU AMIGA.

COnoce desconocida,
que yo triste sin ventura
por tì fenezco la vida,
y pienso yà es venida
mi temprana sepultura.
Pero que tal alabanza
piensas te deba seguir,
quando tomáras venganza
de quien con tanta fianza
penaba por te servir.
O! que mal aconsejada
fuiste en matar tal captivo,
que si bien considerada
fuera su vida cuitada
muy mas te valiera vivo.
No pienses tenga pavòr
de morir, ni lo rehuyo;
mas pierdes tal servidor,
que siento muy gran dolor
por el interesse tuyo.
Nunca jamàs en el mundo
fue quien tanto padeciesse,
ni veràn otro segundo,
que por amar tan profundo
tan mal galardon oviesse.
Dì, que razon te consiente
que muera desesperado
un siervo tan obediente,
que si à tì fuera placiente

el muriera de su grado?

Es pena grave que siento,
que su pensar me recrece
muerte de tal sentimiento,
que nunca cessa el tormento,
ni jamàs ella padece.

Yà por Dios merced, señora,
à tu virtud me encomiendo,
haya yo fin en un hora
con vida que siempre llora
no viva yo tan muriendo.

Si tù, dulce vida mia,
en antes que me finasse
perdiesses la tyranìa,
y me diesses ossadìa
solamente te hablasse.

Mas por Dios mucho dudo
que te suplíco muy tarde,
pues con tu gesto sañudo
Ulises tornára mudo,
Achiles fuera cobarde.

FIN.

A los otros soy placiente;
à tì mortal, enojoso,
y à otra qualquiera gente
en algun grado ciente,
y à tì, torpe, temeroso.

Ni presente yo te digo
mis cuitas, triste de mì!
ni ausente yo conmigo

ha-

hago vida, ni contigo,
ni puedo vivir sin ti.

OTRAS SUYAS.

O! si pudiesse olvidaros
sin ser de vos temeroso
todavia,
y sin congoja miraros:
què descanso, què reposo
me serìa,
ò què gloria, quando os viesse
vuestras furias, vuestras sañas
amansar?
porque yà mas no sintiesse
vivas llamas, mis entrañas
abrasar.

Mas este fuego teneis
de tal manera travado,
y encendido,
que jamàs no lo vereis
hasta ser todo quemado,
fenecido.

Yà no me guardo, ni velo;
mas como cosa vencida
sin remedio,
quiero mas desconsuelo,
pues no hay para mi vida
ningun medio.

FIN.

Toda esperanza me dexa,

Y

y ninguna fantasìa
quedarà:
tan lexos de mì se alexa,
que jamàs mi compañìa
seguirà.
Queda dolor, y tristura,
nunca pienso remediarme,
ni valerme:
queda mi gran desventura,
yà no puedo desviarme
de perderme.

OTRAS SUYAS.

TOdo mi mal se acrecienta,
y mi bien mengua, y no crece:
tormento mas me atormenta
de quanto muestro, y parece.
Tanto crece mi passion,
que salgo fuera de quicio:
porque muere el galardòn
do queda vivo el servicio.

FIN.

Mas con todo soy contento,
pues que dello sois contenta
de salir fuera del cuento,
de vivir vida por cuenta,
do dice pues que le place
à quien mal me satisfizo:
èl

èl esperanza me hizo,
y ella mesma me desface.

OTRAS SUYAS.

SI no benigna, cruel,
refiere mis pensamientos,
queda borrado el papel,
batallan los sentimientos
dentro en el campo de aquel.

La pluma en mano, figura
entre esperanza, y temor,
mueve, atiende, y apura;
sobre esta contienda amor
tiene la plaza segura.

Mis conceptos opinion
contrasta, yo no sè cómo,
y assi voy del sì al non;
y à qualquier parte que tomo,
hallo conforme razon.

Y del cuerpo el movimiento,
con el semblante del gesto,
siguen aquel mudamiento
triste, ledo, tarde, presto,
que conduce el sentimiento.

Quedo triste en qual manera
descrivir vengo mis versos,
juzgando por quien me viera,
vistos mis autos diversos
que soy de sentido fuera.

Mas quièn podrà contrastar

aque-

aquello que amor requiere
con Dama tan singular,
que de quanto el grado quiere
halla complido lugar.

Razon me fuera querer,
porque ningun razonar
basta su gran merecer,
alabando, acrescentar,
ni denostando no ser.

En estremo agraciada,
discreta, honesta, hermosa,
la embidia haveis sobrada,
que falta nos viendo cosa
es en loor de vos tornada.

Pero en las partes aquellas,
que bien mi daño causò,
son bordadas mis querellas
hasta amor, que vos, y yo
sepamos la causa de ellas.
No porque ninguna sea
contra de vuestra virtud;
mas porque en esta pelea,
en guarda de mi salud,
mejor callando provea.

Yo soy aquel amador
humil, constante, y secreto,
que sin ofender la honor
de quien me tiene sujeto,
soy mas contento de amor:
Y soy un enamorado
no conocido en el mundo

por

por amor tanto penado,
que vivo en lo mas profundo
de ſus penas, condenado.
Las leyes enamoradas
ſigo con tal deſatiento,
que paſſo por mil erradas,
y no veo el fallimiento,
haſta las coſas paſſadas.
Soy por antojos regido,
y ſi eſpero, ò ſi temo,
ſi alegre, ò entriſtecido,
luego de uno en otro eſtremo
vengo ſin cauſa movido.
Qual de las penas mayor
quentre bien, y mal dudoſo
vivo, y con tanto error,
quando parece el repoſo,
ſea el tormento mayor.
Deſcanſa el mal conoſcido
por orden de algun remedio;
mas en tan grave partido,
ni el mal puede tener medio,
ni ſer puede el bien ſentido.
Quien no puede lo que quiere,
quiera aquello que puede;
y ſi el querer no quiſiere,
finja que contento quede
donde mas pena ſufriere.
A fin que amor galardone,
el bien que amando ſe eſpera
cumple que el hombre ſe adone

con gesto, habla, manera,
à lo quel tiempo dispone.
Pero en estraño mal
fengir su rostro placiente;
es pena tan desigualdad,
que solo por quien la siente
se puede presumir qual.
Y so velo de tristeza
encobrir mucho placer,
es una tan gran crueza,
que mas no puede ofender
al desamado crueza.
Yà en parte ninguna veo
bien que mis males reparta;
de mì à mì mesmo guerreo,
por no vèr quien me desparta
soledad siempre deseo.
Doy lugar à mis sentidos
como lidien entre sì;
mas qualesquier sean venidos,
siempre en estrago de mì
son sus daños repartidos.
Pues no viene, aunque venga,
por remedio mi esperanza;
no basta quel bien sostenga,
y haga su confianza
qual mal penando detenga.
Vos, mi bien, que tal estado
podeis sola remediar,
ordenad, que assegurado
dèl se vengue en bien amar,

ò muera del no ofensado.

FIN.

Mas assi d' amor tratado;
ved qual debo yo quedar,
triste, languido, y penado,
puede quien lo oye pensar,
y sentir quien lo ha passado.